This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5617.3.33

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of Francis Sales, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

Span 5617.3.33

DICCIONARIO DE MODISMOS

(FRASES Y METÁFORAS)

Primero y único en su género de España

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMON CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

D. EDUARDO BENOT

SEGUNDA EDICION.-1905

Creemos innecesario encarecer la importancia de este gran léxico, verdadero prodigio de paciencia, laboriosidad y fina observación. Es una de esas obras cuyo mérito basta á declarar el propio título. Los miles y miles de primores que encierra la lengua castellana, débense á sus **modismos**, que, juntamente con el pueblo, emplean á cada paso, así el académico como el literato, lo mismo el abogado que el médico, que el militar, que el empleado, porque ellos ofrecen llena de viveza, galanura y color la idea que de otro modo expresada resultaría lánguida, pobre y desmayada. Por eso, nuestro **Diccionario de Modismos** es de interés general, y puede ser considerado, con razón, como un complemento esencial del Diccionario de la Real Academia Española, donde, por su índole, no aparecen explicados aquéllos. Y por eso también, dice en su prólogo el ilustre Benot, que *es un libro que, á su entender, no ha de faltar en la mesa de ningún literato atildado que cuide de escribir castizamente el habla castellana.*

Nuestro **Diccionario de Modismos** es tan completo, que en él se registran más de 60.000 acepciones de *modismos* populares. Sólo del sustantivo «mano», ha logrado reunir su autor *trescientos* modismos.

Un volumen de más de 1.000 págs., **15 ptas.** en rústica; tela, **17.**

OBRAS ESCOGIDAS DE

D. Antonio García Gutiérrez

EDICION HECHA EN OBSEQUIO DEL AUTOR

CON UN PRÓLOGO DE

D. Juan Eugenio Hartzenbusch

Madrid, Rivadeneyra, 1866.—Un grueso volumen en folio, con retrato del autor, 6 pesetas.

CONTIENE: Prólogo.—El Trovador (drama).—El Paje (drama).—El Rey monje (drama).—Juan Dandolo (drama).—Samuel (drama).—El Encubierto de Valencia (drama).—Simón Bocanegra (drama).—Afectos de odio y amor (comedia).—El tesoro del Rey (drama).—La espada de Bernardo (zarzuela).—El Grumete (zarzuela).—La cacería real (zarzuela).—La bondad sin la experiencia (comedia).—Un duelo á muerte (drama).—La vuelta del Corsario (zarzuela).—Venganza catalana (drama).—Juan Lorenzo (drama).—El capitán negrero (zarzuela).—Las cañas se vuelven lanzas.

LOS PEDIDOS:

GARCIA RICO Y COMP.ª

DESENGAÑO, 29.—MADRID

y principales librerías.

RIMAS

Al Exc.mo Señor Don Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, en testimonio de la mas distinguida consideracion y respetuoso cariño

El Autor

Miguel Amat

RIMAS

POR

DON MIGUEL AMAT Y MAESTRE

CON UN PRÓLOGO DE

DON CARMELO CALVO Y RODRIGUEZ

ABOGADO

Y SECRETARIO DE LA EXCELENTÍSIMA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

«El Arte es un enviado de Dios. Debo, pues, consagrarme al Arte, para servir á Dios.»

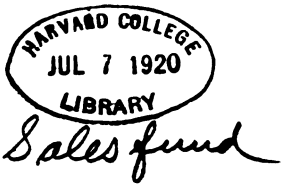
Rafael de Urbino.

ALICANTE.—1892

Establecimiento tipográfico de EL GRADUADOR

Á CARGO DE RAFAEL BERNABEU

Sales 5317.3.32



Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Obispado de Orihuela

Habiendo encargado la revisión de las obras LA CRUZ, RIMAS y ROMANCES, compuestas por don Miguel Amat y Maestre, y no habiéndose encontrado en ellas nada contrario á la fe y la sana moral, venimos en autorizar, por lo que á Nos toca, la impresión de las mismas.

Palacio Episcopal de Orihuela, 18 de Septiembre de 1892.

Juan

Obispo de Orihuela

Por mandato de S. S. I. el Obispo mi señor,

Doctor Indalecio Ferrando

Sro. Srio.

Á MI QUERIDO HIJO

MIGUEL AMAT Y BROQUÉS

¿A quién sino á tí, hijo mío, he de dedicar este libro de versos? Yo sé que tú, á pesar del desdén, y hasta el desprecio, con que este siglo materialista mira á la poesía, apreciarás y conservarás las mías como un rico tesoro, no por su mérito, sino porque en ellas viven y palpitan todas mis ideas y sentimientos; pues sabes que nunca he escrito más que lo que he sentido, y que todo lo que he sentido lo he escrito.

Además, si estos versos ven la luz pública es por tí. Dos veces coleccionados, y dos veces perdidos á causa de los grandes contratiempos y vicisitudes que hemos experimentado, sólo tu grande amor filial y tu inquebrantable fuerza de voluntad, ha podido reunir otra vez la mayor parte de ellos, formando el presente libro. Acéptalo como prueba del cariño que te profeso, y siempre que lo abras dí: «Mi padre ha muerto; pero en estas páginas aún vive, y aún me habla mi padre.»

Miguel Amat.

PRÓLOGO

La aparición de un libro, si no es un acontecimiento, es por lo menos una novedad en todos los pueblos del mundo civilizado; pero cuando este libro es de versos, no pasa de ser entre nosotros un suceso sin consecuencias, un hecho sin resonancia y una noticia que no agita á la opinión. A lo más se admira el rasgo de valor, el alarde de fuerza, la verdadera temeridad del autor que ha tenido la audacia de lanzar su libro á los vientos de la publicidad. Y es que hoy, sea porque no se lee más que los periódicos y las novelas naturalistas, sea porque, en efecto, los tiempos cambian, los gustos se modifican, los ideales se renuevan, las corrientes literarias lo mismo que las políticas toman nuevos rumbos, y hasta la moda, venida ordinaria-

mente del extranjero, y de la cual no podemos sustraernos, bien por costumbre, bien por espíritu de imitación, ejerce su imperio y se impone de una manera tan insensible como inconsciente, el hecho es que los versos, hoy por hoy, sólo sirven para mantener vivo el fuego sagrado de las literaturas regionales, para que los jóvenes hagan su presentación en los torneos literarios, esos Juegos Florales en donde los justadores rinden culto á la belleza y llevan impresa en su escudo la divina leyenda *Patria, fides, amor*, y para que los vates, reputados como tales, den de vez en cuando alguna muestra de su peregrino ingenio. ¡Pobres versos! En nuestras mocedades no había lectura más obligada, ni afición más extendida, que la de hojear las leyendas y poemas, dramas y poesías de Espronceda y Zorrilla, el duque de Rivas y Arolas, Bretón de los Herreros y García Gutiérrez. En todas partes se hacían y se decían versos; brotaban y se esparcían como las flores en Mayo, como las brisas por los campos. Los grandes poetas publicaban tomos y tomos de poesías, y nunca cansaban; la juventud daba á luz sus ensayos y la crítica y el público alentaban aquellos trabajos que, como primeras manifestaciones de la vida, tenían más ho-

jas que flores y más aromas que frutos. El semanario era el altar donde se rendía culto á la forma poética; el álbum era el libro sagrado donde la amistad, la gratitud y el amor dejaban escritos sus más bellos pensamientos. Hoy el semanario se ha convertido en revista y el álbum ya no viene á pedir al poeta una frase ingeniosa ó un rasgo de inspiración. Si acaso, de vez en cuando, algún abanico suele ser la página abierta en donde se escriben los versos, que es lo mismo que quitarle al aroma su esencia y dar á la curiosidad el derecho de penetrar en la intimidad de los pensamientos. ¿Y esta transformación ha obedecido á alguna necesidad? A ninguna; es que á otros tiempos, otras costumbres. Vivimos con muchos apetitos y pocas ilusiones; fiamos más en las dichas que nos ofrece el becerro de oro que en las promesas de un más allá; tenemos en más las letras de cambio que el cambio de las letras que el libro difunde y la imprenta propaga, y nos molesta todo lo que entorpece nuestra acción y nuestra marcha. Queremos que la palabra sea breve, la idea concreta y el lenguaje sin figuras retóricas. Atildamientos en el concepto y amplificaciones en la frase, ¿para qué? Hoy gusta más la palabra mordaz, el dicho picante,

el chiste salpicado de mostaza. Aquellas tiradas de versos que antes hacían nuestras delicias, hoy adormecen y fatigan, y en las pocas veladas que en nuestros tiempos se celebran, se procura que la poesía moleste lo menos posible la atención del público. Parece mentira, pero esta es, sin embargo, por el momento la situación que atravesamos. Por eso repetimos que la aparición de un tomo de poesías en estas circunstancias revela en el poeta que lo publica alarde de fuerza y rasgos de valor dignos de encomio.

Ahora bien; que mi buen amigo Miguel Amat reune estas condiciones, ¿hay quien lo dude? En su ya larga carrera llena de triunfos, de penas y de vicisitudes de todas clases, lo ha demostrado por manera harto elocuente. Pero hoy con más brío, porque después de un silencio de diez años, que ha sido de torturas para él y de penas para los que le queremos, dando una prueba de vigor y lozanía, vuelve á la vida literaria y renace, como el Guadiana, que de pronto se oculta y vuelve á aparecer á larga distancia, publicando este libro, en cuyas páginas van envueltas protestas de fe, armonías cristianas y cantos de amor.

Miguel Amat ha recogido la mayor parte de lo

que ha escrito y lo ha encerrado en este tomo, rindiendo culto á los recuerdos de su juventud, al amor del hogar y á los ideales de toda su vida, y como la mayor parte de su existencia se ha deslizado en una época en que luchaban con incansable ardor ideas é intereses, utopias y tradiciones, intolerancias y libertades, la nota dominante que resplandece en sus escritos está acentuada, y de aquí que su canto resuene como himno de paz, voz de la fe y eco de la religión. ¡Y cuánto halaga al alma percibir entre el clamoreo confuso de tanta pasión tan rudamente manifestada, la dulce armonía que arranca á la lira el poeta, que siente lo que cree y cree lo que siente!

Miguel Amat ha sido siempre un gran corazón y una clarísima inteligencia. De temperamento nervioso, de espíritu recto, de firmes creencias y convicciones profundas, de afecciones dulces é imaginación brillante, amante de lo bello, impresionable, fogoso; cuando expresa sus ideas no duda, ni vacila: dice lo que quiere y sabe á dónde va. Es creyente fervoroso y defiende con valentía sus principios; es católico convencido y rinde culto á sus ideas. «Por eso cuando habla, decía de él el ilustre catedrático y académico Sr. Canalejas, to-

dos, lo mismo los que piensan y sienten como él, que los que no pensamos ni sentimos, tendemos nuestros brazos hacia él como fascinados por su irresistible elocuencia»; por eso cuando pulsa la lira no desfallece, ni decae: la musa religiosa le inspira y sus cantos brotan cadenciosos y dulces como expresión espontánea del sentimiento cristiano. Y ¡singular particularidad! no hay misticismo en sus versos: están amasados con puras creencias y convicciones sólidas; su lirismo no degenera en gárrula salmodia, ni su fe se sublima hasta el punto de recrear su espíritu en las delicias santas de celestiales éxtasis. Resplandece en sus fábulas, en sus consejos y en sus parábolas un espíritu tan profundamente religioso y tan sinceramente evangélico; se aspira en sus composiciones un ambiente tan puro; brota de sus versos una moral tan sana y una doctrina tan clara, tan sencilla y tan consoladora, que el lector siente penetrar en su alma la luz, mostrarse ante sus ojos la verdad, y se deja llevar atraído por el encanto de su poesía y la grandeza de su fe. Porque para Amat la fe no es solamente virtud, es sentimiento é idea.

¡Oh, y cuánto bien han hecho á la sociedad todos los que, como él, teniendo fe en sus principios, han

sostenido con leal propósito y noble deseo sus afirmaciones, lo mismo en el orden político que en el económico y religioso, enfrente de todas esas ideas que llevan en sí envueltas la sombra de la duda, el velo de lo desconocido, el ambiente impuro de la sensualidad y la nube amenazadora que precede á todas las tormentas sociales! Vivimos en una época en que se han expuesto tantos sistemas, se han enunciado tantas teorías, se han formulado tantas utopias y se han proclamado tantos principios vagos, aventurados é inaplicables, sin base fija, regla segura, ni solución inmediata; es tal la confusión de los espíritus empujados por opuestas corrientes y sin brújula que las dirija, por haberse entibiado la fe en todas las crencias, que una afirmación hondamente sentida y lealmente expresada conforta el espíritu y vigoriza la conciencia de esa inmensa mayoría de la humanidad que no puede dirigirse por sí misma por falta de instrucción ó de capacidad para recibirla. Porque en este revuelto mar en que nos agitamos, á nadie le preocupa la suerte que les reserva el destino á las grandes inteligencias y á las más significadas personalidades, bien surquen las aguas en poderosa nave ó en frágil barquilla. Con más ó menos contrariedades y obs-

táculos llegarán al deseado puerto, porque saben lo que quieren y cuentan con medios para resistir los furores del huracán y las borrascas de la tempestad, á menos que su ceguedad ó su soberbia les impida ver los escollos que se presentan en su camino. Pero las grandes masas y las muchedumbres inmensas, sin la fe que ilumina ó el sentimiento que avasalla, ¿cómo podrán recorrer el sendero de la vida y surcar los mares de lo desconocido? Sin fe no se atraviesa el desierto en busca de la tierra prometida; sin el poderoso empuje del sentimiento religioso no realiza Pedro el Ermitaño aquel movimiento gigantesco que arrojó la Europa sobre el Asia en la primera Cruzada; sin fe en el ideal de la patria no realiza Wasingthon la emancipación de América; sin el sentimiento de la fe en nuestra nacionalidad, que es en nosotros más viril, sin duda porque nos costó siete siglos para recobrarla, no se hubiese escrito el poema de nuestra Independencia. Antes, y después, y siempre, las sociedades, para marchar sin vacilaciones ni tropiezos, necesitan que les aliente la fe, fe inextinguible en sus ideales, que es la gran virtud de los pueblos para realizar sus aspiraciones y conquistar un nombre inmortal en la historia, porque, como dice Amat,

«Sin fe, el trabajo humano
es sólo pena ruda
que nada noble inspira;
sin fe, la ciencia es duda,
es la virtud mentira,
vil mercancía el arte, y está muda
ó sin vigor la lira.

. . . . . .

. . . . . .

sin fe, no hay nada grande, porque muerto
el claro hermoso sol de la esperanza,
el corazón humano es un desierto.»

¡Bien hayan, pues, los que, con decidido empeño, y sirviéndose de su palabra ó de sus libros, han llevado á los pueblos la buena nueva y han hecho arraigar en sus conciencias la fe! ¡Bien hayan los poetas que ponen su inspiración al servicio de las grandes ideas y fortalecen ó consuelan á los pueblos oprimidos con la esperanza, á los vencedores con la gloria y á los vencidos con la fe que da la resignación en el presente y el triunfo en el porvenir!

Si Miguel Amat no tuviese otro mérito que el de formar parte de esa legión de creyentes que, acorazados en sus convicciones, se han convertido

en apóstoles de sus creencias, le bastaría ese título para que se mirase este libro con respeto y consideración. Pero, no sólo es creyente, es poeta. La musa cristiana no ha tenido un adorador más ferviente, ni entre sus fieles ha habido uno que le haya dedicado un culto más puro, más vehemente, ni más entusiasta. Miguel Amat canta, porque sobre ser un desahogo de su espíritu dar rienda suelta á la vena poética, es una necesidad de su alma elevar sus cantos, ora grandilocuentes y enérgicos, ora sencillos y breves, á todo lo que, como las grandezas de la religión, las maravillas del mundo y las espansiones del sentimiento, eleva la mente y fortifica la conciencia. Recordando las glorias de la patria, dedica á los más altos hechos que ilustran su historia, composiciones que han merecido algunas de ellas ser premiadas en certámenes públicos; evocando la religión de sus padres, traza su pluma esos cantos que unas veces parece que los inspira la fe de un apóstol y el fervor de un misionero, y otras parece que los dicte el austero moralista y el filósofo católico; exaltando los sentimientos que más enaltecen á la humanidad, encuentra en su lira sones para envolver en corrientes de armonía todo lo que tiene de hermoso la naturaleza.

Este libro, sin embargo, como ya hemos dicho, no es la obra de hoy, es en casi su totalidad el trabajo de otros tiempos. El ayer, con todos sus delirios, sus sueños y el fuego de la juventud, se cierne por el aire que flota á través de todas sus páginas, y ese ayer envuelve una afirmación constante que se llama Fe.

Hoy, después de un silencio de diez años (largo espacio de tiempo en la época en que vivimos), vuelve á la vida, y al publicar este tomo de poesías, natural es suponer que torna también á renacer á la vida literaria con nuevos alientos y nuevas impresiones. ¿Qué propósitos trae? ¿Qué móviles le guían? ¡Quién lo sabe! Después de tan largo paréntesis, ¿quién puede penetrar en los arcanos de su pensamiento? ¿Quién puede adivinar el modo como habrá podido verificarse ese misterioso engranaje de las ideas de ayer con las de hoy en su soledad de Petrel? ¿Quién es capaz de apreciar las energías del espíritu, cuando, consumidas las fuerzas del cuerpo por rebelde enfermedad, sólo aquéllas imperan y se imponen con avasalladora fuerza? ¿Habrán tomado nuevo giro sus pensamientos? Siguiendo la corriente de las ideas modernas, ¿querrá estudiar los problemas que las necesidades de

la época y las exigencias de los nuevos factores que piden su intervención en su solución, han puesto á la orden del día, lo mismo en los centros científicos que en los clubs y en los Parlamentos? ¿Abordará estas cuestiones el amigo querido, que en todas estas discusiones ha considerado como un deber terciar en ellas? El tiempo nos los dirá, por más que el que estas líneas escribe tiene motivos para suponer que los años y los acontecimientos no han influido en su manera de ser, ni han quebrantado la solidez de sus creencias.

Miguel Amat está escribiendo un libro que llevará por título *El amor cristiano*, y estará dedicado á los niños. Consignemos desde luego que este libro tiene ya dos bellezas: el título y la dedicatoria. Ensalzar el amor que enlaza la vida de unas generaciones con otras, que es el germen que vivifica todo lo creado y el soplo que anima todo lo que existe, y esa deificación del amor ofrecerla á esa parte de la humanidad que es la más bella porque á la bondad de sus sentimientos y á la hermosura de sus cuerpos se une el que el hombre espere de ella la realización de sus esperanzas y la coronación de sus proyectos, no solamente es una obra meritoria y una acción loable, es un rasgo poético

digno de aplauso. Sembrar la semilla del Evangelio en el corazón del niño, es abrir grandes surcos á la civilización para que el porvenir dé sazonados frutos, porque, digámoslo lealmente, no hay doctrina más sabia, más pura, ni más santa que la que predicó Jesús en su sermón de la montaña, ni hay tierra más fecunda, campo más abonado, ni suelo en donde la labor sea más productiva, que la inteligencia y el corazón de los niños. A trabajar, pues, en esa tierra, en la cual fundamos nuestras esperanzas! Miguel Amat, que ha dedicado su vida á ser el apóstol de la fe, quiere terminarla dignamente consagrando su inspiración al amor. El que en su juventud dedicó sus cantos á la patria, puede estar satisfecho en su retiro; pues en la lid literaria ha logrado ver impresa en su escudo la leyenda á que rendimos culto y veneración todos los que amamos las literaturas provinciales y llevamos por divisa: *Patria, fides, amor.*

Dios y mi lira

I

Cándida joven, que en el alma sientes
El dulce encanto del amor primero;
Tierno hermano, que abrazas al hermano;
Madre, que das á tu hijo el primer beso;
Padre, que das la bendición postrera;
Fiel amigo, que viertes en el seno
Del bondadoso amigo tu alma toda;
Desterrado, que miras desde lejos
Los horizontes de la Patria amada;
Virgen que elevas en el claustro al cielo
Himnos sagrados, ó en el mundo esparces
De caridad sublime los consuelos;
Dadme la fe que brilla en vuestras almas,
Y dadme vuestros dulces sentimientos...

Para que cante, con mi pobre lira,
Los puros goces del hogar paterno,
El Santo amor de Dios y de la Patria,
Cuanto hay de grande, salvador y bello;
Yo, trovador cristiano, que no aspiro
A subir de la fama al alto templo,
Sino á llevar un rayo de esperanza,
De luz y amor al corazón opreso,
Y á ver rodar, del alma desprendida,
Una lágrima pura, entre mis versos...
Que una lágrima sola puede á veces
A una alma abrir las puertas de los cielos.

II

Cual inmenso volcán de eternas llamas,
Sobre la tierra, desde su alto asiento,
Su luz, calor y vida el Sol difunde...
Y otros astros fulguran á lo lejos...
Y aun otros... mas allá... tal vez perdidos
Por mares de éter van rodando lentos.
¡Pero el hombre contempla en sí otro mundo
Más grande, el del Espíritu, que lleno
También de luz, brotó cuando su imagen
Grabar quiso en el alma el Sér Supremo;
Pues cuanto somos y en el orbe existe,
A un acto de bondad de Dios debemos!
¡A un acto de su amor! Por eso adora
Eternamente á Dios el Universo.
Por eso es luz para las almas todas,

Y es de los corazones movimiento;
Por eso es nuestro fin, y en él tan sólo
La dicha se halla, ¡nuestro afán inmenso!
Sí; todas las naciones le adoraron
Y esperaron en él y en él creyeron.
Esos templos, abiertos en las rocas,
Y esos otros, que suben hasta el cielo;
Y los sagrados troncos de los bosques;
Y colosos y tumbas del desierto;
Y esa rodilla que doquier se dobla;
Y esa oración, que sube entre el incienso,
Ya el hombre espere, ó tema, ó sufra, ó goze;
Y esos votos y ritos y misterios...
¡Qué le dicen al alma! ¿Qué pregonan?
Que hay una Providencia, un Dios eterno.

III

Mas Dios me dió la cítara sonora,
Movido de su amor, sin merecerlo,
Y un alma imagen suya, y por salvarme
Su hijo murió en el Gólgota sangriento.
Triunfó el amor entonces, y rasgado
Quedó de mi razón el ancho velo;
Que á mi espíritu dió más luz entonces,
Que el día en que crió su amor inmenso
En esos mares de éter, astros de oro,
Que dan luz y calor al orbe entero.
Cuanto hay oculto quiso revelarme,
En mí mismo, en el mundo y en los cielos;

Y en las puras entrañas de una Virgen
Tomó carne el Mesías verdadero.
Vino al mundo á trazarnos el camino
Para cruzar el árido desierto,
Que recto lleva á la mansión serena
Donde el perenne amor tiene su imperio.
Yo aprendí sus palabras salvadoras
En el regazo del amor materno;
Y niño, y joven, ¡siempre fueron ellas
Mi afán, mi amor, mi norte y mi consuelo!

IV

¡Ay! ¡Cuántas veces, en la edad florida,
De mi fe santa se burló el ateo,
Y el libertino me ofreció su vaso
De los placeres hasta el borde lleno!
Y cuántas veces resonó en mi oído,
De la justicia al defender los fueros,
De alhagos, y promesas y amenazas,
Aunque importuno, seductor el eco.
Mas la palabra del Señor marcaba
A mi agitada vida el rumbo cierto,
Y proseguí, aunque indigno, proclamando
La salvadora ley del Evangelio.
Que es tiempo de combate, y necesario
Que diga, el que habla, al público su credo.
Paz para todos los que, al menos, crean
Que hay un alma y un Dios, castigo y premio.
Pero guerra implacable al ciego y frío

Materialismo, pérfido y ateo,
Que el mundo está llenando de ruinas...
Y que es el alma del terrible espectro
Que todo lo conmueve y lo envenena,
Y que es la negación del Evangelio.

V

Cantemos, pues, sin tregua, lira mía,
Cuanto es verdad y grande, cuanto es bueno;
Cantemos al Señor Omnipotente
Que sacó de la nada el Universo,
Y en una cruz murió, salvando al mundo;
Que luego, en prueba de su amor inmenso,
Fundó su Iglesia Santa, y por nosotros
Aún desea morir cada momento.
Cantemos de su Madre, y Madre nuestra,
Las altas glorias y su culto tierno;
Cantemos su fe pura, su esperanza,
Su caridad, que llena el mundo entero,
Por el ajeno bien siempre anhelosa,
De sonrisas y afanes y consuelos.

El amor maternal

ODA

(Premiada por la Sociedad de Amigos del País de Valencia.)

Toma este niño y críamele, que yo te pagaré.

EXODO. II, 9.

Triunfó el amor del Gólgota en la cumbre,
Y de Satán las sombras disipadas,
Al mundo iluminó divina lumbre.
Con la sangre de Cristo fecundadas
Otra vez más hermosas y mejores
Brotaron por doquiera
Las puras linfas y fragantes flores
De la mansión primera.

—

¡Amor... cristiano amor! Dí, ¿quién te inspira?
¡Ilustre sociedad! ¿Y quién te alienta
En tu noble misión? Por qué tu mano
Siembra afanosa el bien? ¿Por qué el camino
Muestras de la virtud al tierno infante,
Y le revelas su inmortal destino?
¿Por qué siempre anhelante
Sigues del arte y de la ciencia el vuelo,
Y ante sus triunfos de placer palpitas?
¿Por qué, si en guerra ves consigo al hombre,
La pacífica oliva en alto agitas?
Porque es amor tu ley y amor tu nombre.

—

Pero el error y el odio declararon
A esa divina ley perpetua guerra,
Y á renovar su lucha hoy en la tierra
Impíos se lanzaron,
Y en la feral pelea tu exclamaste:
«¡Luche el Sér que más ama y que en el niño
»Hace brotar, al par de su cariño,
»De la fe bienhechora el fuego santo,
»Y que el poeta le hable con su acento!»
¡Y por eso yo canto
Del amor maternal el sentimiento,
Del amor maternal el dulce encanto!

—

Mas, ¿dó hallará la inspiración mi mente
Para cantarte, amor de los amores?...

En tu memoria ¡oh madre! únicamente;
¡Que nadie invoca en vano
El nombre de su madre! ¿Quién no siente,
Tan sólo al pronunciarle,
O de inmenso placer ó inmensa pena
El pecho palpitarle?
Mi herido corazón al evocarle,
Aunque el recuerdo de dolor le llena,
Latir siento veloz... ¡Sí, madre mía,
Tú que estás en el cielo,
Tú que fuiste en el mundo
Mi luz, mi afán y mi único consuelo,
Y eres aún norte que mis pasos guía...
Tú sola en este día
Mi mente inspirarás, y si resuena
Tan dulce el canto mío,
Al invocar ¡oh madre! tu memoria,
Que el lauro alcanza, que por tí yo ansío,
Tuyo el triunfo será, tuya la gloria!

—

¡Oh, tierno, santo amor, inalterable,
El más bello, el más grande, el más sublime,
Sentimiento purísimo, inefable,
Bálsamo y esperanza del que gime,
Suave llama del cielo mensajera,
Faro, en el mar instable,
Fuente en el seno del dolor nacida!...
¡Tú eres la flor modesta y escondida
En el recinto del hogar, que al mundo

Da eterno germen de virtud y vida!
¡Es tu dulce mirada la primera
Luz que guía y alegra nuestros ojos;
Tu suave voz el plácido sonido
Que embelesa primero nuestro oído;
Tu mano cariñosa
La primera que enjuga nuestro llanto;
Tu sonrisa amorosa
Nuestro primer encanto!
¡Tal abre el cáliz de la flor hermosa,
Tras de la noche fría,
El celestial rocío y la engalana;
Tal su luz y calor el sol le envía;
Tal le mece apacible el aura ufana!

—

¡Y el tierno ser ¡oh madre! á quien adoras,
A quien aduermes en tu blando seno,
Para él del néctar de la vida lleno,
Con quien ríes y lloras,
Que embebecida miras,
Que besas veces mil y otras abrazas
Y otras mil contemplándole suspiras...
Sin comprenderlo, siente
Nacer, entre tus brazos,
El amor que ha de uniros dulcemente
Con perdurables lazos!
¡Y al amarte... es feliz, y ama contigo
Cuanto amas tú, y su vuelo
Tras el tuyo levanta

A la región espléndida del cielo!
Tal solícita el ave guarda el nido,
Junto á su prole canta
Y vuela, ella le sigue... y luego sube
Y al fin la oculta entre la blanca nube!

—

¡Ved la madre y el hijo en la escondida
Estancia solitaria,
Con alma recogida
Al Hacedor alzando su plegaria!
¡No hallaréis en la vida
Nada tan bello, ni que diga al hombre
Mejor su origen y su fin!... ¡Sus manos
Juntas están, y juntos
Laten sus corazones! Sus miradas
Juntas al cielo van... y con los labios
Del hijo ora la madre!
La humildad les sostiene,
Con sus alas les cubre la pureza,
Les da la fe su luz, su afán inmenso
El divinal amor, el mundo olvidan,
Y sus almas, del barro despojadas,
Vuelan á las moradas
Dó el sumo bien y la verdad anidan.

—

¡Oh madre! ¡Cuán gloriosa,
Cuán grande es tu misión! De Dios al hombre
Hablar y revelarle

Su origen, su caída,
Su Redención... del hijo del Eterno
Con la afrentosa muerte conseguida;
Con tu ejemplo inspirarle
El cristiano heroismo,
¡Y como signo de victoria darle
El triunfo de sí mismo!
Hacer brillar en su razón naciente
La fe sencilla y pura,
¡Sin cuya luz el alma eternamente
Gimiera en noche oscura!
Y en su pecho encender la viva llama
De hermosa caridad, ¡fuego divino!...
Es al hombre decir: «Espera y ama»,
Tan sólo la virtud sabe el camino
Que hace al mortal feliz y libre y fuerte;
Si ella es todo tu afán, será tu escudo
En el combate rudo
De esta agitada vida transitoria;
Tu consuelo en las penas, tu tesoro,
Y al fin el ángel que con llave de oro
Las puertas abre de la eterna gloria.

—

¿Y quién cantar podrá el dolor inmenso,
La angustia de una madre, si del hijo
Peligra la existencia?
¿Quién su ingenio y valor? ¡Oid!... ¡Fulminan
Allá en Egipto la cruel sentencia!
«Pues de Israel los hijos han crecido

»Como yerba del prado,
»Y cuanto más la ley les ha oprimido,
»Más se han multiplicado;
»Sea todo varón desde hoy nacido
»En el Nilo arrojado.»
¡Tal el déspota dijo!... ¿Qué haréis, madres?
¿Qué harás ¡Jacobed bella!
De ese hijo de tu alma,
De tu pueblo infeliz, fúlgida estrella?
Tú velas... tú meditas!... ¡Sin reposo
Afanosa le ocultas!... ¡Mas... en vano,
Que sigue cauteloso
Tus pasos el tirano!
¿Qué hacer ya?... ¡Sucumbir! Pero ¿qué miro?
Del Nilo caudaloso
Atenta sigues el revuelto giro.
¿Qué intentas? ¿Qué haces? ¡Ay! ¡Al tierno infante
Junto á la orilla dejas
En ingeniosa cuna abandonado...
Y al cielo alzas los ojos.... y te alejas!
¡No.... Vuelve, madre, vuelve! Toma tu hijo,
Que le miró tu Dios y se ha salvado.
¡Moisés le llamarás! ¡Tu fe ha triunfado!

—

Tanto una madre alcanza
Si la fe le ilumina; nunca muere
En ella la esperanza.
Tras de esta vida mísera contempla
Otra eterna y mejor... y ese el secreto

Es de su fuerza y su valor. ¿Quién sabe
De una madre creyente
Dó llega el heroismo? No tan sólo
Impávida y valiente
Por su hijo á recibir la muerte avanza,
¡Que así lucha en su cueva la leona!
Por su Dios lleva el hijo al sacrificio
Y al verdugo perdona.

—

¡Ved cuál brilla siniestro allá en Judea
De Antíoco el acero!
¡Sangre y luto doquier llevar desea
El bárbaro guerrero!
De Salem en el templo sacrosanto
Soberbio imprime la profana planta,
Y en el altar, del pueblo entre el espanto,
A Júpiter Olímpico levanta,
Y así exclama el impío:
«Oye, Judá, tu suerte:
»¡Si abandonas tu ley... tendrás riquezas,
»Placeres y poder... si no... la muerte!»
¡Y su rostro ocultando entre ambas manos,
Gimieron las doncellas, los ancianos,
Los jóvenes quedaron sin aliento,
Y cual canto de triunfo á los tiranos,
Del pueblo de Jacob llegó el lamento!
¡Gran pueblo! ¿Morirás?... ¡No! Que á salvarte
Vuelan, y gloria inmarcesible á darte
De una madre la fe y el sentimiento!

¡Madre inmortal! ¡Valiente Macabea!
Cuando mi mente penetrar desea
Esas páginas santas
Inspiradas por Dios... aún centellea
Tu mirada ante mí... aún te levantas
Al verdugo, que tiembla, contemplando
Serena, y á tus hijos
De patria y Dios y de su ley hablando.
Hijos dignos de tí, que van tranquilos
A recibir la muerte,
Al Creador del mundo un himno alzando,
Que en éxtasis escuchas, mujer fuerte!
¡Y tú también á conquistar la palma
Del mártir vas impávida tras ellos...
Y de tu inmensa gloria los destellos
De dicha llenan y de fe mi alma!
¡Madres cristianas, el amor divino
Esa senda os trazó! De las virtudes
Enseñar á los hijos el camino
Con la voz y el ejemplo,
Levantando en sus tiernos corazones
De Dios y Patria el sacrosanto templo,

La felicidad

De riquezas gozar, poder y gloria,
Y hacer de cada goce una deidad,
Sin pensar que esta vida es transitoria...
A eso no llamo yo felicidad.

—

Vivir en santa paz en la bonanza,
Lo mismo que en la fiera tempestad,
Cifrando sólo en Dios nuestra esperanza...
Eso, amigos, sí que es felicidad.

Las virtudes teologales ó divinas

LA FE

Es la fe una luz divina
De que hay un Sér superior
Que hizo el mundo por amor,
Y á todo hombre ilumina.
Entre las sombras camina,
Ateo, el materialismo,
Que sólo se ama á sí mismo:
Y sin Dios y sin hermano,
Triste, oscuro, frío y vano,
Él sólo rueda al abismo.

LA ESPERANZA

Del hombre paz y sostén,
La hermosísima esperanza

Es la firme confianza
De que Dios nos dará el bien.
Al par que *vida*, también
Cristo es *camino* y *verdad;*
Pues tan grande es su bondad
Que morir quiso en la Cruz,
Para darnos con su luz
La eterna felicidad.

LA CARIDAD

Amar á Dios, en verdad,
Y cual te amas tú, al hermano,
Judío ó samaritano,
Eso es santa caridad.
Odios inmensos, ¡cesad!
Pueblos todos de la tierra,
¡Amaos!... ¡cese la guerra!,
Qué en el santo amor es donde
La felicidad se esconde
Y el eterno bien se encierra.

A Ntra. Sra. de los Desamparados

ODA (1)

Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve; á tí llamamos los desterrados, hija de Eva; á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas..

¡Luz, desprendida de la eterna lumbre!
¡Hermosa fe cristiana!
Tú, que diste del Gólgota en la cumbre
Alas de fuego á la flaqueza humana;

(1) Allá por el año 1873 se remitió esta composición, optando á un premio ofrecido por la Juventud Católica de Valencia, cuyo certamen no se llegó á celebrar porque, á consecuencia de las circunstancias políticas de aquella época, se disolvió la mencionada Academia.

Tú, del amor nacida; tú, que brillas
De las virtudes todas soberana,
Y los furores de Satán humillas;
Tú, que engendras los héroes; tú, tesoro
De caridad ardiente, lazo de oro
Entre el mortal y Dios, y paz del mundo,
Y manantial de inspiración fecundo...
Prende en mi corazón llama divina,
Y pueda digno resonar mi canto
De aquella excelsa Virgen peregrina,
Que es la Madre del Sér tres veces santo,
Arbol de vida, emblema de hermosura,
Y más que el ampo de la nieve pura.

—

Triunfante y sin mancilla,
Desde el principio brilla...
Que antes que el mundo y que los siglos era.
Adán la contempló, cual esperanza
De Redención, en la arboleda hermosa
De la mansión primera;
Y el pueblo de Israel á verla alcanza
De Jacob en la escala misteriosa,
Y de Moisés en la inocente lumbre.
Con inspirado labio
La anunciaba el Profeta
Y la ensalzaba el sabio;
Y al ser, por fin, los suspirados días,
La vió brillar la muchedumbre inquieta,
«Virgen y Madre», cual la vió Isaías;

«Luz de Judá», cual la cantó el poeta;
Luz de naciente aurora
Que, tras la noche del error oscura,
Del sol de la verdad fué precursora;
Y estrella de los mares,
Amparo en la tormenta asoladora
De la vida, que adora,
¡Salvo ya el hombre, en místicos altares!

—

También la patria mía,
Sostenido de amantes corazones,
De flores uno consagró á María,
Que ha dado al mundo ejemplo
De piedad y de fe desde aquel día.
¿Dó va esa multitud? En su semblante
La amarga huella del dolor contemplo,
Que el mundo imprime al peregrino errante,
¡Y qué borrar no sabe! Ved, va al templo.
Sobre un trono de nubes, que fulgura
Mil torrentes de luz, gentil y bella,
De caridad y de humildad dechado,
Se levanta la cándida doncella,
Madre del infeliz desesperado.
La frente pura inclina, cariñosa,
Con incesante anhelo,
Cual si esperase súplica afanosa,
Para elevarla al cielo.
Sus ojos con ternura,
Siempre en nosotros fijos,

Parece que nos digan con dulzura:
«Amaos, ¡sois mis hijos!»
Nos muestra al Redentor entre sus brazos,
Y que una cruz sostiene,
Como diciendo al hombre: «¡tú te quejas,
Y tu Señor la tiene!»
Blanca azucena entre sus manos brilla,
Como anunciando al alma:
«¡La más pura y sencilla
Tendrá la mejor palma!»
Y al extender su manto, cual paloma
Las alas sobre el nido,
Dice al triste: «¡no temas, sé el secreto
Para curar tu corazón herido!»

—

¡Ah, mil veces feliz el que tu amparo
Busca y mora en tu amor, madre querida!
¡Iris de eterna paz, único faro
De este mundo en la mar embravecida!
¡Tú cruzaste doliente, cual el hombre,
Por el desierto estéril de la vida!
Por eso invoca sin cesar tu nombre
Con entusiasmo santo;
Que el que sabe de lágrimas y penas
Es quien calma el dolor y seca el llanto.
¡No el que mira correr horas serenas!

—

¡Tú, que exhalas de huérfano el gemido...

Huérfana como tú, gimió María!
¡Mísera viuda, como tú, doliente,
La amarga hiel de la viudez bebía!
Tú, que suspiras de tu patria ausente,
En extranjera tierra ella sufría;
¡Y atravesando páramo inclemente,
De hambre y frío, cual tú, se extremecía!
Y tú ¡Madre infeliz! tú que anhelante
El ser contemplas que abrigó tu seno,
Ante el incierto porvenir de sombras
Y de peligros, como nunca hoy lleno;
Ella también de Simeón escucha
El profético acento, que le advierte
De su hijo amado la terrible lucha,
Y la sangrienta muerte.

—

Mas si duelo no existe cual su duelo,
Tampoco existe gloria cual su gloria,
Por eso inunda el alma de consuelo,
Pues tras la vida amarga y transitoria,
Nos muestra el alto cielo;
¡Tras el rudo combate, la victoria!

—

¡Oh, purísima Madre, Madre nuestra,
Hoy que todo vacila y se derrumba,
Y negra noche sobre el mundo avanza,
Al hombre tiende tu benigna diestra,
Que eres luz y esperanza,

Y refugio y amor otra vez muestra.
Sea tu dulce amparo fuerte muro
Para nosotros en la nueva lucha
De la fe y la impiedad... Mas no de sangre
Ha de ser esa lucha; no la espada
Ha de brillar en la homicida mano...
¡Qué tu enseña es de paz! La cruz alcemos
En vez del hierro insano;
De abnegación y sacrificio demos
Y de humildad ejemplo, al hombre vano;
Ante la orgía, del placer morada,
Cubramos de ceniza nuestra frente
En el altar, mostrando nuestra nada;
Firme esperanza nuestro pecho aliente,
Y al desprecio y la injuria contestemos
Con el perdón de nuestro amor ardiente.
Así del mundo impío triunfaremos,
¡Que el triunfo es de la fe! Mi patria bella
Siente en la lucha su inmortal destino,
Y el sitio del peligro busca en ella...
¡Guíale, Madre mía, en su camino!

LA IGUALDAD

Dotar á la nación de sabias leyes,
Fundamento de santa libertad,
Y aplicarlas, con recta voluntad,
Lo mismo á los mendigos que á los reyes...
Eso, Pueblo, es justicia, no igualdad.

—

Nacer para morir, sin que podamos
Torcer tal ley con nuestra voluntad,
Ni á la ciencia acudiendo y la piedad,
Ni con oro, amenazas, ni reclamos...
Esa sí que es ¡oh sabios! igualdad.

LA LIBERTAD

Hacer el bien, con firme voluntad,
¡Siempre por Dios! y hacerlo con desprecio

Del hierro del tirano y su impiedad,
Y la burla sarcástica del necio,
Eso es la hermosa y santa libertad.

LA FRATERNIDAD

Creer que nuestro padre está en los cielos,
Y amarnos como hermanos, en verdad,
Y prestarnos, con buena voluntad,
Toda clase de bienes y consuelos...
Eso, Pueblos, sí que es «fraternidad»!

Á Delia

(MI PRIMER AMOR)

¡Huid!, sueños mentidos
De gloria; ¡impía guerra!
No cantaré tu estruendo pavoroso,
Que hoy, cual nunca, me aterra.
La musa del amor templa mi lira;
Ardiente el corazón palpitar siento,
Y Dios mi mente inspira
Para que cante, con divino acento,
A mi Delia, mi afán, mi pensamiento.

—

¡Mirad! La reina del vergel parece;
Ni la gentil palmera
Que el blando arrullo de las auras mece,

Con su elegancia competir pudiera.
La tez, de nieve; negros, cual la noche,
Sus sedosos cabellos;
Entreabierto capullo
Sus dulces labios rojos,
Donde el amor anida;
Y sus divinos ojos...
No temas, Delia, no, que yo, al cantarlos,
Busque del sol los vívidos destellos...
Él adora al nacer tus ojos bellos.
Yo le escucho exclamar, cuando su lumbre
En el zenit fulgura:
«Si yo uniera ese fuego y mansedumbre
Que su pupila encierra,
¡Oh, cuál me adoraría,
Llena de admiración, muda la tierra!»

—

Por eso al contemplarla
Dar el puro carmín de sus mejillas
Tinte rojo á las flóres,
Su aliento aroma, y de sus cantos suaves
Los dulces trinos aprender las aves...
De mi cítara al son quiero cantarla
Reina de la belleza y los amores.
¡Que sólo en ella mi esperanza fundo!
Ella es todo mi afán, todo mi encanto,
Mi sér, mi mundo entero...
¡Ah! dejad que tranquilo
La flor aspire del amor primero;

Dejadme: yo tan sólo
Pensando en ella embebecerme quiero.

—

Siempre, siempre ante mí se alza riente
Su imagen seductora.
Si cual nuncio del sol, luce en Oriente,
Su oro esparciendo en el azul la Aurora,
Mi corazón latiendo
Allí la imagen de su Delia adora;
Si levanto mis ojos cuando baña
Con tibia luz la luna el firmamento,
Pensando en Delia extremecerme siento;
Si airado el mar sonante
Sus olas á mis pies bate rugiente,
Delia allí, Delia allí, siempre triunfante;
Delia allí, Delia allí, siempre presente.

—

¡Cuán inmenso es mi amor! Si ella algún día
Aquí en mi corazón leer pudiera,
¡Oh! cual la adoro yo, me adoraría;
Cual me inflamo, inflamada
En el fuego de amor se abrasaría.
Y entonces ¡ah! entonces
No fuera mundo ya, fuera ya un cielo.
¿Y quién, hermosa mía,
Tanta ventura arrebatar podría?
¡Oh, Delia! si escucharas
De un corazón, tal vez: «niña inocente

Esa pasión ardiente
Es humo nada más, que el viento lleva;»
Dile á ese infame corazón que miente.
Sí, Delia, sí; primero
Del pecho maternal huirá el cariño;
Primero por doblez y por mentira
Su inocente candor trocará el niño;
Primero cesará tu santo anhelo
Cuando elevas tus ojos hasta el cielo,
Y tu llama filial será extinguida...
Que dejarte de amar, ¡Delia querida!

Las dos luces

¡Infeliz del que privado
¡Oh, Sol, se halla de tu luz!...
Pero más infortunado
Quien no vive iluminado
Por tu luz divina... ¡oh, Cruz!

Elección de esposa

No elijas, no, para esposa,
La más rica, ni más bella;
Toma la más virtuosa,
Y serás feliz con ella...
¡Que esa es la rica y la hermosa!
Pasa, fugaz, la hermosura...
Y suele acabarse el oro;
Mas mujer discreta y pura
Es de paz y de ternura
Inagotable tesoro.

Encontré el ángel

¡Ah!, sí, lo encontré! Es ella,
Es el sueño feliz de mi esperanza,
El ángel de mi amor, la visión bella
Que ansiaba el corazón; es el deseo
Que á realizarse alcanza,
Y el mundo llamó loco devaneo;
Astro que brilla con fulgor divino
Y Dios enmedio de mi vida lanza
Para servir de Norte en mi camino.

—

Feliz, dulce momento...
Mis ojos con tus ojos se encontraron,
Y con su mudo celestial acento,
Eterno amor las almas se juraron.
¡Ah, sí! Tú eres el ángel

Que tanto tiempo contempló mi mente,
Que el candor en tus labios sonreía,
Brillando la virtud sobre tu frente.
Y al ver mi afán cumplido,
De mis sueños, al fin, la imagen pura,
Estaba en tu belleza embebecido,
Lágrimas derramando de ventura.

—

¡Gracias, Dios mío, que mi amor alientas!
Hoy, cual nunca, en tí creo y más te amo,
Y más grande á mis ojos te presentas;
Y si en la sombra de la duda el mundo
Me hubiera sepultado, á tí hoy tornara,
Y tu bendito nombre,
Tu eterna gloria y tu poder cantara.
Que tú esta llama enciendes
Cuando, benigno, desde el alto cielo,
Tu mirada de amor al mundo tiendes;
Y esta llama inmortal revela al hombre
Que no es mentira su perpetúo anhelo;
Que no es la nada su futura herencia;
Que hay otra vida do tender el vuelo.
¡Oh, santo, eterno amor, Carmen querida!
En vano el mundo impío,
De los placeres, hasta el borde llena,
La engañadora copa me mostraba:
Siempre en mi corazón hallé un vacío,
Que ese goce del mundo no llenaba;
Y es que en torno vagar tu imagen vía

Mi ardiente fantasía,
Y por tu amor inmenso suspiraba.

—

Y lo alcancé por fin; siempre mis ojos
Han de mirar tus ojos, y mi aliento
Aspirará el suspiro
Que leve escapa de tus labios rojos.
Siempre tuyo será mi pensamiento,
Irá á la tuya mi existencia unida,
Con tu alma mi alma confundida,
Y mientras Dios bendice nuestros lazos,
Veré cual sueño resbalar la vida
Suspirando de amor entre tus brazos.

—

¡Ah! Vosotros que ansiáis pasar las noches
En las orgías, de zozobras llenas,
Cuando libres pensáis tender el vuelo,
Más sujetos del vicio en las cadenas;
Que siempre en pos del mundo y sus placeres
Frenéticos corréis, con torpe anhelo,
Sin paz en el alma y sin ventura...
¿Queréis término hallar en la amargura
Que por doquier os sigue,
Y el bálsamo encontrar que vuestro hastío
Y vuestro afán mitigue?
Amad, seguid el entusiasmo mío,
Buscad un ángel bello que os adore
Con este afecto santo,

Una mujer que enjugue vuestro llanto,
Que en vuestras dichas goce la primera,
Siempre sus ojos en vosotros fijos,
Que sea vuestra eterna compañera
Y la madre feliz de vuestros hijos.

—

Yo encontré á esa mujer; desde el momento
En que escuché su acento,
Es más santo el afán que el pecho siente
Y es más puro también mi pensamiento.

—

¡Oh! Que nunca tender las negras alas
A la duda cruel en torno vea,
Que implacable llegando hasta mi seno
Enmedio del placer verdugo sea,
Que vierta hasta las heces su veneno.
Que es terrible dudar; mas ¡ay! perdona
Yo nunca dudaré, que prometiste,
Con el candor de un niño,
Guardar este cariño,
Cuando temblando mi pasión oíste;
Lejos, duda, de mí; Carmen me adora,
Y contemplo brillar ya en lontananza
De nuestro cielo la adorada aurora.
¿Y quién á detener el vuelo alcanza
De nuestra dicha inmensa,
Ni esta llama voraz verá estinguida?
¡Quién á arrancar se atreve en su locura

De mí tu corazón, Carmen querida!
Si elegiste mi amor, yo haré que nunca
Falte laurel para ceñir tu frente;
Que arder mi pecho el entusiasmo siente,
Y se levanta el ánimo gigante.
Sí, tu serás el ángel que me aliente
Para tender el vuelo á la victoria,
Con arduo empeño y con la fe constante
Siempre tu imagen fija en la memoria.

AMOR Y FE

Oda premiada en el Certamen literario de Santiago.

(Dios mío, en tí creo.)

¡Tú lo sabes, Dios mío! ¡Cuántas veces
Ansié ensalzar tu nombre y tu grandeza
Y de mis manos arrojé la lira,
Mi pequeñez mirando y mi flaqueza!
Tu majestad me asombra y enmudezco...
Mas si pienso en tu amor... amor me inspira,
Y de mi labio brota el himno santo,
Como en el bosque el aura,
El perfume en la flor, el ave el canto.
A tus ojos, ¿qué da lo ignore todo,
Si sabe el hombre amarte?
¿Qué da que tierra y lodo

Formen su sér, si al par tu imagen pura
En su fondo fulgura,
Cual la del sol en lago transparente?
Mas mi cristiana lira, de fe llena,
Sonará humildemente
Como oración de un alma que te adora,
Como brisa que gime blandamente
Y ave que canta al despertar la aurora.

—

¡Oh, recuerdo feliz! Cuando era niño,
Así mi buena madre me decía,
Y endulzando su acento su cariño,
Su rostro con su fe resplandecía:
«Hay un Dios en el cielo
Que es nuestro Padre. Cuanto el orbe encierra
Es obra sólo de su amor profundo,
Y por amor también bajó á la tierra,
Y en una cruz murió, salvando al mundo.
Mas no siendo á su afán esto bastante,
Fundó su Iglesia santa,
Y en un manjar celeste convertido,
Aún muere por nosotros cada instante
Entre cándidos velos escondido.
Él es la única luz, camino y vida;
La dicha verdadera en Él se anida;
Y tan sólo nos pide,
Si alcanzarla queremos,
Le amemos cual nos ama,
Y cual hermanos todos nos amemos.

Nuestras acciones mide
Con justicia severa,
Pero á voces nos llama,
¡Y con abiertos brazos nos espera...!
Porque es su inmenso anhelo
Que ciñamos, tras lucha transitoria,
La corona de gloria
Que nos tejen los ángeles del cielo.
Tal nos ama ese Padre...
¡Amale...! ¡Ese es tu fin...!» Y el pecho mío
La palabra guardaba de mi madre
Cual tierna flor el matinal rocío.

—

Desde entonces, Señor, para mi alma,
De la existencia en el combate rudo,
Siempre ha sido tu fe su único escudo
Y único puerto en donde halló la calma;
¡Que no hay paz ni contento
Sin tu divino amor, sin tu fe pura!
Genio, ciencia, poder, gloria, hermosura...
Son sueños nada más, luz de un momento.
Pasan veloces como pasa el ave
Que ningún rastro en el espacio deja,
Como velera nave
Que un instante miramos y se aleja...
Y el alma entristecida,
Tras la muerta ilusión vuelve los ojos
A los primeros años de la vida,
A los encantos del hogar querido,

A tí tornando, ¡oh, fe consoladora!
Como herida paloma torna al nido
Tras nube asoladora.
Y es que ese afán inmenso, esa esperanza
De eterna dicha que en las almas mora,
Nunca á calmar la criatura alcanza.
Tan sólo Tú, ¡Dios mío!,
Que hiciste el corazón, puedes llenarle.
Sin Tí, es tormento horrible su deseo.
A Tí tan sólo es dado
Las cadenas romper de Prometeo.

—

Mas si la fe divina,
La fe que espera y ama,
Su espíritu ilumina;
Si el hombre te contempla tras el mundo,
Como al través de misterioso velo,
Su sed de luz, de bien y de belleza
Apagando en tu cielo...
Su gloria entonces en la tierra empieza.
Ennoblecidas ya las criaturas,
Son cual escala de oro
Para subir, Señor, á tus alturas;
Es la virtud el único tosoro
Codiciado del alma; el heroismo
Germina por doquier, pues nada teme
Quien se venció á sí mismo;
Su secreto á la ciencia arranca el sabio,
Y, cual la luz del sol, brota á raudales

De su inspirado labio:
En sacro fuego ardiendo, alza el artista
Sus obras inmortales,
O sus divinos cantos el poeta;
Allá en el claustro, virgen solitaria,
Y en su gruta el asceta,
Murmuran su plegaria;
Ferviente apóstol cruza el mar de hielo
Y la arena abrasada
Dando su vida el mártir, en el cielo
Perdida la mirada;
Y ciñéndola vivos resplandores,
Por el ajeno bien siempre anhelosa,
La caridad hermosa
El mundo llena de fragantes flores.

—

Suprema voluntad, luz increada,
Sublime amor... ¡Dichoso el que se inspira
Siempre en tu ley, y en ella hace morada,
Y cual pan de su espíritu la mira!
¡Tú nos llamas á Tí, razón eterna,
Con grande y dulce voz! ¿Quién no la escucha?
En esa sorda é incesante lucha
Del vicio y la virtud, ¿quién nos advierte
Dónde las fuentes de la vida acaban
Y principian las sombras de la muerte?
¿Quién al bien suavemente nos excita?
Y al ver en sangre tinta nuestra mano,
¿Quién nos persigue inexorable y grita:

«Dime, Caín, ¿qué hiciste de tu hermano?»
¿Quién habla á la humildad y á la pureza?
¿Quién consuela al que llora?
¿Quién al rico le dice:
«¡Ay del que olvida al pobre y atesora!»
Y al pobre: «¡hay otra vida, espera y ora!»
¿Quién la paz santa del hogar bendice?
¿Quién á los pueblos clama:
«Encumbra la virtud á las naciones
Y el vicio las abate y las infama?»
Tu voz de amor, ¡Dios mío!;
Tu dulce amor, que el sumo bien encierra;
Tu ardiente amor, que llama
A todos los humanos
Para que unidos formen en la tierra
Un pueblo nada más, ¡pueblo de hermanos!

—

Y por eso, Señor, aunque te miro
En la suave aurora,
En el radiante día
Y en la noche serena... más te veo
En la cumbre del Gólgota sombrío
Do mueres por mi amor... ¡Allí yo creo,
Y en el polvo la frente,
Al par gimo y te adoro,
Que allí más luz me diste
Que el día en que encendiste
En esos mares de éter astros de oro!
¡Inmenso sacrificio! Tú rasgaste

De mi pobre razón todos los velos;
Cuanto hay oculto, Tú me revelaste
En mí mismo, en el mundo y en los cielos.
Sé de mi excelso origen y destino,
De mi gloria y caída,
Y ya conozco el único camino
De mi mansión perdida.
Y si al surcar, cansado peregrino,
De la existencia el piélago profundo,
La temida tormenta se levanta,
Sé también que Tu cruz es arca santa
Que me puede salvar, pues salvó al mundo.

Las virtudes cardinales

LA PRUDENCIA

La virtud de la prudencia
Todas las demás comprende,
Pues su dominio se extiende
Do llega el de la conciencia.
Siempre consulta á la ciencia;
Busca la paz y armonía
A su costa; el bien le guía;
Y tan alta luz destella,
Que yo no dudo que es ella
La misma sabiduría.

LA JUSTICIA

Justicia es una virtud
Que igual aplica la ley,

Desde el mendigo hasta el rey,
Con toda solicitud.
De la patria es la quietud
Y suma felicidad;
Y en fin, tanta es su bondad,
Si con clara luz se mira,
Que do la justicia espira,
Espira la libertad.

LA FORTALEZA

Fortaleza es voluntad,
Mas voluntad soberana
Que camina al bien ufana
Con entera libertad.
Es alma de la verdad;
Presta espíritu y consuelo
A todos, con santo anhelo;
Y es tanta su excelsitud,
Que sin ella, otra virtud
No puede escalar el cielo.

LA TEMPLANZA

En fin, la templanza es freno
Que dirige el corazón,
Y sin ella, la pasión
El néctar trueca en veneno.
Está de peligros lleno
El goce: con esta egida

Se halla la paz bendecida,
El honor y la salud...
¡Quien olvida tal virtud,
Cambia en infierno la vida!

Mi madre (1)

(FRAGMENTO DE UNA ODA)

¡Y cuán breves pasaron,
Señor, las horas de envidiable calma!
¡Y cuán pronto se alzaron
Las temidas tormentas en el alma!
«Bella es la vida», el mundo me decía;
«Corónate de flores;
»Placeres mil te bridan á porfía
»La juventud, la gloria y los amores.»
Y miré el genio, de laurel ceñido;
Al poderoso por doquier gozando,

(1) Esta es otra composición de las extraviadas durante la enfermedad del autor de estos versos. Esa estrofa la conservaba en su memoria, y se ha salvado.

Y el himno del festín hasta mi oído
Llegaba seductor, con eco blando.
El alma vacilaba... mas de súbito
Por mi mente cruzando
La imagen pura y bella de mi madre,
Me repetía sus palabras santas:
«Hay un Dios en el cielo que es tu padre»;
Y, cayendo á tus plantas,
Yo invocaba su nombre...
Y tú calmabas mi agitado pecho,
Como se calma, á un signo de su mano,
En su arenoso lecho
La tempestad del férvido Oceano.

Jesús y los niños

Jesús á los pobres y humildes buscaba,
Ansioso corría tras el pecador,
Al propio enemigo en su casa hospedaba
Y hasta al delincuente trató con amor.

—

En calles, caminos, en montes y llanos,
Por donde pasaba, pasó haciendo bien.
Tendíanle todos los ojos y manos,
Pues era de todos la luz y el sostén.

—

Con claros ejemplos, sencillos y bellos,
Parábolas sabias y noble actitud,
Jesús instruía á los hombres, y ellos
En Él contemplaban la misma virtud.

—

Las madres al verle, sus niños llevaban
Ansiando les diera su fiel bendición;
Mas ellos (1) las madres de Cristo alejaban,
Que aún firmes no estaban en su alta misión.

—

Al ver Jesús esto, les dijo indignado:
«Dejad vengan pronto esos niños á mí.
»¿Por qué los pequeños me habéis alejado?
»Decid al momento que vengan aquí.

—

»¿No veis en su frente divinos destellos?
»¿No veis su mirada de inmenso candor?
»Sabed que es el reino de Dios para ellos
»Y aquellos que sigan sus huellas mejor.»

—

Tal dice, y llegados que fueron los niños,
Al punto abrazóles y un ósculo dió.
Asómbranse todos al ver sus cariños,
Mas Dios lo penetra, y así les habló:

—

«Aquel que recibe á un niño en mi nombre,
»Tened entendido recíbeme á mí.

---

(1) Los discípulos de Cristo, en cuyos corazones no reinaban aún los sentimientos de bondad de que estaba penetrado el de Jesús.—(*Nota del autor.*)

»Que sea, yo quiero, como un niño el hombre;
»Humilde, sencillo, cual los veis aquí.

—

»Mas ¡ay!, desgraciado de aquel que llegara
»A un niño, cual éstos, á escandalizar...
»Fuera preferible á su cuello colgara
»Piedra de molino y le echaran al mar.

—

»¿Quién es el mayor en el reino del cielo?
»Aquel que tuviese mayor humildad;
»Por eso os he dicho: como el pequeñuelo
»Sed dulces, sencillos, ahí está la verdad.» (1)

—

¿Lo oísteis, mortales? Decid, ¿qué doctrina
Tan útil y hermosa cual la de Jesús?
¿Quién duda que mana de fuente divina,
Que Dios es el foco do irradia esa luz?

—

Hundido en las sombras el mundo pagano,
Del hombre ignoraba la gran dignidad;
Y al niño, al enfermo, al mísero anciano,
Cruel inmolaba ante oscura deidad.

—

(1) San Mateo, cap. XV, 1, 2, 3, 4, 5 y 6; XIX, 13 y 14.—San Lucas, cap. XVII, 1 y 2, y XVIII, 15, 16 y 17.

En Roma á los niños, en cínica orgía,
Alzarles hacían jocosa canción,
Hasta que, llegando de Cristo el gran día,
Cual otros borrara, borró este baldón.

A Santa Teresa de Jesús

Cual ave de raudo vuelo
Ve, desde la enhiesta cumbre,
A sus pies el hondo suelo,
Y allá, en la mitad del cielo,
Del Sol la vívida lumbre;
Viste tú, desde la altura
De cristiana perfección,
Debajo, la tierra oscura,
Y sobre tu frente pura
La hermosa luz de Sión.
Y al contemplar de esa suerte
Dó el eterno bien se anida,
Del divino amor herida,
Fue tu vida amarga muerte,
Y tu muerte dulce vida.
Por eso al cielo clamabas:
«Sufrir ó morir, Señor»,
Pues sufriendo, le mostrabas

La inmensidad de tu amor,
Y muriendo, le gozabas.
  Tú... «padecer ó morir.»
Nosotros... «vivir... gozar...»
Si Dios nos ha de juzgar,
¿Quién la ciencia del vivir
Ha logrado penetrar?
  Tú, de limpio corazón,
Tú, que rota la ilusión
Del mundo, con noble empeño,
Aun antes que Calderón
Dijiste:—«La vida es sueño.»
  Tú, que con divina luz
No sólo te conociste,
Sino que al pie de la Cruz
Por el amor de Jesús
Te humillaste y te venciste.
  Alma candorosa y pura,
Tres siglos ha que tu vuelo
Tendiste á la excelsa altura,
Dejando esta noche oscura
Para vivir en el cielo.
  Mas eterna es tu memoria;
Y si en nuestra patria historia
Otro astro no fulgurara,
Tu sólo nombre bastara
Para llenarla de gloria.

Elección de esposo

Si quieres con alegría
Vivir y santo reposo,
Ilustrado y virtuoso,
Elige un hombre, hija mía.
Él, con su sabiduría,
Feliz te hará en este suelo;
Y sus ojos, con anhelo,
Noche y día tendrá fijos
En su esposa y en sus hijos,
Para llevarlos al cielo.

He ahí tu Hijo

Ecce Mater tua.—Tercera palabra de Jesucristo en la Cruz.—San Juan, 19, 26.

Todo á cumplirse va; partió afanosa
La multitud inmensa, y solitaria
Contemplo y silenciosa
Del Gólgota la cumbre,
Que apenas ya ilumina
Del Sol muriente la temblante lumbre.
Sólo junto á ese leño, do ultrajaron
Los hombres á su Dios, mudo testigo
De su dolor, quedaron
La Madre cariñosa, el fiel amigo.

—

Vedla, triste, abatida,
Con pena amarga el corazón latiendo,
En llanto convertida,
Cuál contempla á su Hijo,
Al Hijo amado, vida de su vida.
¡Infeliz Madre! ¡Tu dolor comprendo!

¿Quién cerrar puede tu doliente herida?
¿Hay acaso en el mundo
Cariño más profundo
Que el de una madre mísera y querida?
¿Ni acaso el pecho siente
Afán más puro que el afán que imprime
Un beso maternal sobre la frente?
Bien haces en llorar: llora, María.
¡Harto la pena el corazón te oprime!

—

Y tú, el amigo que la dicha hallaste
En ese afecto santo que os unía,
Y nunca en la aflicción le abandonaste,
¡Oh, cuán dura también es tu agonía!
Pronto la muerte romperá esos lazos,
Y el cuerpo inerte, helado, del amigo,
Te arrojará en sus brazos.
Pero mirad, ¿no veis?, sí, sí, se agita
Su lacerado pecho,
Tiene en vosotros ya sus ojos fijos,
Sí, quiere hablaros y el esfuerzo ha hecho
Que hiciera el padre en el doliente lecho,
Cuando por vez postrera
Quiere abrazar á sus amados hijos.

—

Mientras los ojos mortecinos gira,
«No más dolor el corazón taladre;
»Mujer, á tu hijo mira;

»Juan, mira allí á tu Madre.»
Tal dice, y en sus ojos
El sufrimiento santo se refleja;
Con pena amarga el corazón suspira;
La muerte siente acaso,
Mas no exhala una queja,
Y en su semblante pálido se admira
La majestad del Sol en el ocaso.

—

¡Una madre y un hijo!
Yo en las palabras santas que Dios dijo
Otro más grande pensamiento veo.
En Juan contemplo el hombre que, anhelante,
Estéril en virtud y en mal fecundo,
Va cruzando con paso vacilante
Por el desierto páramo del mundo;
Y en esa Madre á la inmortal María,
La pura estrella de la noche umbría
Que el orbe adora levantando altares,
Do pueda el triste respirar tranquilo,
Puerto que ofrezca al marinero asilo
En los revueltos mares.

—

¡Ah! Vosotros que veis en la amargura
Pasar los días bajo humilde techo,
Y contempláis los hijos que llorando
«Pan» piden, desgarrando
Con su apagado grito vuestro pecho;

Vosotros que moráis omnipotentes
En los palacios fabricados de oro,
Sin ventura, sin calma,
Y el hastío grabado en vuestras frentes,
Sin que pueda comprar vuestro tesoro
Un instante tranquilo para el alma;
Vosotros que anheláis pasar los días
En los brazos del vicio,
Y el estruendo fatal de las orgías...
Cubre por un momento
De la conciencia el indomable acento;
Todos los que sufrís dolor del mundo,
Todos los que lloráis con tristes ojos,
Ella es el vaso de elección fecundo
Que da la paz y calma los enojos.

—

¡Oh, cuánta es tu bondad, Dios de ventura!
Escupe á tu semblante
El hombre en su locura,
Escarnece tu paso vacilante
Cuando cargado con la Cruz caminas,
Ciñe á tu pura frente
La corona de espinas
Y da hiel á tu sed, y tú, no sólo
Pides por él misericordia al Padre,
Sino que, lleno de tu amor ardiente,
Por su Madre le das tu misma Madre.

—

¿Y habrá, Dios Santo, quien en tí no crea
Moviendo impío el atrevido labio,
Y en tu misión sublime sólo vea
La ciencia fría y la virtud del sabio?
No, tú eres Dios, el hijo del Eterno,
Que al mundo descender del cielo quiso,
Para cerrar las puertas del infierno
Y el pecado lavar del Paraíso.
Sí, tú eres Dios; la inspiración secreta
Que siente mi alma al pronunciar tu nombre
Te revela en los versos del poeta,
Y en la flaqueza y el poder del hombre.

EL MATERIALISMO (1)

(FRAGMENTO)

. . . . . .

Tal la fe; mas si el hombre
Fija sólo en la tierra su mirada...
Desciende, cual sus ojos, su alma toda,
De su divino origen olvidada.
Sin fe, el trabajo humano
Es sólo pena ruda
Que nada noble inspira;
Sin fe, la ciencia es duda;
Es la virtud mentira;

(1) Esta es una de las composiciones que se extraviaron; pero recordando su autor una de sus estrofas, la publicamos.

Vil mercancía el arte, y está muda
O sin vigor la lira.
Sin fe, no hay patria, libertad, ni gloria,
Ni justicia, ni leyes;
Ni el hombre fía en el hombre,
Ni ama el pueblo á sus reyes:
Sin fe, no hay nada grande, porque muerto
El claro hermoso sol de la esperanza,
El corazón humano es un desierto.

. . . . . .

UN RECUERDO

Bella corona de flores,
Que envidiando su hermosura,
Ceñiste la frente pura
Del ángel de mis amores;
Negra trenza de cabellos,
Que ondulando en sueltos rizos,
Ocultaste los hechizos
De sus dulces ojos bellos;
Rosas, que el tiempo fatal
Cual rudo aquilón consume,
Y á que dió aroma el perfume
De sus labios de coral;
Hoy que triste y lejos de ella,
Doliente el alma, no aspiro
Su dulcísimo suspiro,
Ni contemplo su faz bella...
¡Qué gratos recuerdos son
Los que por mi mente giran

Cuando mis ojos os miran!
¡Cuál late mi corazón!
  Corona, rizos y flores,
Cuando llegue el feliz día
En que pueda llamar mía
La reina de mis amores;
  Y á mi unida en santos lazos
La contemple embebecido
Cual querube descendido
De los cielos á mis brazos;
  Cuando nada ya en el mundo
Impida nuestra ventura,
Prueba sed de mi ternura
Y mi cariño profundo.
  Al veros, prendas de amores,
Su imagen brota en mi mente:
Yo os guardaré eternamente
Corona, rizos y flores.

A LA SANTÍSIMA VIRGEN

EN EL AUGUSTO MISTERIO

de su

Purísima é Inmaculada Concepcion

ODA

Mater purísima... Ora pro nobis.

Tú que diste, Señor, ser de la nada
A cuanto el orbe encierra;
Tú, que amoroso tiendes la mirada
Desde el cielo á la tierra;
Tú, el sólo grande y sabio,
Que haces del barro vil vaso de oro;
Abre, Señor, mi labio,

Pues hoy, cual nunca, tu favor imploro,
Para cantar en tan glorioso día,
De fe mi alma y de entusiasmo llena,
La pureza sin mancha de María,
La venturosa Virgen nazarena,
Que es tu Madre inmortal y Madre mía.

—

¿La veis?.. Allá... en la cumbre,
En la región espléndida y serena,
¡En la ciudad de Dios! Del sol la lumbre
Es sólo niebla oscura
Ante la luz que de su faz fulgura;
Luz á la par suave
Que ni turba ni hiere. La alborada
Tomó todo su encanto
De su dulce sonrisa y su mirada.
Su boca al contemplar, nido de amores,
La tez divina y nítidos cabellos,
Cierran su cáliz con rubor las flores,
Y toda luz apaga sus destellos.
Cuanto anhelamos posa en su alma frente,
Verdad, bien y belleza;
Que es la misma virtud resplandeciente,
Es la misma pureza.
Las gradas de su trono los querubes
Suben, llevando nuestras pobres preces,
De incienso envueltas entre blancas nubes.
Dulces sonidos brotan á raudales
En mágico suavísimo concento,

De las ebúrneas arpas celestiales
Que el záfir abrillanta,
Y el coro de las vírgenes su gloria
Inmarcesible canta.

—

¡Feliz! ¡Hermosa! ¡Sin igual victoria!
No era la luz, ni el tiempo; ni los astros
Allá en el firmamento
Giraban todavía...
Y ya, en el pensamiento
De Dios, era María.
En la mansión primera nuestros padres,
Tras su caída mísera, cual signo
De amor y redención la contemplaron;
Y los Profetas, con unción divina,
A los futuros tiempos la anunciaron;
Y «Paz del mundo», «Estrella matutina»,
«Huerto cerrado», «Fuente cristalina»,
Y «Puerta de los cielos», la llamaron.

—

Y entre las turbias aguas al fin brota
El manantial sereno y transparente;
Entre zarzas el lirio, y tras la oscura
Noche, la blanca luz en el Oriente;
Sonando allá en la altura:
«Nació la Virgen, del Señor morada,
Sin sombra de pecado, ¡Inmaculada!»
Los siglos á los siglos sucedieron,

Y razas y naciones
El angélico canto repitieron:
«¡Inmaculada!...» Y fueron
Vanos los gritos de ira
De la impiedad y de Luzbel la saña,
Porque eco fiel de tantos corazones,
Y nuncio de verdad, que el mundo admira,
También allá, en el alto Capitolio,
El Vicario de Dios, que Dios inspira,
«¡Inmaculada!» la aclamó en su solio.

—

Que no bastaba fueses
La Hija adorada del Eterno Padre,
Del Espíritu Santo tierna esposa,
Y de Jesús la Madre cariñosa;
No te bastaba ser Virgen y Madre,
Cual Isaías lo anunció en su vuelo;
Ni Reina del Empíreo, ni del hombre
Norte y amparo, ¡sin igual consuelo!;
Ni trono del saber, Sol de justicia
Y Arca de nueva perdurable alianza;
Ni de bondad prodigio y de hermosura,
De viva fe y firmísima esperanza...
¡La más humilde y alta criatura!
No te bastaba, no; que era preciso
Al mundo, al cielo, á tu inmortal decoro,
Que Inmaculada fueses;
Cual ampo de la nieve, limpia y pura;
Alba paloma, cándida azucena,

Cristal nunca empañado, alcázar de oro,
Digno templo de Dios... ¡de gracia llena!

—

¿Y quién, al contemplarte,
Dechado augusto, celestial María,
Quién dejará de amarte?
¿Quién dejará en el mundo de invocarte
Con este dulce nombre: «¡Madre mía!?»
¡Madre mía! es el grito que se escucha
Junto á la cuna, al maternal cariño,
El que repite el candoroso niño,
La púdica doncella, el noble anciano,
El pecador contrito en los altares
Y el náufrago que lucha
De la existencia en los revueltos mares;
¡Madre mía! sin tregua suspiramos,
Cuando, en el llanto y el dolor sumidos,
Tristes y solos en el mundo estamos;
¡Madre mía! es el grito de consuelo
Que el corazón exhala, cuando heridos
De la calumnia ó la injusticia, el cielo
Nuestra inocencia mira y nuestro duelo;
¡Madre mía! clamamos
Cuando, en horrible guerra,
A lo infinito el alma nos levanta,
Y la materia vil ata á la tierra;
¡Madre mía! murmura el que escondido
Pesar lleva en el pecho,
Del mundo no sabido;

Y ¡Madre mía! en el cruel momento,
Ante la oscura eternidad, el hombre
Es el bendito nombre
Que al aire da con su postrer aliento.

—

¡Oh, Virgen inmortal! ¡Oh, Virgen pura!
Tú has sido siempre del cristiano escudo,
Y tembló la impiedad; mas hoy, cual nunca,
Alzase poderosa
Y por doquiera amenazar parece
Catástrofe espantosa.
Que el viento del orgullo avanza y crece,
Y á la razón «Dios» llama; el orbe todo
No basta á la ambición, y la impureza
Su trono tiene entre el infecto lodo.
Pero del mundo impío triunfaremos
Si Tú nos tiendes la benigna diestra;
Bajo Tu dulce amparo nos ponemos;
Háblanos, te escuchamos, Madre nuestra.
Al ambicioso dile: «Soy Templanza:
¿Qué te dan oro y cetros en tu mano,
Si eres sólo un puñado de ceniza
Que esparcirá mañana el viento vano?»
Al que ciega el orgullo: «Soy humilde:
Con sólo tu razón vives inquieto;
No pretendas, sin Dios, saberlo todo;
¡Que es el mundo sin Él hondo secreto!»
Al que mora en el vicio: «Soy pureza:
Rompe esos torpes lazos;

No importa tu flaqueza;
Dios es fuerte, y te espera entre sus brazos.»
Y al que vive en la fe... ¡sostenle, Madre!
Al que niega, su espíritu ilumina;
Al que duda, disípale las nubes
Por las que triste y sin timón camina:
Y á todo el que sin paz, con loco anhelo,
Tras la felicidad corre en la tierra,
Dile que sólo en la virtud se encierra,
Pero que el Sumo Bien... sólo en el cielo.

QUINTILLAS

—Usted juzgue la acción mía
Como quiera, ¡que algún día
Dios nos juzgará á los dos!...
—¡Já! ¡ja!... deje usted me ría...
Mas, ¿de quién, de mí ó de Dios?

¡Cuántas veces abrazamos
El error por la verdad!
¡Y cuántas veces hallamos
La desgracia... do soñamos
Hallar la felicidad!

Hijo, en el mundo has de hallar
Grande afán, grande inquietud
Por crecer y por gozar;
¡Gran descuido en adornar
El alma con la virtud!

¡Ten del mundo compasión!
La virtud es un tesoro,
Y lo demás... ¡sueños son!
¡Guárdala en tu corazón
Como el avaro su oro!

De santa y pura emoción
Deja que bañen tu faz
Lágrimas... que perlas son.
¡Ay del duro corazón
Que no ha llorado jamás!

—¡Creer quiero cual creeis!...
¡Mas la fe muerta en mí está!...
¡Ah! *¡Buscad y encontraréis!*
¡Llamad y se os abrirá!
¡Pedid y recibiréis!

¡Virtud es fuerza... valor!
¡Por eso el bueno es el fuerte!...
Como es su apoyo el Señor,
Nunca conoce el temor,
Ni en la vida ni en la muerte.

¡Cuántos en la ciencia hallaron
Su caída y perdición!
¡Cuán pocos á Dios se alzaron!
Unos, sólo á la razón
Siguieron... otros, oraron!...

¡Tras de tanta vanidad...
Hallé, Señor, la verdad
En Tí! *¡Benditos treinta años!*
¡Bendita la hermosa edad,
Libre ya de desengaños!

Al Centenar de Gandía

Con motivo de las fiestas del Centenar de San Francisco de Borja, celebrado en la ciudad de Gandía en el año 1858

Levanta, Gandía, tu límpida frente,
El Sol te ilumine más bello y gentil;
El mar que acaricie, cual nunca riente,
Las flores que bordan tu eterno pensil.
El cielo, en la noche, con manto de estrellas,
Más puro que nunca, te cubra á la par,
Y canten tus triunfos inmensos tus bellas
De labios de rosa y ardiente mirar.

Á SAN FRANCISCO DE BORJA

Cuando el cadáver miraste
De aquella reina adorada
Que conduciste á Granada,

Estupefacto quedaste...
Y pensativo exclamaste:
«Descompuesta... fría... inerte...
¡Tan hermosa!... ¡Horrible muerte!
No pondré más mi querer,
Ni mi esperanza, en un sér
Que en gusanos se convierte.»

—

Tú, como flor que en lodazal inmundo
Por entre abrojos y entre espinas crece,
Te elevaste sin mancha en este mundo,
Donde todo lo bueno desfallece;
Y fijando tu amor, puro y profundo,
En la excelsa virtud, que no perece,
Nos trazaste el camino... alzaste el vuelo...
Y como el Sol, hoy brillas en el cielo.

A la conquista de Valencia (1)

No al blando son de enamorada lira
Vengo á poblar los vientos
De flébiles acentos;
No desmayado espira
Mi corazón; que los espacios rompa
El grito agudo de guerrera trompa;
Y á par suyo el loor, el himno santo,
Yo elevaré, para ensalzar la gloria
Del que al hijo de Muza puso espanto,
A su patria cantando su victoria.

—

Tú que humillaste el encumbrado trono
Del coloso que vino,
Ciñendo lauros de Austerliz y Jena,
Alegre á uncirnos con feroz encono

(1) Premiada con una Englantina de plata y oro en los Juegos Florales celebrados en Valencia 1859.

Al eje de su carro diamantino,
¡Santo amor de la patria! en viva lumbre
Baña mi frente, y que alentar no vea
Torpe desmayo, y que mi voz se encumbre
Para que digna de su gloria sea.

—

Era un día de horror; ¡infausto día!
Como presagio fúnebre avanzaba
Triste nube sombría,
Que el bello azul manchaba
Del puro cielo de la patria mía.
¡Y es que olvidado de su trono, duerme
Rodrigo en brazos del amor, y en tanto
Los hijos del desierto con espanto,
Huellan el suelo de su pueblo inerme!
Ceñidos de furor, grito de guerra
Rugientes lanzan sobre el trono godo,
Y el cetro aquel que dominó la tierra,
El Guadalete lo escondió en su lodo.

—

¿Y esclavos siempre, sin poder, sin gloria
De Recaredo gemirán los hijos?
No, que sus ojos, en los cielos fijos,
Ellos tendrán y alcanzarán victoria.
Ya de héroes mil la vencedora espada
Del agareno la cerviz humilla;
Ya está la luna tras la Cruz nublada;
Grito de muerte por los aires suene,

Que de Aragón las armas y Castilla
A los fértiles campos de Granada
Vuelan desde las cumbres del Pirene.

—

Y uno entre tantos, de laurel ceñida,
Logró á los cielos levantar la frente;
El genio de la guerra, ved, se anida
En su mirada ardiente.
El nuevo trono derribar desea
Del bárbaro africano,
Y en su potente mano
El estandarte de la Cruz ondea.

—

Y así su voz, que el entusiasmo inflama,
La gloria y la virtud al par inspiran:
«—Teñida en sangre vuestra patria os llama,
La edad pasada y la futura os miran.
Volemos al combate; en faustas horas
A los revueltos mares nos lanzamos,
Y al agareno su preciado trono
De enmedio de las ondas le arrancamos;
Hoy con igual encono,
Hoy con la misma saña,
Volemos á clavar nuestra bandera
En la feraz ribera
Que el manso Turia murmurando baña.»

—

Tal dijo, y anhelante
Entre la inmensa multitud que escucha,
Revolvía los ojos el gigante.
¿Visteis la furia de aquilón sañudo
Cuando en las selvas muge
Y todo cede á su potente lucha,
Todo se dobla ante su inmenso empuje?
Tal, creciendo en furor, el pueblo avanza
Tras la gloriosa lid; de fuerte acero
Se viste el caballero,
Embraza airado la fornida lanza
El almogávar fiero,
Y entre la muchedumbre
Alza Jaime su frente, cual domina
Entre maleza humilde allá en la cumbre
La gigantesca encina.

—

Ya parten; ved: bajo la férrea malla
Los bravos corazones
Se mueven al furor de la batalla;
Van, do Castilla un tiempo sus leones
Arrojó en vano á la sangrienta arena;
Van á los campos do de Alfonso el Grande
Aún el grito de muerte alto resuena;
Do la sombra del Cid su espada blande.

—

¿Y habrá quién logre resistir su empuje?
No, que es Jaime el señero de su gloria,

Y el monstruo del islam airado ruge
Y se humilla á su paso,
Mientras que él sigue su triunfal carrera,
Como el Sol cruza por el alta esfera
Del oriente al ocaso.

—

Ved á Valencia: cual visión divina
Coronada de flores se levanta
Del Turia junto á la onda cristalina.
De empañar el azul de tu albo cielo
Tuerce el ave, medrosa, el vago vuelo;
Y el mar rizado, que á besar tu planta
Humilde rueda sus movibles olas,
Un himno eterno á tus grandezas canta,
Reina de las ciudades españolas.

—

Al contemplarte el adalid valiente,
Siente bañar el llanto su mejilla,
Latir el pecho apresurado siente.
De sus padres aquí fué la alta cuna;
Mas hoy triunfante brilla
Do se alzaba la Cruz la media luna:
Así, de altivez lleno,
El noble corazón vuela al combate.
Mas, ¡ay!, también osado el agareno
Siente que el suyo por su patria late.
Cual dos leones que en la ardiente arena
Chocan, y en sangre tinta su melena

Redoblan su furor, y su rugido
Por el desierto el viento extremecido
En los extensos límites resuena,
Chocan, cercando el pecho ardiente saña,
Los hijos del Profeta y de la España.

—

De polvo denso la confusa nube
Del sol el disco enrojecido oculta
Cuando á los cielos sube,
Y entre su sombra el campo se sepulta.
A un tiempo mismo en ímpetu sañudo
Embravecidos cierran; se oye sólo
El chocar del acero en el escudo;
Serena y fuerte ó con artero dolo
Doquier la muerte su guadaña esconde;
Vuelan en pos la rabia y la venganza,
Y al grito de furor que el infiel lanza,
San Jorge y Aragón sólo responde.

—

Tú, Dios de las batallas, tú, Dios mío,
Que el cetro empuñas de los anchos mundos,
¡El solo en poderío!
Tú que en día de gloria alzar hiciste
La gigantesca sombra de Pelayo
Y con tu aliento vengador le diste
La voz del trueno y el poder del rayo,
Haz que el lauro feliz de la victoria

Ciña de Jaime la serena frente
Y guarde eterna el mundo su memoria.

—

Ya con pálido miedo al fuerte muro
Huyen las lunas á esconder su saña,
Como herido milano en la montaña
Vuela al nido seguro.
¿Qué importa el muro á tu valor? Tu mano
Pones sobre él, y con fragor retumba
Cayendo extremecido;
Y el hijo del Profeta la honda tumba
Mira bajo tu espada que azul brilla,
Y dobla al fin vencido
Ante Jaime la frente y la rodilla.

—

¡Oh, momento feliz! La vista al cielo
Levantó el rey, que oscurecía el llanto;
En torno suyo resonar se escucha
Con dulces ecos religioso canto;
Y el sol naciente con sus rayos dora
Sobre tus pardos muros, patria mía,
De nuestro Dios la insignia triunfadora.
¡Feliz la historia que te abrió aquel día!
Tu genio audaz á los revueltos mares
Impávido se lanza,
Y en Marsella, en Italia, en la alta Grecia,
Fundando nuevos lares,
La paz cobarde y sin honor desprecia.

Ejemplos de nobleza eran tus reyes,
Imitaba el Petrarca á tus poetas,
Copiaba el sabio tus antiguas leyes;
Sobre las ondas de la mar inquietas
Terror del pueblo infiel eran tus naves,
Y al soplo de los céfiros suaves
Volaban orgullosos los blasones
De tus sangrientas barras
Por la Libia, guarida de leones,
Que aún conserva la huella de tus garras.
Si hoy otra vez en su desierta arena
Aquel clamor de tus batallas suena;
Si otra vez corre con la sangre mora
La sangre de tus hijos confundida,
Del Cid la sombra invoca, que en tí mora,
Y de Jaime la espada no enmohecida
Blande otra vez con mano triunfadora.

La oveja perdida

Y los fariseos decían: «Recibe
A los pecadores con un grande amor,
¡Y come con ellos!...» Mas Cristo percibe
Lo que ellos murmuran, llenos de rencor;

—

Y al punto les dijo que «Un hombre tenía
»Hermoso ganado, compuesto de cien
»Humildes ovejas, y á todas quería,
»Y en verlas reunidas cifraba su bien.

—

»Pero llega un día que observa con pena
»Que en el ganadito una oveja faltó;
»Dejando á las otras, y de angustia llena
»El alma, afanoso á buscarla corrió,

—

»Hasta que la encuentra, y, gozoso, en sus brazos
»La toma, y la halaga con caricias mil;
»De nuevo se estrechan entre ellos los lazos
»Del amor más puro, y la torna al redil.

—

»Y en su casa entrando, dice á sus amigos,
»Y á cuantos vecinos encuentra también,
»Que son de su grande alegría testigos:
»¡He hallado mi oveja! ¡Dadme el parabién!

—

»Y á todos os digo que habrá allá en los cielos,
»Por la penitencia que hará un pecador,
«Un gozo más grande, más dulces consuelos
»Que causan los justos, fieles al Señor.» (1)

—

¡Palabras divinas! ¿Quién puede en el mundo
Su noble sentido, Señor, penetrar?
Fué aquí entre nosotros vuestro afán profundo
De la gran caída las huellas borrar.

—

De densas tinieblas llenó nuestra alma
Y de un odio inmenso el pecado de Adán;

---

(1) Mateo, XVIII, 12 y 13; y Lucas, XV, 1, 2, 3, 4, 5 6 y 7.

Rasgar esas nieblas, tornando la calma
Que dan los amores, es todo tu afán.

—

Antes del Mesías, amó á Diós el hombre,
Más bien que cual padre, cual duro Señor;
Temblaba, medroso, si oía su nombre,
Y era, casi siempre, servil su temor.

—

De Grecia y de Roma, miró el ciudadano
A quien no lo era como esclavo vil;
Entonces no había, ni padre, ni hermano,
Ni madre señora, ni niño gentil.

—

Por eso al soberbio le dijo el Mesías:
«El último siempre entre todos serás».
Y al rico opulento: «Contados tus días,
En el fuego eterno por siempre arderás».

—

Por eso á la oveja buscó con cariño,
Al hijo perdido los brazos abrió;
Por eso, amoroso, besó al tierno niño,
Y al samaritano la herida curó.

Bondad de Dios

¡Señor, cuán grande es tu bondad! El hombre,
La creación entera,
Son hijos de tu amor... y cuando el cielo
Adán perdió, de lo alto descendiste
Y en una Cruz moriste
Para que el mundo redimido fuera.
Al cielo te elevaste,
Tras tu inmortal victoria,
Pero tu Iglesia santa nos dejaste,
Para que pueda el hombre, á quien salvaste,
Aun antes de morir, gozar tu gloria.
Y cuanda llega el postrimer momento,
Vas á prestarle fuerzas y contento
Entre cándidos velos escondido,
Y á tí mismo te entrega en sustento
En un manjar celeste convertido.

Pobre madre... al espirar

¡Pobre madre! Al espirar
Me dijiste: «Seas honrado»,
¡Y me dabas á besar
A Jesús crucificado!
Tus palabras son mi luz
Desde aquel tremendo día...
Y cuando beso á Jesús,
Siempre exclamo: «¡Madre mía!»

La caravana y la vida

SONETO

Por el desierto cruza lentamente
La caravana, y llega hasta su oído
De las hambrientas fieras el rugido,
Sordo el rumor del simoún ardiente...

De súbito, el oasis, sonriente,
De cascadas y sombras revestido,
Levántase gentil... pero fingido
Sueño es no más de la abrasada mente...

Una pobre cabaña... una palmera...
¡Sueño... y no más!... ¡Imagen de la vida!
Es el hombre, la errante caravana;

Es el desierto, el mundo que le espera;
Y el engañoso oasis, la fingida
Sombra fugaz de la ventura humana.

La guerra de Africa

(En el aniversario de la toma de Tetuán)

«Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español corage,
Despedazado con aguda lanza,
Compensarás, muriendo, el hecho ultraje.»

(Por la pérdida del rey D. Sebastián.—
HERRERA.)

«Tras largos siglos de letal desmayo,
Frío de muerte siente
La patria de Pelayo;
Torpe baldón lancemos á su frente;
Esos que véis no son ya los leones
Que los monarcas trémulos miraron
Siempre llevar triunfantes sus pendones:
Ya su grandeza y su valor pasaron;
Luchemos, pues, con saña,

Y humillado contemplen las naciones
Ante nosotros el poder de España.»
Tal con desprecio el bárbaro decía,
Y á los nuncios de paz, siempre arrogante,
Con el grito de guerra respondía;
Guerra, pues, guerra pues, alto levante
La Iberia toda el nombre sacrosanto;
Sobre el altar resuene
Del sacerdote el canto;
Bélico estruendo los espacios llene;
Por el confín del Africa el espanto
Lleve el blasón de las sangrientas barras,
Y otra vez deje en su abrasada arena
Fiero el león la huella de sus garras.

—

Yo los ví, yo los ví cuando partían;
Yo los ví luego coronar sus frentes;
¡Los pechos todos de placer latían!
Volad, volad, valientes,
En torno suyo oían:
A ese pueblo mostrad si indiferentes
La afrenta vemos que nos lanza fiero,
Con ánimo cobarde,
En la vaina guardando nuestro acero;
Tras siete siglos de afanosa guerra,
Mal apagado en nuestro pecho, aún arde
El odio aquel que extremeció la tierra;
Hoy que de nuevo provocarnos osa,
La luna, ante la Cruz, mire humillada

Que aún existen los héroes de Granada
Y las sangrientas Navas de Tolosa.

—

Y ellos sus ojos en el cielo fijos,
La frente alzaban con orgullo santo;
Vana es la voz de los dolientes hijos,
Y vano de la esposa el triste llanto:
Cuando la patria nuestro auxilio implora
En su honor ofendida,
¿Qué importa nuestra vida
Ni el temor pusilánime que llora?
Volar ansiaban arrogantes donde
En su áspera guarida
El bárbaro se esconde,
Y en desprecio de Europa y de sus reyes,
A nuestras santas leyes
Con sarcasmo salvaje nos responde.

—

Y parten, cruzan el hercúleo estrecho;
Y en vano embravecido entonces muge
El hurácan deshecho,
Y la tormenta amenazante ruge;
¿Qué importará que á contrastar su saña
Los elementos fieros se levanten?
Doquiera lleve su pendón España,
Voces serán que su victoria canten.

—

Y una vez y otras mil, cual blanca nube,
Puebla el árabe osado la ancha sierra;
Truena el ronco cañón, y á su estampido
El humo denso hasta los cielos sube,
Mientras de sangre cúbrese la tierra;
De rabia y de dolor se une un gemido
Al grito inmenso de venganza y guerra;
Vano será que luche embravecido
El africano en la pelea ardiente;
Doquier que llega el español, triunfante
Hace que humille la soberbia frente,
Cobarde huyendo ante el blasón divino,
En tanto por la Libia amenazante
Sigue el león de España su camino.

—

¿Dónde vais? ¿Dónde vais? A vuestro paso
Los altos montes ponen ruda valla
Do el enemigo infiel se oculta acaso
Y se apresta de nuevo á la batalla.
¿Dónde vais? ¿Dónde vais? Cuando él ostenta
Las arrogantes huestes extendidas
Bajo su planta, el suelo desparece;
Si una vez y otra vez fueron vencidas,
Su negro encono y entusiasmo crece.

—

Mas ¿qué importa la saña
Del que cobarde á mancillarnos vino?
Adelante, adelante, hijos de España,

Noble misión os deparó el destino;
De vuestra espada tras el golpe rudo,
De la verdad y el bien se abre el camino;
Tal otros siglos por el Asia pudo
Llevar su genio creador la Grecia,
Y Roma sabia de laurel ceñida
Miró á la tierra respetar sus leyes,
Ante su gloria y su poder vencida.

—

Ved la ciudad, para el infiel sagrada,
La rica joya, gloria de sus reyes,
De todos codiciada;
Tras de sus pardos muros
A morir ó vencer, ardiendo en ira,
Ansían volar altivos corazones
Que el fuego santo de la patria inspira;
Ya por el viento ondean sus pendones,
Rasga el espacio bélico sonido,
Y en derredor de la ciudad se ostentan,
Cual su guarida ruedan los leones,
Y á defenderla fieros se presentan.

—

Y en tanto el español contempla osado
En sus almenas la nublada luna
Que vacilante brilla,
Y contempla la inmensa muchedumbre
Que, al ver partir las armas de Castilla,
El llano ocupa y la lejana cumbre.

¡Oh, cuán hermosa entonces por su mente
La imagen cruza de la patria amada,
En su honor ultrajada!
¡Y cómo el pecho presuroso late
Anhelando vengar la torpe afrenta
En el mortal combate!

—

¡De gloria y de valor sereno día!
Su frente de oro el Sol alza radiante
Iluminando la extensión vacía,
Testigo á ser de la titánea lucha.
¡Llega por fin el suspirado instante!
Vago silencio envuelve el campamento;
Sólo en torno se escucha
Del pesado cañón el rodar lento.

—

Las aguerridas huestes
Mira avanzar el español caudillo,
El duque insigne, y á las suyas dice:
«Al fin hoy vemos sobre el ancho muro
De la batida luna los reflejos
Y en derredor altivo al africano;
¿Podrán, al verle, combatir en vano
Los valientes de Anghera y Castillejos?
Volad, blandid en la potente mano,
Teñida en sangre, la fulmínea espada;
Al combate volad, la patria os mira;
Que vuestras frentes ciña la victoria

Y pueda el mundo contemplar la gloria
Que en letras de oro dejará grabada
Al porvenir la historia.»
Tal dice: en torno gira
Los irritados ojos, donde ardiente
El dios de las batallas centellea,
Y al fuego oculto que en su pecho siente,
Cual nuevo Aquiles combatir desea.

—

¿Visteis tal vez sobre encumbrado monte
La tempestad que fiera se levanta?
De pardas nubes llena el horizonte,
Y con rugido de furor que espanta,
Volando en alas de aquilón sañudo,
El fuerte roble y la gigante encina
Abate al fin tras de su empuje rudo,
Sólo ya en derredor viendo los ojos,
De la talada sierra
Los míseros despojos;
Tal el bando español avanza y cierra
Sobre el infiel altivo,
Que ante su fiero batallar se aterra,
Huyendo al fin cobarde,
Mientras la rabia el corazón encierra
Y oculto el rostro de vergüenza arde:
¡Huyen los que llegaron
A mancillar nuestro preclaro nombre
Y sin poder ni gloria nos juzgaron!
¡Huyen! Tras su caída,

De terror á la Libia extremecida
Los monarcas de Europa contemplaron.

—

Y lleno de entusiasmo el pecho, avanza
El español triunfante:
Su vuelo, ¿quién á detener alcanza?
De la ciudad abiertas
Pálido el miedo ofrécele las puertas:
No la luna arrogante
En sus almenas brilla,
Tan sólo por el viento amenazante
Vaga el pendón altivo de Castilla.

—

Gloria, gloria á mi patria,
Gloria eterna á sus hijos, que vertieron
Su noble sangre en la gigante lucha
Fecundando de Libia las arenas;
Las naciones que débiles creyeron
A los que un tiempo vieran con espanto
Doquier dictar sus leyes,
Tornarán á mirar, de miedo llenas,
Al pueblo altivo que humilló cien reyes,
Al que encendió la hoguera de Numancia,
Al que triunfó en las aguas de Lepanto,
Y audaz, cruzando los revueltos mares,
A otro mundo llevó sus dulces lares,
Eternizando en él su influjo santo.

—

También, Africa, en tí sus ojos fijos
Tuvo un tiempo feliz la patria mía:
A tu arena llevaban sus guerreros
Veleras naves por la mar bravía,
Y allá en cien muros, do llegaron fieros,
La enseña de la Cruz resplandecía.
Tristes aún vagan, mas de gloria llenas,
De Pedro y de Isabel las grandes sombras,
De Túnez y de Orán en las almenas.
Hoy que de nuevo, patria, te levantas
Tal como un tiempo fuiste,
Tras duelo tanto y amarguras tantas;
Hoy que contemplan rotas sus cadenas
Los nobles hijos que humillados viste,
En torpe mengua de sus leyes santas,
Otra vez en redor los ojos gira
Y en la tierra comprende tu destino;
Africa esclava y sin poder suspira,
Allí te guía tu brillante Historia,
Africa sólo, España, es tu camino,
En ella está tu porvenir, tu gloria.

El buen samaritano

¿Y quién es mi prójimo?, un doctor decía;
Jesús le escuchaba, y así contestó:
«Un hombre saliendo de Salem un día,
»Dirigió sus pasos hacia Jericó.

—

»Mas unos ladrones sobre él se arrojaron;
»Le roban, le hieren y cual muerto está;
»Le brota la sangre... y ¡ay!, tal le dejaron,
»Que el pobre judío gran lástima da.

—

»Llegó un sacerdote, también de Judea,
»Vió á aquel desgraciado y de largo pasó;
»Y llega un levita, le mira asombrado,
»Y sin socorrerle, también se alejó.

—

»Un samaritano, que iba su camino,
»Le mira, se acerca, se apiada de él,
»Echa en las heridas aceite con vino,
»Cual un hijo digno de Isaac é Israel.

—

»Le pone en su bestia con grande cuidado,
»Cual padre amoroso le lleva á un mesón,
«—*Yo todo lo pago. Tú estate á su lado*
»*De día y de noche*»—le dice al patrón.

—

»Doctor, bien lo oíste: Dí, ¿quién te parece
»Que entre aquellos hombres el prójimo es
»Del que fué robado y herido y padece
»Lejos de su casa?... Dí, ¿quién de los tres?

—

«—*Aquel que al hallarle, misericordioso,*
»*De su gran desgracia tuvo compasión;*»
»—Muy bien contestaste; pues tú, bondadoso,
»Haz siempre lo mismo y tendrás galardón.» (1)

—

Lo dijo el Mesías: Es prójimo el hombre:
Contrario ó amigo, cristiano ó infiel;

---

(1) Lucas, X, 29 á 37.

¿Qué importa la raza, ni el pueblo, ni el nombre,
Si Dios puso, y basta, su imagen en él?

—

Cuando aquel piadoso, buen samaritano,
Contempló al herido, pensaría así:
«Tú, Padre de todos... luego éste es mi hermano,
»Y al prójimo amando, también te amo á tí.»

—

Si todos los hombres, ¡oh, Cristo!, se amaran
Cual Tú nos lo mandas, con gran caridad,
¡Cuán pronto en un cielo este mundo trocaran!
Y aún claman los necios: «Decid, ¿qué es verdad?»

—

Verdad es el Cristo de Dios el Ungido;
Verdad es el Verbo que encarnado fué;
Verdad la doctrina que al mundo ha traído;
Verdad es su Iglesia; verdad es su fe.

A la señorita doña Matilde Ramos

Hoy tu amiga Encarnación
Nos dió tus versos. En ellos,
Por lo francos y lo bellos,
Se ve tu buen corazón.
Que te demos es razón
Gracias desde este vergel;
Y en prueba de amistad fiel,
Te deseamos, Matilde,
Un novio, *pero sin tilde*,
Y que te cases con él.

Gracias, Ignacio

SONETO ACRÓSTICO (1)

Gran placer nos causó, grande consuelo
Recibir tu solemne profecía;
Ante ese ruego que tu fe le envía,
Cómo dudar de la bondad del cielo?
Ignacio amigo, es todo nuestro anhelo
A la ley del Señor de noche y día
Sujetar nuestro sér, y la alegría
A la ventura hallamos en el suelo.
Grande ventura!... Mas si Dios quisiera
Nuestra dicha trocar en amargura,
Aun entre el llanto y el dolor nos fuera
Consuelo nuestro amor, nuestra fe pura!
A ¿quién sabe dó un bien ó un mal le espera?
O que un mal no es un bien, ¿quién lo asegura? (2)

(1) Contestando á otro soneto de un amigo, en el que éste felicitaba al Sr. Amat y á su esposa por su enlace, y les profetizaba que serían felices.

(2) Sócrates, en su diálogo con Alciliades, cuando éste le consulta qué deberá pedir á los dioses, Sócrates le aconseja que se abstenga de toda petición, porque podría suceder que, sin conocerlo, *pidiese males en lugar de bienes.* (Sócrates. Diálogo con Alciliades.)

El hijo pródigo

Jesús dijo: «Un hombre dos hijos tenía;
Su parte de hacienda le pide el menor:
La toma, la vende, y al poco partía
Dichoso, porque era de todo señor.

—

Se marcha muy lejos, al vicio se entrega,
Y allí en poco tiempo malgasta su haber;
Y vino gran hambre, y al extremo llega
De entrar de criado, ó al fin perecer.

—

Guardando unos puercos está en un cortijo;
¡Ni aquellas monduras siquiera le dan!
El pobre, llorando, volviendo en sí, dijo:
«Y en casa les sobra á los siervos el pan...!

—

»Iré y diré: Padre, tu perdón espero;
»Pequé contra el cielo delante de tí;

»De tí no soy digno; como á un jornalero
»Me tienes, y nunca saldré ya de aquí.»

—

Y marcha; su padre le ve, y presuroso
Le sale al encuentro con gran compasión,
Los brazos al cuello le arroja lloroso,
Le besa y le aprieta contra el corazón.

—

«*¡¡Perdón!!*», dice el hijo: «*No quiero otra cosa.*»
Mas dice á los suyos el padre: «Traed,
»Con un buen calzado, una ropa preciosa,
»Y anillo valioso en su mano poned.

—

»Matad un ternero y que sea cebado,
»Porque un gran banquete quiero celebrar;
»Pues muerto era el hijo y ha resucitado;
»Se había perdido y le vine á encontrar.»

—

El hijo mayor, que en el campo estaba,
Ya cerca de casa, el gran canto oyó;
Le enteran, y él dice que en casa no entraba;
Mas sale su padre, y que entrase rogó.

—

Mas él le contesta: «También soy tu hijito;
»Tú sabes que siempre cumplí mi deber,

»Y nunca me has dado un pequeño cabrito
»Que con mis amigos pudiera comer.

—

»Mi hermano marchóse; gastó entre rameras,
»Amigos y vino, su gran capital:
»Hoy llega y le obsequias de varias maneras,
»Perdón, padre mío, mas lo hallo muy mal.»

—

El padre le dice: «Tú, siempre conmigo,
»Dispones de todo con gran libertad;
»De noche y de día te abrazo y bendigo:
»No cabe, hijo mío, más felicidad.»

—

»Tu hermano hace tiempo de casa alejado...
»¡Ay! fué la gran pena que en mi alma sentí:
»Tú sabes el llanto por él derramado...
»Hoy que todo cesa, ¿qué debo hacer?, dí.

—

»Huyeron mis penas: secóse mi llanto...
»Tan grande es la dicha como fué el dolor;
»Por éso el vestido, el ternero y el canto:
»No cabe, hijo mío, motivo mayor.» (1)

—

(1) S. Lucas, XV, 11 á 32

Señor, tus bondades de asombro me llenan:
¿Quién puede su fondo de amor penetrar?
Tus dulces palabras al alma enajenan,
Y pronto á los cielos quisiera volar.

—

Tú llamas, Señor, con los brazos abiertos:
¿Por qué, pues, se aleja de Tí el pecador?
Tú vas á buscar á los Lázaros muertos:
¿Quién, pues, ya te teme *si eres el amor?* (1)

---

(1) Deus charitas est. Dios es caridad (I. Joan IV, 8.)

A Valencia

¡Oh, patria! ¡Quién tuviera
De tus preclaros vates el acento
Para que audaz volando el pensamiento
Digno mi verso de tus glorias fuera!
Yo de entusiasmo, presuroso siento
Latir mi corazón, mas á mi lira
Sonidos faltan y á mi voz aliento.

—

Sobre ese lecho de perpétuas flores
El viajero estático te admira
Como soñado Edén de los amores,
Y al dejarte suspira;
Que tu brillante cielo
Empaña breve apenas
Del ave pasajera el raudo vuelo,
Y son tus noches límpidas, serenas,

Y están de encanto y de misterio llenas.
Yo de la luna al rayo macilento
Te ví, y mi fantasía
Pobló de sombras tus callados valles;
Ví al agareno de tostada frente,
Armado el brazo de su fiel gumía,
Cruzar de noche tus revueltas calles;
Y sonó en mis oídos
La voz y la alegría
De las hijas del Africa, en tus campos
Danzando, envueltos sus airosos talles
Con sueltas gasas, al morir del día.
Los hijos del Profeta,
De fuerte acero y de furor ceñidos
Ví cabalgar, y en la pelea inquieta
Por tu defensa combatir ardidos.
Y ví la Cruz donde brilló la luna,
Nublada ya en la guerra,
Que su furor pasó sobre la tierra,
Leve, cual giro de la infiel fortuna.

—

¿Y hoy? ¿Será que de poder cansada,
Débil tu brazo y corazón se siente?
¿Y has depuesto tu espada
Y la corona que ciñó tu frente?
No; que hoy también entusiasmado veo
Mil pensamientos agitar fecundos,
Y «que la admiren sin igual los mundos»
En cada frente de tus hijos leo.

Sí, caiga hecho pedazos
El muro que te oprime;
Tus amorosos brazos
Tiende por ese mar que á tus pies gime,
Y del vapor en alas,
Únete al orbe con perpétuos lazos;
Que cuando el extranjero
Para admirarte cruce tus verjeles,
No faltarán para tu manto galas,
No faltarán para tu sien laureles.

—

No en vil materia tu poder se encierra;
También, con raudo vuelo,
Dejas en alas de la fe la tierra
Para volar al cielo:
Dígalo el alto monumento augusto
Que en el espacio subes,
Para elevar la Virgen sin mancilla
Hasta tocar las nubes,
Donde su frente púdica se esconda;
Faro que en alto brilla
Para que guíe al marinero osado
Cuando domine la onda;
Padrón de gloria que á futuros siglos
Tu esfuerzo diga y de tu fe responda.
Tu juventud, que en derredor contemplo,
Juventud que se agita
Por elevarte soberano un templo,
Que por tu honor milita,

Siente cual yo que henchida de entusiasmo
Ya te alzas, patria mía,
Tras tantos siglos de fatal marasmo,
A ser de nuevo la que fuiste un día. (1)

---

(1) Esta composición fué leída en el Liceo cuando se agitaba en Valencia el pensamiento de terminar el Miguelete, coronándolo con la imagen de Nuestra Señora.

EL DOLOR

SONETO CON ASUNTO Y PIES FORZADOS

Tú al Mártir engendraste; *los amores*
Son fugaces sin tí; sin tí la *vida*
Y libertad no fueran... y aun *perdida*
Fuera la Redención; Tú das *colores*
Divinos al artista; al campo *flores*
Tras el agudo arado; la *sentida*
Lira al poeta, y llanto á la *temida*
Tumba, do acaban dichas y *dolores.*
Por tí que es todo vanidad *presiento*;
Por tí á mis propios enemigos *amo*;
Junto al pie de la Cruz recibo *aliento*
Y espero y creo cuando á Cristo *llamo*;
Y cuanto más constante y más *violento*
Dolor, más grande y bienhechor te *aclamo.*

La educación de los hijos

La primera obligación
De un padre para sus hijos,
Es, con cuidados prolijos,
Darles buena educación.
Iluminar su razón
Con la cristiana piedad,
Es de gran necesidad;
Porque honrando así al Señor,
Brota en el alma el amor
A toda la humanidad.

La oración dominical

La más breve y usual,
Más sencilla y excelente,
Y más bella, es ciertamente
La oración dominical.
Con un amor sin igual,
Dios, que á enseñárnosla vino,
Dice en lenguaje divino
Lo que debemos pedir
Para llegar á cumplir
Nuestro altísimo destino.

¡¡PADRE!!

¡Padre! ¡Dulcísimo nombre!
¡Qué gran confianza inspira
Quien como á hijos nos mira!

¡¡Oh, Padre!! Luego es el hombre,
¡Aunque el ateo se asombre!
De alta estirpe... ¡Hermosa ley!
¡Honor de la humana grey!
Yo en proclamarlo me afano:
«¡¡El título de cristiano
Es un título de rey!!»

NUESTRO

No «Padre mío» decimos,
Que «Padre nuestro» exclamamos,
Y con ello proclamamos
Que hermanos todos nacimos.
Cuando oramos y pedimos
Es por todos los humanos;
Se acabaron los tiranos.
¿Queréis esclavos?... ¡Jamás!
Que todo el mundo no es más
Que un sólo pueblo de hermanos.

QUE ESTÁS EN LOS CIELOS

¡Hermoso grito de fe,
Y grito también de amor!
¡Hay otra vida mejor,

Que todo cristiano ve!
Y pues que de cierto sé
Que mi Padre es rey del cielo,
De hoy más es todo mi anhelo
Volar do mi Padre está;
Pues mi Padre me dará
La paz que no hallo en el suelo.

SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE

Es muy justo que el Señor
Conocido sea y amado
Y en todo el orbe adorado,
Tributándole alto honor.
Mas la manera mejor
De honrarle, es tender la mano
Al enfermo y al anciano;
Que el que no practica el bien,
A más de pecar, también
Tributa á Dios culto vano.

VÉNGANOS EL TU REINO

Reino de gracia y de gloria.
El de la gracia en la tierra
Nos da fuerzas en la guerra

De esta vida transitoria;
Y, obtenida la victoria
Tan reñida y codiciada,
Alza el alma enamorada
Del Señor, el raudo vuelo,
Y entra con triunfal anhelo
En la celestial morada.

HÁGASE TU VOLUNTAD, ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

¿Qué quiere nuestro Señor?
Que felices le gocemos
Aquí y alla, y que le honremos
Por ser nuestro Salvador.
En otra vida mejor
La angélica sociedad
Esto hace... Luego en verdad
Pedimos, cuando así oramos,
Lo que todos anhelamos,
La propia felicidad.

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLE HOY

El pan del día y no más;
Que no es de un alma cristiana
El pedir para mañana.
¿Quién sabe si morirás?
El pan del cuerpo. Además
Del alma el manjar divino,
Que le presta al peregrino
Sustento, vida y valor,
Para ir á un mundo mejor
A cumplir su alto destino.

PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS Á NUESTROS DEUDORES

Quien no perdone en verdad
Las ofensas del hermano,
Pide á Dios perdón en vano,
Porque Dios es caridad.
¡Movido á inmensa piedad
Cristo, mis deudas pagó

Cuando en la Cruz espiró!
Luego cada vez que niego
Mi perdón, vil, loco y ciego,
Crucifico á Cristo yo.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

¡Cuán altos tus juicios son,
Señor! Quieres que tentado
Sea y que sea humillado...
Y es para mí perfección.
Mas mis enemigos son
Muchos... ¿Qué podré sin tí?
¡Yo morir á tu Hijo ví
En la Cruz!.. ¡Fué por mi amor!
Tú eres el Rey y el Señor...
¡Padre!.: Ten piedad de mí.

MAS LÍBRANOS DEL MAL

Naufragios, inundaciones,
Hambres, pestes, tempestades,
Injusticias y maldades,
Miserables ambiciones
Y nuestras propias pasiones,
Cual fieras en derredor,

Que infunden miedo y pavor,
Se aprestan á devorarnos...
Tú sólo puedes salvarnos...
¡¡Misericordia, Señor!! (1)

---

(1) El Sr. Amat está trabajando en una obra titulada «Pan y Catecismo», que se compondrá de una serie de opúsculos sobre las enseñanzas evangélicas, siendo el primero que verá la luz pública el de la «Oración dominical». A éste seguirá el de las «Virtudes Teologales y Cardinales», y otros. Hemos leído algunos trozos de dicha obra, y en verdad que no desdicen de la bien cortada pluma del autor. (*Nota del editor.*)

¡Ay del que no ama!

¡Cuán triste el mundo ante los ojos gira
Y suena indiferente su ruido
Cuando desierto el corazón y herido
Sin esperanza y sin amor suspira!

Páramo seco de infecunda arena
Es al mortal la vida sin amores,
Páramo sin perfumes y sin flores
Do arrastra como esclavo su cadena.

Que es del alma, el amor, perpétuo anhelo,
Si en ella la virtud está escondida,
Dulce verdad que hallamos en la vida,
Rayo de luz que nos conduce al cielo.

Quien el encanto oculto no ha sentido
De confundir con otra su mirada;
Quien una mano nunca entrelazada
Con otra mano trémula ha tenido;

Quien de un amante en anhelada cita
El presuroso paso no ha esperado,
Y en su dulce ilusión no ha adivinado
Un corazón, que amándonos palpita;

Quien no fingió de amor leves enojos,
Que una sonrisa á destruir alcanza;
Quien no contempla un cielo en lontananza
A do la luz le guía de unos ojos;

Y quien estas palabras: «yo te amo»,
Mientras baña una lágrima el semblante,
No ha pronunciado nunca palpitante
Con este santo fuego en que me inflamo,

Nunca ha sido feliz, Carmen querida;
En vano el mundo su placer le ofrece
Si allá en su corazón la flor no crece
Cuyo perfume endulza nuestra vida.

¿Qué importará que infatigable luche
Con el arcano de la ciencia el sabio,
Y el mundo al fin de su inspirado labio
La santa voz de la verdad escuche?

De su existencia amargará los días
La envidia, oculta siempre tras su gloria: (1)

(1) Cuán lejos estaría el Sr. Amat, cuando escribía estos versos, á los veinte años, de que encerrasen tan gran verdad como encerraban. (*Nota del editor.*)

Yo prefiero tu amor á su victoria,
Angel, que á mi alma la ventura envías.

Mientras que lleno de congoja el pecho
Contar sueña el avaro su tesoro...
Oculta mano arráncale su oro,
¡Tal vez la vida en el angosto lecho!

Señor de Europa un hombre álzase un día...
Doquier su gloria los espacios llena...
Le hieren... cae... ¡es nada! ¡En Santa Elena
Contempla reyes los que esclavos vía!

Revuelto giro de la infiel fortuna,
Tú no penetras en el dulce asilo
Donde alegre el amor vive tranquilo,
Dos almas puras confundiendo en una.

De esas dos almas el eterno anhelo
El infortunio á destruir no alcanza:
Su dicha es el amarse, y su esperanza,
Juntas un día remontarse al cielo.

En la muerte de un amigo

¡Oh, cuán son breves del placer los días!
De tu patria y amigos dulce encanto,
Ayer á nuestros ojos sonreías,
Y hoy... en el alma el duelo,
Mudo contemplo las cenizas frías.
¡Qué implacable la Parca tiende el vuelo!
Nada es su furia á detener bastante;
Igual derriba á su poder vencidos,
Tierno capullo y álamo gigante;
Y el mendigo y el rey, el sabio, el fuerte,
Por ella confundidos,
Son cual resto de naves esparcidos
En las calladas playas de la muerte.

—

Pero... ¿Por qué lloráis? ¿Qué es la existencia?
Ruda batalla en páramo infecundo.

¿Quién no lleva escondida
Una doliente herida
Allá en su corazón? En vano el mundo
Engañador á nuestro afán responde,
Y el áurea copa del placer ofrece,
Gritándonos: «¡Olvida!...»
La brillante ilusión se desvanece
Como niebla fugaz, y en esa copa
La hiel amarga del dolor se esconde,
Castigo del delito,
Acompañando al alma hasta la muerte
De la conciencia el indomable grito.

—

¿Cómo llamarte, ansiada
felicidad?... ¿Amor?... teme... y recela;
¿Saber?... devoradora
Y tormentosa sed, nunca apagada;
¿Gloria?... humo... mentira...
¿Oro?... ¿poder?... ¿deleites?... sueños vanos
De mente que delira.
¿Virtud?... en cuanto cabe,
La dicha aquí nos da, pero no encierra
El sumo bien, pues la virtud es sólo
Fuerza y valor, que son voces de guerra.
¿Y quién, hasta el fin, sabe
Si logrará victoria?
La paz suprema y la eternal ventura
No son flores que brotan en la tierra:
Son coronas de gloria

Que Dios da al justo en la celeste altura,
Tras la agitada vida transitoria.

—

¿Por qué, pues, suspiramos?...
Él ya rompió los hierros del cautivo,
Y halló la libertad que tanto ansiamos.
El ya cruzó los borrascosos mares,
Y ajeno de zozobras y pesares
En el tranquilo puerto le miramos.

—

¡Feliz mil veces él! Allá do mora,
Jamás el sol de la verdad se oculta,
Y esa, que el sueño de las almas dora,
De eterno bien y amor dulce esperanza,
Ese vago deseo á lo infinito,
Aspiración sin nombre,
Perpétuo afán del corazón del hombre...
Allí tan sólo á realizarse alcanza.
Que no es la muerte, no, misterio horrible;
Ni la nada se esconde
Tras de sus negras galas...
Es luz, es vida, es cuna
Do el ángel del Señor al alma espera,
Con infinito anhelo,
Para llevarla entre sus blancas alas
A la mansión espléndida del cielo.

—

Y él está allí, que en su postrer instante
Vimos brillar la fe sobre su frente,
Y ese valor heroico y constante
Que sólo el alma de los justos siente.
Parece que aún le escucho
Decirnos dulcemente:
«Trocad vuestro suspiro
En canto de alegría,
Que el resplandor ya admiro
Del nuevo eterno día.
¿Los veis?... Jesús... los ángeles... María...
Mi afán... mi amor... Ved... me abre
Las puertas de los cielos,
«Y ven», me dice, «ven»... «Voy, ¡madre mía!»
¡Qué luz! ¡Qué hermosa luz!... Mas, ay, intenta
En vano proseguir: mortales velos
Cubren su frente pálida... y alienta
Apenas ya... y al estrechar sus manos
La Cruz que, aun espirante, besar quiere...
A lo alto vuela y desde allí nos llama...

. . . . . .

¡Ah! Dichoso, Señor, el que en tí muere,
¡Y en tí muriendo, nos bendice y ama!

Á UN POETA

QUE OBTUVO UN PREMIO EN UN CERTAMEN POR UNA ODA Á LA VIRGEN (1)

Brindo al vate esclarecido
Que á la Reina de la gloria,
En su pura fe encendido,
Tal ensalzó, que ha obtenido
En la honrada lid victoria.
Pero arrancando dos palmas:
La que el mundo le ofrecía,
Y otra mejor que él veía
En la región de las almas,
Y que le guarda María.

---

(1) El laureado poeta era D. Juan Vila y Blanco, que obtuvo una azucena de plata y oro en el Certamen literario que se celebró en Alcoy en Abril de 1876.

¡Cosas del mundo!

LETRILLA

—Ese del coche, ¿quién es?
—El banquero D. León.
—¡Qué lujo! ¡Qué ostentación!
—No tiene un ochavo, Andrés.
—Mas, ¿tú su lujo no ves?
—En fuertes pruebas me fundo...
—Pero, chico... ¡me confundo!
Si en teatros y en reuniones
Gasta á cientos los doblones...
—Ahí verás... ¡cosas del mundo!

—

Ya es ministro Juan Antón,
Aquel audaz corrompido.

—¿Hasta ministro ha subido?
—Pero habla muy bien Antón,
Y es largo... y tiene intención...
—Es imposible, Raimundo.
—En la *Gaceta* me fundo.
—Pero, hombre, ¿cómo ha de ser,
Sin honradez, ni saber...?
—Ahí verás... ¡cosas del mundo!

—

—Y es honrado... Al ministerio
Va y vuelve y nada consigue.
—La desgracia le persigue.
—Y es largo, y tiene criterio.
—Y el jefe, que es hombre serio,
Al verle meditabundo,
Dice: «mañana». Facundo,
En esta tierra de España
Mañana es nunca; le engaña.
—Qué infamia... ¡cosas del mundo!

—

—«Es muy fino»... «muy buen mozo»...
—Tanto tienes cuanto vales.
—Siempre con lo mismo sales.
—Porque te hablo sin rebozo.
—La mollera me destrozo...
Y más y más me confundo.
—Es chistoso y es fecundo...
—Es un quidam, un danzante...

—Tiene dinero.—Adelante...
¡Oh, España!—¡Cosas del mundo!

—

—Sin piernas y pobre y ciego...
En la guerra se quedó.
—¿Y qué pensión alcanzó?
—Pues después de mucho ruego,
Dos realitos de D. Diego.
—Para morirse errabundo...
—¡Y el Hipódromo, Raimundo,
Nos cuesta algunos millones!
—Mas hubo muchas razones...
—Ninguna.—¡Cosas del mundo!

—

—¿Y qué es eso?... el Imperial
Se llena, chico.—Un torero.
—Desesperarme no quiero:
No he visto una cosa igual.
¿Es que no tiene rival?
—La gente rica, Facundo,
Le tiene un amor fecundo
Y le ampara... él se jalea...
—¿Y el gran Selgas? ¿Y el gran Cea?
—¡Mártires!—¡Cosas del mundo!

—

—Observa cuán cambiado
Está Fernando, el poeta.

—No tenía una peseta;
De lo bueno enamorado,
Ojeroso y desgreñado
Andaba meditabundo...
—Chico, es verdad. Me confundo.
¿Será cierto que hoy su pluma
Busca el negocio y la suma?
—Puede ser.—¡Cosas del mundo!

—

—Y en medio de tanta gente
Que cobra y goza y no es lerda,
¿Quien en España se acuerda
Del pobre contribuyente?
—Ese es humilde y paciente...
—Y á veces pide iracundo...
—Mas se le da un «no» rotundo
En cualquier oficinilla,
Donde se cobra y se brilla...
—Es verdad.—¡Cosas del mundo!

¿Qué busca la humanidad?

¿Qué busca la humanidad?
Con afán firme y profundo
Todos buscan en el mundo
Completa felicidad.
¿La queréis? Pues practicad
La virtud. Paz y consuelo
Hallaréis en este suelo,
Mientras que dure esta guerra,
Y cuando dejéis la tierra,
El sumo bien en el cielo.

Toledo y su Virgen del Sagrario

(**Fragmento de un pequeño poema histórico-religioso.**)

PRIMER FRAGMENTO (1)

GRITO DE AMOR Y FE

¡No hay más allá!... Y tras del grito impío
Que alzó en su orgullo el hombre,
Patria y virtud ¡Dios mío!
Fueron tan sólo un nombre.

(1) Esta ha sido la pérdida más sensible de las experimentadas en el extravío de la primera colección de versos del señor Amat. «Toledo y la Virgen del Sagrario», era, como se indica en el título, un pequeño poema, pero que contenía interesantes trozos de poema histórico. Los títulos de sus cantos eran: 1.°, Grito de amor y fe; 2.°, La conquista de Toledo por Alfonso VII; 3.°, Padilla y María Pacheco; 4.°, La Catedral; 5.°, Toledo y la Virgen del Sagrario, y 6.°, Guerra á la impiedad.—El Sr. Amat, entre algunos borradores y su memoria, ha podido rehacer algunos fragmentos de los cantos 1.°, 5.° y 6.°. (*Nota del editor.*)

¡Que no hay virtud sin fe, ni arde sin ella
De patria el fuego santo!
Por eso va la humanidad errante,
Entre la duda y el error y el llanto...
Y término á su guerra
No ha de encontrar, ni á su perpétuo anhelo,
Si no aparta sus ojos de la tierra
Para mirar al cielo.
Que dió al águila Dios sus fuertes alas
Y ojos de diamante,
Para que tienda el vuelo
Sobre el monte gigante,
La luz del sol bebiendo centelleante;
Y dió al león sus garras y melena
Y su rugido, que de espanto llena,
Para que reine altivo en el desierto;
Y de aletas al pez y trasparentes
Escamas ha cubierto,
Para que libre cruce el mar profundo...
Pero dió al hombre un alma, imagen suya,
Para que el lazo sea entre él y el mundo;
Alma inmortal que, unida
A la materia inerte,
Halla la libertad y halla la vida
Tras de ese sueño que se llama muerte.

. . . . . .

. . . . . .

¡Si, «hay más allá»!; pero jamás el hombre
Con su razón alcanza
A descifrar su origen y destino...

Perdió el edén... y es sola su esperanza
El hombre Dios, que dice, cuando avanza:
«Yo soy luz y verdad y soy camino.»

. . . . . .

. . . . . .

Y ¡ay del mundo! si llega
Su palabra á olvidar, donde el secreto
De la verdad se esconde,
Y en la duda se anega:
Como piedra que rueda hasta el abismo,
Rodará hasta el error: si á Jesús niega
Negará á Dios, se adorará á sí mismo. (1)

. . . . . .

Que hora es ya que lancemos
Nuestro grito de fe, y al viento demos
El estandarte do la Cruz ondea.
¡El valor de la fe! Con él se prueban
Los libres corazones,
Y por él en la Historia,
Guzmanes y Colones
Y Padillas lograron
Las palmas de la gloria.
Tú le tienes también, y á mi llegaron
Los ecos de tu fama,
¡Noble Academia!, (2) y en ardiente llama

---

(1) Proudón dijo: «O Jesucristo es Dios, ó no hay Dios». Terrible palabra lanzada contra los deistas.

(2) Se alude á la Academia Bibliográfica-Mariana de Lérida, la cual premió una oda, que después el Sr. Amat fué corrigiéndo-

Mi religioso espíritu inflamarse.
¡Grande misión te inquieta!
¡Cantar sin fin, las glorias de María!
¡Pues tú á su trono subes
Los himnos de la dulce poesía,
Del canto la armonía,
Las grandezas del arte,
Las confundes en uno, y encendiendo
Así nuestros amores,
Cual llamas que se juntan, van creciendo.

—

También llego yo á tí, también mi canto
Aspira á resonar en tu recinto,
Con entusiasmo santo,
Para ensalzar la Virgen sin mancilla
Que allá en la cumbre brilla
De la inmortal Sión... ¡Mi patria bella
Todo amor y esperanza cifró en ella
Desde el feliz momento en que á la orilla
Del Ebro caudaloso,
Cual protectora estrella,
Se apareció el apóstol venturoso!
Por eso como Madre proclamada
De España fué, y doquiera
En magníficos templos adorada;

---

la y dándole la extensión de un pequeño poema, que es el que se ha extraviado, conservándose sólo parte de la oda premiada en la memoria del Sr. Amat.

Por eso el Tajo admira en sus cristales
Su imagen venerada,
Y con potente voz y sosegada
Va cantando sus glorias inmortales.

FIN DEL PRIMER FRAGMENTO

SEGUNDO FRAGMENTO

TOLEDO Y SU VIRGEN DEL SAGRARIO

¡Salve, imperial Toledo,
Oriente de Ildefonso y Recaredo!
¡Qué altiva te levantas,
Reina de siete valles, siete cerros
Hollando con tus plantas!
Por encontrar tu origen se fatiga
Vanamente la historia,
Que entre la noche oscura de los tiempos
Se pierde tu memoria;
Avaro de tu gloria,

Te dió el romano nombre,
Y aún vive su grandeza en las ruinas
Del teatro y circo, admiración del hombre;
Del alto Pirineo
Tendió su vista el godo sobre España,
Digna mansión buscando de su hazaña,
Y en tí puso su trono, y por guardarte
Te cercó de altas torres, y sus reyes
Y sus sabios prelados
Dieron, en los Concilios congregados,
Al Universo leyes,
Y vino el agareno á conquistarte
De orgullo y saña lleno,
Mas antes en tu seno
Diste el sér á Pelayo por vengarte:
Y Alfonso, al recobrarte,
Más brillo dió á tu nombre,
Pues al romper del moro las cadenas,
Lavó la negra mancha de Rodrigo
Con sangre de sus venas.
Tus hechos renacieron
Más gloriosos entonces
Y pasmo al orbe fueron...
Y dos mundos mirando de su silla,
Pudo exclamar la reina de Castilla,
Tan poderosa al verte:
«Si tan fuerte, Toledo, no tan grande;
Si tan grande, Toledo, no tan fuerte.»

—

Y pasaron tus reyes, tus guerreros,
Tus poetas y artistas,
Tus bravos caballeros,
Tus ricos mercaderes...
Como sombra fugaz todos pasaron,
¡Y triste y olvidada,
Envuelta entre ruinas te dejaron!
Tal hizo el tiempo en tí, pero no pudo
Arrancarte la fe, ¡tu fuerte escudo!;
Que huyen poder y gloria,
Si humano es su cimiento,
Cual leve arista que arrebata el viento...
Mas la fe no perece,
Antes recibe con la lucha aliento.

—

Por eso tus alcázares, tus circos,
Tus haremes, tus galas,
Ya son polvo no más, do el genio tiende
Del olvido las alas...
¡Doquier escombros! Mas en pie contemplo
Ocultando su frente entre las nubes,
Del arte asombro, suntuoso templo:
En él entremos, que en su seno mora
La imagen bella cuyas glorias canto;
¡La Virgen pura... celestial señora!
¡Del hombre amparo... del averno espanto!
¡Vedla sobre su trono!
Con maternal encanto

Contempla entre sus brazos al Dios niño,
Y éste... ¡que la ama tanto!
Dulcemente la mira y con cariño,
Y su mano tendiendo
Parece que anhelante
Esté á su tierna madre bendiciendo!
Y sonríe la paz en el semblante
De la Virgen hermosa...
Y son bondad sus ojos... y sus labios,
Como entreabierta rosa,
Al alma candorosa
Dicen más que la ciencia de los sabios...
Y es su frente espaciosa
De los cielos imagen, ¡y destellos
Son sus rubios cabellos
De su luz inmortal! ¡Ah! ¿Contemplarte
Quién puede sin amarte?
Yo te contemplo y amo, Madre mía,
Mas con inmenso amor, y es ensalzarte,
Para que te amen todos, mi alegría.
¡Ah! Si alcanzar pudiese el dulce acento
Del ángel el poeta,
Como te cantaría ¡Judit fuerte!,
¡Raquel bella!, ¡Ana humilde!, ¡Ester discreta!
Mas... débil es mi canto
Para llegar á ti... mi pensamiento
Rastrea vanamente por decirte
Lo que en el alma siento.
¡Ay! Rompe presto los terrenos lazos
De esta carcel impura,

Y pueda volar libre, Virgen pura,
A cantarte mi amor entre tus brazos!

—

¡Tal es, feliz Toledo,
Tu Virgen inmortal; tal es tu gloria,
Pues va su nombre unido
A tu brillante historia!
Por ella Recaredo
Arrojó de su reino, con denuedo,
Del Arpiano el error; por ella un día,
Con elocuente labio, la herejía
De Pelagio, Ildefonso
Valiente combatía,
De la cándida y pura
En premio á sus virtudes recibiendo
Sagrada vestidura;
Por ella el Cid y Alfonso en sus almenas
Los estandartes de la Cruz clavaron
Arrojando las huestes agarenas;
Y otro Alfonso en las Navas de Tolosa,
Tras fuga vergonzosa,
Les hizo contemplar de espanto llenas
El turbio Guadalete; tus pendones
Por ella el gran Mendoza
Alzó en los torreones
De la inmortal Granada,
Con sangre generosa
De tus valientes hijos conquistada;
Y por ella en tus templos se inspiraron

Afamados artistas, y grabaron
En mármoles y bronces
Tus altos hechos, tu preclara historia,
Que á los futuros siglos recordara
Tu fe, tu honor, tu libertad, tu gloria.

FIN DEL SEGUNDO FRAGMENTO

TERCER FRAGMENTO

GUERRA Á LA IMPIEDAD

Hoy no turban la paz de tus hogares
Los hijos del Islam; mas se levanta
Otro enemigo audaz, y en tus altares
Profano imprime la sangrienta planta.
¡Es la impiedad! No temas... Ya renace
Doquier la fe, y se escucha
Un rumor misterioso, un eco vago
Cual nuncio de la lucha:
Ya su gloria recuerda y su destino
De San Luis la patria y Clodoveo,

Y de ellos sigue el inmortal camino:
Ya la sombría Albión, la Europa toda
Y la virgen América orar veo...
Y allá, en el Vaticano,
Cual roca combatida
Enmedio el Oceano,
Mas nunca conmovida,
Tranquilo se alza el venerable anciano,
¡Que al bendecir al mundo con su mano,
Es luz, y es Norte, y esperanza, y vida!
Y España, extremecida,
Se alza y ora también, que no extinguido
En ella el fuego de la fe se hallaba...
Entre cenizas sólo se encontraba
Y escombros escondido...
¡Que por ella velaba
La Madre que le amaba!
Vuela, pues, á su templo, y la rodilla
Dobla, Toledo, ante la Virgen pura
Que la soberbia del averno humilla.
Ella venció á Satán; si hoy se levanta
A renovar la lucha con fiereza,
Aplastará de nuevo con su planta
Del monstruo impío la infernal cabeza.

FIN DEL TERCER FRAGMENTO

Á TUS OJOS

¿Viste, Delia, del Sol la suave lumbre
Que su temblante rayo en torno extiende
En las serenas horas de la tarde,
Cuando al ocaso rápido desciende
Y entre las nubes de colores arde?
¿Viste las verdes faldas de los montes
Bordar con perlas la naciente aurora,
Cuando baña su luz los horizontes
Y la alta cumbre dora?
¿Viste en la noche hermosa y solitaria
Subir tranquila la callada luna
Por entre blancas nubes, cual plegaria
Que eleva hasta su Dios niña inocente;
Y el manso mar, que apenas
Movido blandamente,
Va tímido á jugar con las arenas;

Y de luceros mil que el cielo pintan
Los trémulos destellos...?
Pues más, Delia adorada,
Que la dulzura que extasía en ellos,
Me place contemplar tus ojos bellos.

¡Parece imposible! (1)

LETRILLA

—¿Corona de oro, Tomás?
—Pero el jurado es falible...
—Vale el otro drama más...
—No los compares jamás...
—¡Cielos, parece imposible!

—

—Quebró por fin D. Julián.
—¿Aquel banquero impasible?
¡Ay, cuántos se arruinarán!
Pero... ¡qué astucia, qué plan!
—¡Tuno! ¡Parece imposible!

—

(1) «Poeta, azota al vicio sin compasión, respetando al vicioso». (Juvenal y Redwitz.)—«El poeta debe cantar á las generaciones que le escuchan, lo que ellas son y lo que deben ser». —(Luis G. del Valle.)

—¡Ramiro, una dirección!
—Pues ¿por qué fué la elección
De diputado?—Increíble...
—¡Qué desgraciada nación!
¡Cielos, parece imposible!

—

—Por fin, D. Pablo, marqués.
—¿No te lo dije? Accesible
A su ambición todo es.
—¿Ves su política, ves,
Pueblo?—¡Parece imposible!

—

—¿General? No puede ser...
—Se veía.—Eso es risible.
Tan torpe y nacido ayer...
—Ser político es saber.
—¡Cierto! ¡Parece imposible!

—

—¿Podrá salvarme su ciencia?
—Será de usted esa herencia.
Entre sí.—(Que pierde el pleito es visible,
Mas yo gano.)
Poeta...— —Qué conciencia...
¡Jesús, parece imposible!

—

—¿Curaré?—Sí, poco, á poco.

Entre sí.—(Es rico y es medio loco...
¡Qué negocio!)—Irresistible
Es mi mal; su ciencia invoco...
Poeta...—¡Pobre!... ¡Parece imposible!

—

Entre sí.—¿El bien de España?... Mi bien.
¡Un millón... indefectible...!
Es el Banco mi sostén.
¡La prensa!... tengo también...
Poeta...—¡Cielos, parece imposible!

Una fiesta de calle

SONETO CON ASUNTO Y PIES FORZADOS (1)

Cual general, que toma un *baluarte;*
Cual cesante, que vuelve á su *destino;*
Cual en vieja bodega, el que ama el *vino;*
Cual escritor que diz: «punto y *aparte»;*
Cual Vila el pie al dictar que dice *ensarte»;*
Cual bella, al ver su labio *purpurino;*
Cual al pisar su patria, el *peregrino;*
Cual Quijote, soñando en *Durandarte;*
Cual niño, al devorar la dulce *casca;*
Cual naufrago, al asir flotante *tronco;*
Cual devoto, triunfante de la *gula;*
Y el náuta el puerto al ver, tras la *borrasca...*
Goza, en fiesta de calle, el pueblo *bronco,*
¡Uso que el tiempo destructor no *anula!*

(1) Estos juegos poéticos tenían lugar en casa del Byron alicantino D. Juan Vila, y como éste era el que daba los enrevesados pies forzados, se alude á él en el verso quinto de este soneto.

A LA BELLEZA

FRAGMENTO (1)

Belleza, alma belleza,
Feliz hija del cielo,
Y hermana de la luz y la pureza...
¡Qué oculto encanto y qué infinito anhelo,
Qué excelso amor y bienhechora calma
Tu rayo esplendoroso
Difunde en nuestra alma!
Mas, ¡ay!, intento en vano
Hallar tu esencia, penetrar tu arcano.
Y te conozco... y te amo... y grito: «es ella»

(1) «La Belleza» fué una de las composiciones extraviadas; pero gracias á la prodigiosa memoria del Sr. Amat, podemos insertarla casi íntegra. (*Nota del editor.*)

Al punto que apareces,
Y vuelo á tí... ¡Mas tú te desvaneces
Como fugaz estrella!

. . . . . .

Inmenso siempre nuestro afán, finito
Nuestro poder. ¡Cuál sólo nos es dado
De lejos entrever la ideal figura,
Allá en el claustro, de la casta y pura
Esposa del Señor, ú oir su ardiente
Suavísima plegaria,
Cual eco de la altura,
Postrados en la nave solitaria!...
Así, ¡oh, belleza!, siempre te admiramos
Velada entre las nubes
De tu triunfal decoro,
Y si alcanzarte ansiamos,
Cual pudorosa Virgen te miramos
En el cielo ocultar la frente de oro.

—

Mas si tu esencia divina se encierra
De Dios en el recóndito misterio,
Esparces por los cielos y la tierra
Tu esplendorosa luz y dulce imperio.

. . . . . .

. . . . . .

Yo te contemplo en la risueña aurora
Que los confines del Oriente dora,
Nunciando al nuevo día:

Del astro Rey en la temblante lumbre,
Que el grato ardor envía
Del escondido valle á la alta cumbre;
Y en la noche serena,
Que el ánimo suspende y enajena
Con su apacible luna nacarada,
Y el estrellado coro,
Que, con ritmo sonoro,
Mide la inmensa bóveda azulada.
Tú das al Iris fúlgidos colores;
Al susurrante insecto el ala de oro;
Sus matices y aromas á las flores.
A las brisas las aguas, y á las aves
Y á los umbrosos bosques sus murmullos,
Sus suspiros y cánticos suaves.
Su inmensidad al férvido oceano;
Su pabellón de grana al horizonte;
Al rocío sus gotas diamantinas;
Y prendes con tu mano
Sobre las puntas del ingente monte,
A la cascada en redes cristalinas.

—

Y más que en la inmortal Naturaleza,
Contemplo yo en la humana criatura,
Do se ostenta de Dios la imagen pura,
Tu encanto y tu poder, dulce belleza.
En su frente elevada,
¡Qué majestad, qué sello de alta estirpe

Y qué profundidad en su mirada!
¡Qué esplendor en su clara inteligencia!
¡Qué audaz vuelo en su raudo pensamiento!
¡Qué poder y qué gloria en su albedrío!
¡Qué inexorable voz en su conciencia!
Y en su hermosa palabra, ¡qué portento!
Del misterio de todo lo criado
Tiene el hombre la clave:
Él une el mundo á Dios, le admira y ora,
Y al compás de los orbes cristalinos,
Como David, con cítara sonora,
Canta su inmenso amor y altos destinos.

. . . . . .

. . . . . .

Tú eres también, belleza, el sentimiento.
En el mirar del candoroso niño;
Del fiel amigo, en el afecto santo;
En el sublime, maternal cariño;
Del prisionero, en el sentido canto;
Del casto amor, en la ilusión primera
Y el lánguido embeleso
Que causa á un alma pura el primer beso!
Del desterrado, en los inmobles ojos
Que ven la nave andar y triunfadora...

. . . . . .

. . . . . .

Y es tanto tu esplendor y tu grandeza
Que, al verte y al amarte,
Hallo la dicha en tí, santa belleza!!

. . . . . .

Tu esencia y fin es Dios, tu forma el arte.
Quien quiera en éste remontar su vuelo,
Hollando las miserias de este suelo,
Contigo ha de subir, al admirarte,
Como Murillo, á la mansión del cielo.

Ciencia

Es la ciencia, por placer
De saber, curiosidad;
Por honor ú oro, obtener
Vil comercio ó vanidad:
Sólo el saber es verdad,
Sólo ese nombre merece
Cuando en nosotros acrece
La virtud, y á Dios nos guía...
Ciencia sin virtud, sería
Arbol que nunca florece.

¡Cuántos en la ciencia hallaron
Su caída y perdición!
¡Cuán pocos á Dios se alzaron!
¡Unos sólo á la razón
Siguieron... otros, oraron!...

Como no hay ciencia sin fe,
No hay ciencia sin humildad;
¡Sólo el humilde á Dios ve,
que es la luz y es la verdad!

Pues no nos hace mejores,
Pues felices no nos hace...
Ciencia que de Dios no nace
Es un áspid entre flores.

Ciencia sin Dios, no eres más
Que inquietud, duda, dolor:
Un fuego devorador
Que no se apaga jamás.
Pues tú la dicha no das,
No está la verdad en tí.
¡Falsa ciencia, huye de mí!
Guardar quiero mi fe pura,
Do se esconde la ventura
Y única paz que hay aquí.

Canto á la Virgen,

REMEDIO Y ALEGRÍA DEL HOMBRE

Pecó Adán, y el Señor quiso
Que fueras ya, Virgen pura,
De perdón prenda segura
En el mismo Paraíso.
Y desde entonces, *María,*
Es tu hermoso y casto nombre
Luz y esperanza del hombre,
Su remedio y su alegría.

—

Por eso, «de gracia llena»,
El ángel te saludó,
Y Dios en tí se encarnó,
¡Maravillosa azucena!

¿Y cómo el mortal podría,
Tan gran prodigio al mirar,
Dejarte de proclamar
Su remedio y su alegría?

—

Espiró tu hijo en la Cruz...
Tú ¡oh, dolor! á su pie estabas...
Y en trance tal, aún rogabas
Por los hombres á Jesús.
Ser nuestra Madre aquel día
Bien mostraste, y que no en vano
Te aclama el género humano
Su remedio y su alegría.

—

Coronándose de flores
Busca el mortal las riquezas,
Y las húmanas grandezas
Y terrenales amores...
Mas la ventura que ansía
Se trueca en dolor y llanto...
Hasta que halla en tu amor santo
Su remedio y su alegría.

—

El corazón destrozado
De esta vida en los abrojos,
Alza á tí los tristes ojos
El pobre desamparado.

Y exclamando ¡Madre mía!
Con amor tierno y profundo,
Sólo en tí encuentra en el mundo
Su remedio y su alegría.

—

Que no hay humana amargura,
Ni tristeza, ni aflicción,
Ni herida del corazón
Que no cures, Virgen pura.
Pues velando noche y día
Junto al que sufre, es tu anhelo
Ser, señalándole el cielo,
Su remedio y su alegría.

—

Tu dulce imagen, Señora,
Doquiera el hombre levanta,
Y á sus pies tus glorias canta
Desde el ocaso á la aurora,
Desde el Norte al Mediodía,
En la ancha mar y en la tierra,
Porque sólo en tí se encierra
Su remedio y su alegría.

—

Y por eso en sus altares
Este pueblo te venera,
Y con ardiente fe espera
Que le escuches y le ampares,

Que su luz seas y guía
Cubriéndole con tu manto,
Y en toda lucha y quebranto
Su remedio y su alegría.

—

Cuando los ojos alzamos
Y tan hermosa te vemos,
Como tanto te queremos,
De tanta dicha lloramos:
Porque este pueblo, María,
Encuentra en tu corazón
Su paz, su amor, su ilusión,
Su remedio y su alegría.

La verdadera sabiduría

Es sólo «*sabiduría*»
Cuanto á la virtud nos guía
Y venturosos nos hace,
Pues tan sólo de Dios nace
La verdadera alegría. (1)

---

(1) «*Sabiduría*». Según el Diccionario de la Academia, es conducta prudente en el manejo de los negocios. Y prudencia, según el mismo Diccionario, una de las cuatro virtudes cardinales que enseña al hombre á discernir y distinguir lo que es bueno ó malo para seguirlo ó huir de ello. También significa cordura, templanza, moderación en las acciones.

Según los Diccionarios de erudición religiosa y eclesiástica, además de tener la significación de los Diccionarios profanos, tiene también el de hijo de Dios, ó sea la segunda persona de la Santísima Trinidad. Luego la palabra sabiduría entraña la idea de virtud; luego no es sabio quien no es virtuoso. Pero sí que puede haber, y hay por desgracia, hombres científicos que podrán conocer y entender mucho y dominar las ciencias físicas y químicas, pero no la principal de todas, que consiste en saber amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos Ya lo dijo Santa Teresa: «para conocer á Dios es menester amarle». Y no olvidemos que Dios es la verdad, la justicia y la caridad. (*Nota del autor.*)

En la reedificación de un templo (1)

¡Ay del pueblo que vive indiferente,
De su Dios olvidado,
En el festín brindando alegremente
De rosas coronado!

Tras su ventura, que cual humo pasa,
Gemirá sin consuelo...
¡Que siempre al vicio con su fuego abrasa
La justicia del cielo!

Mas feliz el que teme y el que adora
Al Señor, con fe pura,
Su palabra escuchando salvadora,
Que baja de la altura.

(1) Alude á la reedificación de la iglesia de San Roque en Alicante, cuyas obras se inauguraron el dia 25 de Julio de 1875.

Él gozará la paz que es prometida
A quien ora y espera,
Y en la virtud encontrará escondida
La dicha verdadera.

Y más feliz el pueblo que levanta
El derruído templo,
Dando al impío, que su triunfo canta,
Respuesta, luz y ejemplo.

Hoy, que al amor de Dios el de sí mismo
Opone el hombre vano,
De su propia ruina el hondo abismo
Abriendo con su mano...

Es levantar un templo, la luz darle
De aquel Sol, que ilumina
El mundo del espíritu, y guiarle
A su patria divina;

Es ofrecerle, en páramo inclemente,
La escala misteriosa,
A cuyo extremo asoma refulgente
De Dios la faz gloriosa;

O de olivos y palmas circundado,
Manantial cristalino
Donde su sed apaga el fatigado
Errante peregrino;

Es con la voz del cielo recordarle
Que el mundo es cruda guerra,
Y que el premio inmortal hay que alcanzarle
Luchando aquí en la tierra;

Que riqueza y poder, gloria y contento,
Y ciencia y hermosura,
Si en la virtud no tienen su cimiento,
Son vanidad... ¡locura!;

Que la ansiedad es hija del pecado...
Y por eso la calma
Tan sólo encuentra aquél que ha dominado
Las pasiones del alma;

Es levantar un templo, unir al cielo
El corazón del hombre,
Su afán calmando, su infinito anhelo...
Aspiración sin nombre;

Es un pueblo formar de los humanos,
Con unas mismas leyes,
Diciendo: «Sois iguales, sois hermanos,
Los mendigos y reyes»;

Es proclamar la libertad, que el bueno
Es sólo el libre y fuerte;
¡Quien triunfó de sí mismo, ve sereno
Al tirano y la muerte...!

Es guardar de la patria el fuego santo,
Pues sin fe las naciones
No engendrarán los héroes de Lepanto,
Guzmanes ni Colones;

Es dar al genio un soplo del Eterno,
Para que el mundo cante
La mansión de delicias ó el infierno,
Como Milton ó el Dante;

Y es, ante la razón, que la fe niega,
Y ante el odio infecundo,
Y el que duda, el que llora y el que ruega,
Y la inquietud del mundo,

Y el grito del combate que se escucha,
Y el torrente que avanza...
Alzar la Cruz en medio de la lucha,
Cual única esperanza!

PENSAMIENTOS

(Fragmento de un libro inédito dedicado à mi hijo.) (1)

I

¡Fe cristiana!, ¡luz divina!
Sólo en tí está la verdad:
Quien te abandona, camina
Tras la duda á la impiedad.

II

¡Qué soledad en el templo...!
Los que sabios os llamáis...
¿Dónde dais al mundo ejemplo
De vuestra fe? ¿Dónde oráis?

(1) Estaban estas composiciones cortas destinadas á formar parte de un libro que ha quedado sin terminar, y titulado «La verdadera felicidad y la verdadera sabiduría». A cada regla de vida, á cada consejo en verso, hubiera seguido la consiguiente explicación en prosa.

III

No existe dicha en la tierra
Que no traiga el llanto en pos...!
Tan sólo estable se encierra
En el santo amor de Dios.

IV

Gloria... riqueza... poder...
¡Humo, lodo, vanidad!
Amar... esperar... creer...
¡La paz! ¡La felicidad!

V

Cumple tu fin, hijo mío;
Ama y sirve al Hacedor...
Lo demás es desvarío
de este mundo engañador.

VI

Virtud y patria, sin fe,
Son tan sólo nombres vanos...
Quien á Dios no ama ni ve...
¿Cómo amará á sus hermanos?

VII

Hijo mío, te aconsejo
No temas la ancianidad,
Pero sí el hacerte viejo
Sin aprender la verdad.

VIII

No desconfíes jamás
Si atribulado te vieres,
Ten fe y haz lo que pudieres...
¡Ya hará el Señor lo demás!

IX

¡Cuánto afán! ¡Cuánta ansiedad!
—¿Dó vas, mortal?—¡Ay de mí!
Busco la felicidad...
—La tienes dentro de tí.

X

¡Ah, Señor! Nunca te amé
Hasta que sentí ofenderte...
Entonces triunfó mi fe
Del pecado y de la muerte.

XI

Entre el llanto y el dolor
El hombre á aprender empieza
Su pequeñez y flaqueza...
¡Benditos sean, Señor!

XII

Fe, paz, y camino, y luz,
Y heroismo, y humildad,
Y amor, y felicidad...
¡Todo está al pie de la Cruz!

XIII

Cuando contemplo, Señor,
De mi prójimo la ira...
Y pienso en tu ley de amor,
¡Cuánta compasión me inspira!

XIV

Cuanto más altos se hallan
Los hombres... ¡más amarguras!
Pues las tormentas estallan
Casi siempre en las alturas.

XV

¡Señor, ten piedad de mí!
No me abandones jamás...
Pues mi corazón sin tí
Cambia en infierno su paz.

XVI

Desprecio el oro... y la fama
Del genio... y el poderío...
¡Sólo envidio á quien te ama
Como mereces, Dios mío!

XVII

Señor, cambia mi inquietud
Y mi anhelo de saber
En el afán de obtener
Mi corazón la virtud.

XVIII

¡Dios mío, cuán engañado
Lejos de tus sendas voy!...
Huyo de tu Cruz... y estoy
Al mundo crucificado.

XIX

¡Alma!, si no eres dichosa,
Piensa en tu Patria, ¡en el cielo!
Imagen de Dios hermosa...
¿No tienes libre tu vuelo?

XX

¡Ah, Señor! No hay para el hombre
Placer que pueda igualar
Al que siente al escuchar
Que invoca su hijo tu nombre.

XXI

Hermanos, no vacilemos...
La vida es breve... ¡valor!
Y con Cristo subiremos
Tras del Gólgota al Tabor.

XXII

Quien á la fe sustituye
con la duda y la impiedad,
los fundamentos destruye
de la misma sociedad.

Junto á un Monasterio

Dedicada al Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Món

Allí, del monte en la fragosa cumbre,
Por el turbión y el viento combatido,
Ruinoso, abandonado, triste y solo,
Llora en silencio su esplendor perdido.
Ricos girones de su regio manto
Le arrebataron con sangrienta saña,
La calumnia execrable,
Que al odio y la impiedad siempre acompaña,
Y la cruel codicia y miserable;
Y al penetrar en su recinto santo,
Do moró la virtud, pura y serena,
Brotan dulces recuerdos y honda pena,
Sagrada indignación y tierno llanto.

—

Tal resonó en mi mente... Ver tu sombra
Ansiaba, y volé á tí... Mudo contemplo
Brillar, aun entre escombros, tu grandeza,
Que el mundo olvida, mas que al arte asombra,
Y cruzo el huerto, el solitario claustro,
El corredor sombrío, el vasto templo,
La mísera celdilla,
¡Imagen de la tumba!, y doquier giro,
Mil fantasmas bañados de tristeza,
Y dulce y vaga luz alzarse miro.

—

Ya imagínome ver por la ancha calle
De cipreses, que el rayo esplendoroso
Quiebran, del sol ardiente,
Cruzar al monje humilde, silencioso,
Con la envidiable paz sobre la frente.
Ya el plañidero son del bronce herido
Creo escuchar, cual eco desprendido
Del alto cielo, en la callada noche.
A su tañido blando,
Pausada multitud, austera y grave,
El patio oscuro y templo va poblando.
Llena oloroso incienso la ancha nave,
Un resplandor suavísimo ilumina
Sobre el sagrado altar la Cruz divina,
Donde Cristo, muriendo, nos redime:
Se une la voz del órgano sonoro,
De los monjes al cántico sublime,
Y en alas de la fe, radiente y pura,

Del mundo y de sus pompas olvidada,
Feliz, y en lo infinito la mirada,
El alma vuela á la celeste altura.

—

Los que «no hay más allá» gritar osasteis,
Y en afrentoso día,
Sobre el ara de Cristo levantasteis
El torpe vicio y la razón impía...
Decidme: ¿cuándo me dará esta calma
Vuestra ciencia falaz? ¡No ama ni llora!
¿Cuándo podrá llenar, consoladora,
Este vacío inmenso de mi alma?
Y al hollar de estos sitios los umbrales,
¿No temblasteis de horror? ¿No os detuvieron
Los ecos de sus glorias inmortales,
Sus virtudes, que pasmo al orbe fueron?

—

Cuando el cielo negaba,
Y era tan sólo inmensa orgía Roma;
Cuando á Europa entre escombros sepultaba
El vándalo y tornaba
El suelo estéril el corcel de Atila;
Cuando era ley la espada del más fuerte,
Y, ante la horrible guerra,
La paz, la libertad, la ciencia, el arte,
Espantados huían de la tierra;
Cuando del ancho mar tuvo el imperio
El árabe, y el mísero cristiano

Atormentaba en largo cautiverio;
Cuando astuta ú osada la herejía,
Monarcas y naciones
En los abismos del error hundía,
¿Quién guardó en las grutas del desierto
El fuego de la fe? ¿Quién de la Europa
Levantó las ruinas y los campos
Rompió? ¿Quién contra el déspota tronaba
Con santa libertad? ¿Quién del cautivo
Rompía las cadenas?
¿Quién confundía al heresiarca altivo
Con su saber profundo?
¿Quién, para cada herida y cada pena,
De caridad y de entusiasmo llena,
Un bálsamo encontró? ¡Quien salvó al mundo!

Canto á la Virgen María

CON MOTIVO DE SU AUGUSTA NATIVIDAD

Madre... ruega por nosotros.

Tú que diste, Señor, sér de la nada
A cuanto el orbe encierra;
Tú, que amoroso tiendes la mirada
Desde el cielo á la tierra;
Tú, el sólo grande y sabio,
Que haces del barro vil vaso de oro;
Abre, Señor, mi labio,
Pues hoy, cual nunca, tu favor imploro,
Para cantar en tan glorioso día,
De fe mi alma y de entusiasmo llena,
El nacimiento augusto de María,
La venturosa Virgen Nazarena,
Que es tu Madre inmortal y Madre mía.

—

¿La veis?... ¡Allá... en la cumbre,
En la región espléndida y serena,
¡En la ciudad de Dios! Del Sol la lumbre
Es sólo niebla oscura
Ante la luz que de su faz fulgura;
Luz á la par suave
Que ni turba ni hiere. La alborada
Tomó todo su encanto
De su dulce sonrisa y su mirada.
Su boca al contemplar, nido de amores,
Su tez divina y nítidos cabellos,
Cierran su cáliz con rubor las flores,
Y toda luz apaga sus destellos.
Cuanto anhelamos posa en su alba frente,
Verdad, bien y belleza;
Que es la misma virtud resplandeciente,
Es la misma pureza.
Las gradas de su trono los querubes
Suben, llevando nuestras pobres preces,
De incienso envueltos entre blancas nubes.
Dulces sonidos brotan á raudales
En mágico suavísimo concento,
De las ebúrneas arpas celestiales
Que al záfir abrillanta,
Y el coro de las vírgenes su gloria
Inmarcesible canta.

—

¡Feliz! ¡Hermosa! ¡Sin igual victoria!
No era la luz, ni el tiempo: ni los astros

Allá en el Firmamento
Giraban todavía...
Y ya, en el pensamiento
De Dios, era María.
En la mansión primera nuestros padres,
Tras su caída mísera, cual signo
De amor y redención la contemplaron:
Y los profetas, con unción divina,
A los futuros tiempos la anunciaron,
Y «Paz del mundo», «Estrella matutina»,
«Huerto cerrado», «Fuente cristalina»
Y «Puerta de los cielos» la llamaron.

—

Y entre las turbias aguas al fin brota
El manantial sereno y transparente,
Entre zarzas el lirio, y tras la oscura
Noche, la blanca luz en el oriente;
Sonando allá en la altura:
«Nació» la Virgen, del Señor morada,
Sin sombra de pecado, ¡Inmaculada!
Los siglos á los siglos sucedieron,
Y razas y naciones
El angélico canto repitieron:
«¡Inmaculada!..» Y fueron
Vanos los gritos de ira
De la impiedad y de Luzbel la saña,
Porque eco fiel de tantos corazones,
Y nuncio de verdad que el mundo admira,

También allá, en el alto Capitolio,
El vicario de Dios, que Dios inspira,
«¡Inmaculada!» la aclamó en su solio.

—

Que no bastaba fueses
La Hija adorada del Eterno Padre,
Del Espíritu Santo tierna esposa,
Y de Jesús la Madre cariñosa;
No te bastaba ser Virgen y Madre,
Cual Isaías lo anunció en su vuelo;
Ni Reina del Empíreo, ni del hombre
Norte, salud y sin igual consuelo;
Ni trono del saber, Sol de justicia,
Y arca de nueva perdurable alianza;
Ni de bondad prodigio y de hermosura,
De viva fe y firmísima esperanza...
¡La más humilde y alta criatura!
No te bastaba, no; que era preciso
Al mundo, al cielo, á tu inmortal decoro,
Que Inmaculada fueses;
Cual ampo de la nieve, limpia y pura,
Alba paloma, cándida azucena,
Cristal nunca empañado, alcázar de oro,
Digno templo de Dios... ¡De gracia llena!

—

Feliz, feliz momento en que á la orilla

Del Ebro caudaloso,
Cual protectora estrella,
Radiante, apareciste
De Jesús al Apóstol venturoso;
Por eso proclamada
De España Madre fuiste
Y en magníficos templos adorada;
Por eso desde el Ebro al mas humilde
Río, en los cristales
Se ve tu hermosa imagen retratada,
Y con potente voz y sosegada
Van cantado tus glorias inmortales;
Por eso en cada casa un altar tienes
Y en cada corazón; por eso jura
El docto defenderte
El día de solemne investidura;
Y al aclamarte Pura,
Te anuncian en mi patria, con sus sones
Argentinos y alegres, las campanas,
Con su tronar soberbio, los cañones.

—

¿Dó va esa multitud? En su semblante
La amarga huella del dolor contemplo,
Que el mundo imprime al peregrino errante,
¡Mas que borrar no sabe! Ved, va al templo.
Sobre un trono de nubes, que fulgura
Mil torrentes de luz, gentil y bella,
De caridad y de humildad dechado,

Se levanta la cándida doncella,
Madre del infeliz desamparado.

—

Entremos en el Templo, que allí mora
La Virgen bella, cuyas glorias canto;
¡La Virgen pura, celestial Señora!
¡Del hombre amparo, del averno espanto!
¡Vedla sobre su trono!
Con maternal encanto,
Contempla entre sus brazos al Dios niño,
Y éste... ¡que la ama tanto!
Dulcemente le mira y con cariño,
Y su mano tendiendo,
Parece que anhelante
Esté á su tierna Madre bendiciendo!
Y sonríe la paz en el semblante
De la Virgen hermosa...
Y son bondad sus ojos... y sus labios,
Como entreabierta rosa,
Al alma candorosa
Dicen más que la ciencia de los sabios...
Y es su frente espaciosa
De los cielos imagen, ¡y destellos
Son sus rubios cabellos
De su luz inmortal! ¡Ah! ¿contemplarte
Quién puede sin amarte?
Yo te contemplo y amo, Madre mía,
Mas con inmenso amor, y es ensalzarte,

Para que te amen todos, mi alegría.
¡Ah, si alcanzar pudiese el dulce acento
Del ángel el poeta,
Cómo te cantaría ¡Judit fuerte!
¡Raquel bella! ¡Ana humilde! ¡Ester discreta!

—

¡Ah, mil veces feliz el que tu amparo
Busca y mora en tu amor, Madre querida!
Iris de eterna paz, único faro
De este mundo en la mar embravecida!
¡Tú cruzaste doliente, cual el hombre,
Por el desierto estéril de la vida!
Por eso invoca sin cesar tu nombre
Con entusiasmo santo;
Que el que sabe de lágrimas y penas
Es quien calma el dolor y seca el llanto,
¡No el que mira correr horas serenas!

—

¿Y quién, al contemplarte,
Dechado augusto, celestial María,
Quién dejará de amarte?
¿Quién dejará en el mundo de invocarte
Con este dulce nombre: ¡Madre mía!?
¡Madre mía! es el grito que se escucha
Junto á la cuna, al maternal cariño;
El que repite el candoroso niño,
La púdica doncella, el noble anciano,
El pecador contrito en los altares,

Y el náufrago que lucha
De la existencia en los revueltos mares;
¡Madre mía! sin tregua suspiramos,
Cuando, en el llanto y el dolor sumidos,
Tristes y solos en el mundo estamos;
¡Madre mía! es el grito de consuelo
Que el corazón exhala, cuando heridos,
De la calumnia ó la injusticia, el cielo
Nuestra inocencia mira y nuestro duelo;
¡Madre mía! clamamos
Cuando, en horrible guerra,
A lo infinito el alma nos levanta,
Y la materia vil ata á la tierra;
¡Madre mía! murmura el que escondido
Pesar lleva en el pecho,
Del mundo no sabido,
O gime sin cesar en triste lecho;
Y ¡Madre mía! en el cruel momento,
Ante la oscura eternidad el hombre,
Es el bendito nombre
Que al aire da con su postrer aliento.

—

¡Oh, Virgen inmortal! ¡Oh, Virgen pura!
Tú has sido siempre del cristiano escudo,
Y tembló la impiedad; mas hoy cual nunca
Alzase poderosa
Y por doquier amenazar parece
Catástrofe espantosa.
Que el viento del orgullo avanza y crece,

Y á la razón «Dios» llama: el orbe todo
No basta á la ambición, y la impureza
Su trono tiene entre el infecto lodo.
Pero del mundo impío triunfaremos
Si tú nos tiendes la benigna diestra;
Bajo tu dulce amparo nos ponemos;
Háblanos, te escuchamos, Madre nuestra.
Al ambicioso dile: «Soy templanza:
¿Qué te dan oro y cetros en tu mano,
Si eres sólo un puñado de ceniza
Que esparcirá mañana el viento vano?»
Al que ciega el orgullo: «Soy humilde:
Con sólo tu razón vives inquieto;
No pretendas, sin Dios, saberlo todo,
¡Que es el mundo sin Él hondo secreto!»
Al que mora en el vicio: «Soy pureza:
Rompe esos tristes lazos;
No importa tu flaqueza;
Dios es fuerte y te espera entre sus brazos.»
Y al que vive en la fe.... ¡sosténle, Madre!;
Al que niega, su espíritu ilumina;
Al que duda, disípale las nubes
Por las que triste y sin timón camina;
Y á todo el que sin paz, con loco anhelo,
Tras la felicidad corre en la tierra,
Dile que sólo en la virtud se encierra,
Pero que el Sumo Bien... sólo en el cielo.

—

¡Oh, tierna Madre mía, ya que todo

En derredor vacila y que se escucha
El fragoroso estruendo del torrente,
Sé nuestro amparo en esta nueva lucha
De la fe y la impiedad.... Mas no de sangre
Ha de ser esa guerra; no la espada
Ha de brillar en la homicida mano...
¡Que tu enseña es de paz! La Cruz alcemos
En vez del hierro insano;
De abnegación y sacrificio demos
Y de humildad ejemplo al hombre vano;
Ante la orgía, del placer morada,
Cubramos de ceniza nuestra frente
En el altar, mostrando nuestra nada;
Firme esperanza nuestro pecho aliente,
Y al desprecio y la injuria contestemos
Con el perdón de nuestro amor ardiente.
Así del mundo impío triunfaremos,
Que el triunfo es de la fe. La España toda
Siente en la lucha su inmortal destino
Y el sitio del peligro busca en ella.
¡Guíale, Madre mía, en su camino! (1)

---

(1) El 7 de Octubre celebra el católico pueblo de Petrel solemnes fiestas en honor de su Patrona la Santísima Virgen del Remedio. La Mayordomía rogó al Sr. Amat que reuniese en una composición cuantos pensamientos relativos á la Madre de Dios, y Madre Nuestra, tiene esparcidos en sus odas á la Virgen, premiadas en públicos Certámenes, para repartirla el día de tan solemne festividad, y accediendo el Sr. Amat á tan honrosa solicitud, ha escrito el adjunto canto, que tenemos la satisfacción de publicar. —(*Nota del Editor.*)

Misericordia

Mis lágrimas fueron mi alimento de día y de noche; mientras que se me pregunta sin cesar: ¿dónde está tu Dios? — Salmo XLI, 40.

¡Señor, inmenso es mi mal!...
Es incesante y cruel,
Nada puedo contra él,
Sal á mi defensa, sal.
¿Cuál es mi delito, cuál?
Mi Cruz tomé y te seguí...
No hallé dicha sino en tí...
Hoy te busco y tú te escondes...
Y te llamo... y no respondes...
¡Señor, ten piedad de mí!

—

De mí nunca me acordé;
Riquezas, placeres, gloria

De esta vida transitoria...
Yo todo lo desprecié.
Sólo una cosa anhelé:
Ser justo y honrarte así;
Hoy mi voluntad perdí,
Aún quiero honrarte... y no puedo...
Tuve valor... tengo miedo...
¡Señor, ten piedad de mí!

—

Cual en brazos de su madre
Se duerme el cándido niño,
Con la misma fe y cariño,
En tí confiaba, Padre.
Hoy, aunque al mundo no cuadre
Leer lo que escribo aquí,
La envidiable paz perdí...
Y olvidando mi oración...
No, Padre mío... perdón...
¡Señor, ten piedad de mí!

—

Tengo un hijo... Lo primero
Que yo le enseñé fue á amarte,
Y por cierto supo honrarte
Cual cristiano verdadero...
Sufrido, humilde, sincero,
Fué un santo, un mártir... Le ví
Triste alejarse de mí...
Y me ama... ¡suerte cruel!

Y le amo... y vivo si él...
¡Señor, ten piedad de mí!

—

Yo no te pido en verdad
La vida, ni la salud:
Sólo una poca quietud,
Y una poca voluntad.
¡Nada... Señor! pues mirad
Que si yo sucumbo así...
Sin paz... dirán mal de tí.
¡Todos... todos me han dejado!
¡Por qué me has desamparado!
¡Señor, ten piedad de mí!

RIMAS VALENCIANAS

En lo Centenari

DEL

Santissim Cristo del Monte Calvari

venerat en lo poble de Petrer, celebrat en 1874

1

¡Señor, cuánt han desijat
Qu' aplegara el Centenari!
¡En quín plaer t' hem baixat,
Per lo poble t' hem portat,
Y et durem al Santuari!

2

Cuant els nostres ulls alsem
Cap á la teua ermiteta,
Del mon no s' en recordem...
¿Ni pa qué mes mon volem
Que eixa blanca palometa?

En el Centenario

DEL

Santísimo Cristo del Monte Calvario

venerado en el pueblo de Petrel, celebrado en 1874

1

¡Cuánto hemos deseado, Señor, que llegara este Centenario! ¡Con qué alegría te hemos bajado, te hemos llevado por el pueblo y te volveremos al Santuario!

2

Cuando levantamos los ojos á tu Santuario, no nos acordamos del mundo. ¿Y para qué queremos más mundo que esa blanca palomita?

3

Tenía la Mare de Deu
En lo dols nom del Remey...
Bonifasi y Bertomeu
Y el Cristo... ¡que es el gran Rey!
Petrolanchs, ¿qué mes voleu?

4

Pasant añs y sigles van,
Cristo del Monte Calvari,
Mes l' amor y cult qu' et dan
Els teus fills, no pasarán;
Teu diu este Santuari.

5

Infelis del que privat,
¡Oh, Sol!, de ta llum se veu...
Pero mes infortunat
Qui no viu illuminat
Per ta llum divina, ¡oh, Creu!

6

¡Oh, hermosísim Santuari!
Quants que et veren ya no están,
Y quants dels que á voret van
Uvert tindrán el osari...
¡Y en aixó no pensarán!

3

Tenéis la Madre de Dios con el dulce nombre del Remedio, Bonifacio y Bartolomé y el Cristo... ¡que es el gran rey! ¿Qué más queréis, petrelianos?

4

Van pasando los años y los siglos, Cristo del Monte Calvario, pero el amor y el culto que te tributan tus hijos no pasarán. Te lo dice este Santuario!

5

Infeliz del que privado, ¡oh, Sol!, se halla de tu luz; pero más infortunado quien no vive iluminado por tu luz divina, ¡oh, Cruz!

6

¡Oh, hermosísimo Santuario! Cuántos *que te vieron* ya no existen, y cuántos de los que vienen á verte tendrán abierto el sepulcro... y no pensarán en ello!

7

Els que may patir volen,
¿Per qué vostres ulls no alsen
Al que nos vingué á ensenyar
Que al cel no se pot pujar
Sense portar una Creu?

8

Cristo del Monte Calvari,
Primer tots volem morir,
Que deixar de recibir
La llum del teu Santuari.

9

Atres festes diferents
Dins cent añs Petrer fará;
Mes la fe que aquelles gents
Y á éstes móga, igual será.

10

Tot cuant desijar podeu:
Fe, pau, camí, veritat,
Amor y felicitat,
Tot está al peu d' eixa Creu.

7

Los que no queréis sufrir nunca, ¿por qué levantáis vuestros ojos y los fijáis en el que, con su ejemplo, vino á enseñarnos que no se puede subir al cielo sin llevar una Cruz?

8

Cristo del Monte Calvario, primero queremos morir todos, que dejar de recibir la luz de tu Santuario.

9

Dentro de cien años, el pueblo de Petrel te obsequiará de diferente manera; ¡pero siempre será igual la fe que impulse á unos y á otros!

10

Todo cuanto podemos desear: verdad, paz, camino, amor y felicidad, todo está al pie de la Cruz.

11

Fe cristiana, llum divina,
Tú sóls eres veritat;
Qui t' abandona camina
Dend' el ducte á la impietat.

12

Si tot tremolar se veu
O tot á terra sen vé,
¿Qué l' importará al que té
Posá la esperansa en Deu?

13

¡Germans! no titubegem,
La vida es curta; ¡valor!,
Y ab lo Cristo pujarem
Desde el Calvari al Tabor.

11

Fe cristiana, luz divina, tú eres la verdad; quien te abandona, camina desde la duda á la impiedad.

12

Si todo tiembla y se derrumba, ¿qué le importará al que tiene puesta en Dios su esperanza?

13

¡No vacilemos, hermanos, la vida es corta; ánimo, y subiremos con Cristo desde el Calvario al Tabor!

Al meu amic Josep Baeza

al pendre posesió de la Canonjia de San Nicolau de Alacant

(14 JUN, 1876)

IMPROVISACIÓ

Yo tinch poca inspiració
Pera poder de repent
Expresar lo qu' el cor sent,
Fent una improvisació.
Pero es tant gran la ocasió
Que nos te así á tots reunits,
Tant lo goig que dins los pits
Nos revalla en este instant,
Que dich: «Deu te fasa un sant,
Pepe... y prega pels amichs».

A mi amigo José Baeza

en el acto de tomar posesión de la Canongía de San Nicolás de Alicante

(14 DE JUNIO DE 1876)

IMPROVISACIÓN

Yo tengo poca inspiración para expresar de repente lo que siento; pero es tan grande el motivo que nos tiene aquí reunidos, y tanta la alegría que salta dentro de nuestros corazones, que digo: «Dios te haga un santo, Pepe, y ruega por los amigos».

A Sent Vicent Ferrer

1

Vullch cantar en la llengua que tú usares
Cuant glatía ton pit, ple de foch sant,
Y com ángel del cel, al que t' alsares
Gich en lo visi y en virtud jagant.

2

Si tinguera l' acent y l' armonía
Que teníen los sabis trovadors
Quant alsaren los himnes de alegría
O les troves dolcíssimes d' amors...

3

Si santa inspiració Deu en donara
Tocant al fí mon cor ab lo dit seu,
¡Ay! llavors, Vicent, si qu' et cantara
Ab dignes versos ab robostu veu.

Á San Vicente Ferrer

1

Quiero cantar en la lengua que tú usaste cuando latía tu corazón lleno de fuego santo, y te levantaste al cielo, pequeño en los vicios y grande en las virtudes.

2

Si yo tuviera el acento y la armonía que tenían los sabios trovadores, cuando alzaban los himnos de júbilo y sus dulcísimas trovas de amor...

3

Si Dios me diera santa inspiración, entonces sí que te cantaría, ¡oh, Vicente!, con dignos versos y robusta voz.

4

«Que s' alse en mij del mon y el mon l' admire»,
Un jorn lo cel va dir, y al punt tú has nat,
Y encara huy contemple, ahon els ulls gire
Per ahon se vullga, honrarte, al mon postrat.

5

Que si este vall de llágrimes deixares,
A una patria millor alsant lo vol,
Brilla sens fí la gloria que alcansares,
Eterna y pura com la llum del Sol.

6

Encara en eixes plases que te oiren
La teua sombra me pareix mirar,
Y en eixos vents que pasen y suspiren
La teua veu de foch crech escoltar.

7

Mentres la llum del cel lo teu front banya,
Va passant tua veu de gent en gent,
Com al caure rodant per la montanya,
Desperta els ecos bramador torrent.

4

Un día dijo el cielo: «que se levante enmedio del mundo y que éste le admire;» y te levantaste, y todavía contemplo postrado al hombre, tributándote alto honor.

5

Que si dejaste este valle de lágrimas volando á otra patria mejor, brilla tu gloria eterna y pura como la luz del sol.

6

Todavía me parece que veo tu sombra en esas plazas que te oyeron, y creo escuchar tu voz de fuego en esos vientos que pasan y suspiran.

7

Mientras que ilumina tu frente la luz del Sol, va pasando tu voz de siglo en siglo, como al caer rodando por la montaña, despierta los ecos la voz del torrente.

8

Pobre, pero mes alt que les corones,
Tes paraules de amor son santes lleys,
Y á una senyal de ta justicia, dones
La pau als pobles y lo septre als reys.

9

Y si eres gran y al hom á tos peus mires,
Que de ta llum y ta paraula viu,
¿Per qué els ulls orgullós al volant gires
Com tot els grans, alsant lo front altiu?

10

Si la fortuna et dú sobre ses ales,
¿Per qué no tires ya ton pobre mant
Y et vists del mon les primoroses gales
Als mes espléndits astres eclipsant?

11

Mes ¡ay! yo et veig durant la nit tranquila,
Que de estreles brodat mostra son vel,
Y en mí clavant la llum de ta pupila,
Me contestes, alsant lo dit al cel.

8

Pobre, pero más alto que las coronas, se convierten en santas leyes tus palabras de amor, y á una señal de tu justicia das el cetro á los reyes y la paz á los pueblos.

9

Y si eres grande y contemplas al hombre postrado á tus pies, el cual vive de la luz de tu palabra, ¿por qué, como todos los grandes, no levantas con orgullo tu frente?

10

Si te conduce la fortuna sobre sus alas, ¿por qué no arrojas tu pobre manto y te vistes las primorosas galas del mundo, eclipsando á los más esplendorosos astros?

11

Mas, ¡ay!, yo te veo en la tranquila noche bordada de estrellas, y en mí clavando la luz de tus pupilas, me contestas señalando tu dedo al cielo.

12

«Aquell que feu cuant en el mon s' admira:
»El sol, el cam, la mar, la inmensitat...
»L' au y la flor y l' ayre que suspira,
»En un pesebre de Belén fon nat.

13

»Ell podía manar y consells dona;
»De tot es lo Senyor y pobre es veu;
»Es podía venjar y á tots perdona;
»No hiá dija sens Ell y dú una Creu.

14

»Lo fí de l' hom tan sóls es en la terra,
»Temer á Deu y honrarlo, alsant son llau,
»Que esta vida no es vida, es proba, es guerra,
»Y ahon guerra hiá, no hiá dija, ni pau.»

15

Y tens rahó, Vicent, tan sóls se alcansa
Esta ansietat cumplir demprés de mort;
L' hom en la mar del mon jamay descansa,
Fins qu' arriba allá al cel, que es lo seu port.

12

«Aquel que hizo cuanto se admira en el mundo: »el campo, el mar, el sol, la inmensidad... la flor, el »ave, y que llena el viento de suspiros, nació en un »pobre pesebre de Belén.

13

»Él podía mandar y dar consejos; es Señor de to»dos y vive en la pobreza; podía vengarse y á todos »perdona; no existe dicha sin Él y lleva una Cruz.

14

»El fin del hombre en la tierra es temer á Dios y »honrarlo, alzando su canto de alabanza, porque »esta vida es una guerra, y donde hay guerra no »hay ventura ni paz.»

15

Y tienes razón, Vicente, esta ansiedad no se ve satisfecha hasta después de la muerte; el hombre vive en una continua lucha en el mar del mundo, hasta que llega al cielo, que es el puerto de salvación.

16

Que esclau l' esprit del mon, respira apenes,
Y el vol volent alsar, la forsa pert,
Com lo lleó sugecte entre cadenes
Quant vol correr altiu per lo desert.

17

¿Qué fora del mortal si may baixara
Des alts algún esprit en nom de Deu
Y en lo foch de la fe no l' inflamara
Y el sant amor que irradia de la Creu?

18

Com en desfeta tempestat, sens guía,
La nau avansa á toms en mig la mar,
Tal pel desert del mon avansaría,
Jamay lo bé qu' ansía sens trobar.

19

Tú fores pera l' hom com blanca estrela
Al caminant perdut en fosca nit;
Y eres ya en mig del cel l' ángel que vela
Per Valencia, de goig ple lo teu pit.

16

Porque, esclavo del mundo su espíritu, apenas respira, y queriendo volar, pierde su fuerza, como el león, que queriendo correr altivo por el desierto, se encuentra sujeto entre cadenas.

17

¿Qué fuera del mortal si jamás bajara de lo alto algún espíritu en nombre de Dios para inflamarle en el fuego de la fe y en el amor santo, que irradia de la Cruz?

18

Como en desecha tempestad avanza la nave, sin timón, á tumbos, enmedio del mar, caminaría por el desierto del mundo, sin encontrar jamás el bien que anhela.

19

Tú fuiste para el hombre, como blanca estrella que guía al peregrino en noche oscura; y eres ya enmedio del cielo el ángel que vela por Valencia, lleno de gozo el pecho.

20

Entre recorts dolcíssims de ventura,
Jamay tos fills, Vicent, t' olvidarán;
Primer pedrá lo sol sa llum d' or pura
Y els abismes del mar se secarán.

21

Los segles á los segles ta memoria
Se deixarán com son millor llegat:
¡Ditjós lo poble que heretá ta gloria!
¡Ditjós lo poble en que Vicent fon nat!

20

Entre dulcísimos recuerdos, nunca te olvidarán tus hijos; primero perderá el sol su luz de oro y se secarán los abismos del mar.

21

Tu memoria se dejarán unos siglos á otros como su mejor legado. ¡Dichoso el pueblo que heredó tu gloria! ¡Dichoso el pueblo en que naciste!

La Sensitiva

Com la *hermosa* sensitiva,
Ans de tocarla la má,
¡Tan sols de l' alé, ó de l' ombra
Que un nugol forma al pasar,
Les fulles dobla y les tanca
Buborosa y tremolant...
Així la Verge, quant fon
Per el ángel saludá,
Replegantse *pudorosa*
Dins de sí mateix, baixant
Tremolosa els ulls, y els brasos
Plegaets sobre el pit cast,
Pronunciá aquell sí inefable,
Que tot un Deu aguardá.
Y que la porta *obriguè*
Del cel á la humanitat.

La Sensitiva

Así como la hermosa sensitiva, tan sólo al acercársele la mano, ó del aliento, ó de la sombra que forma una nube al pasar, dobla y cierra las hojas ruborosa y temblando... así la Virgen, cuando fué saludada por el ángel, recogiéndose pudorosa dentro de sí misma, bajando temblorosa sus ojos y cruzando sus brazos sobre el casto pecho, pronunció aquel sí inefable que esperó todo un Dios y que abrió las puertas del cielo á toda la humanidad.

En la Centenari de la Purísima,

EN MONCÁ, EN 1882

I

¡Fum!... ¡no res! son els honors,
La riquea y vanagloria,
La alegría transitoria
Y los terrenals amors.
En eixos bens, els dolors
S' oculten, que en el mon dura
Lo que un somit la ventura;
Sols ferma y segura está
En la virtud amagá
De un ánima casta y pura.

En el Centenario de la Purísima,

EN MONCADA, EL AÑO 1882

I

La riqueza, los terrenales amores, las alegrías y la gloria, son humo ¡y nada! En esos mismos bienes se ocultan los dolores. La ventura pasa fugaz como un sueño, y sólo está firme y segura escondida en la virtud de un alma pura y casta.

2

Mig locos parex qu' estem,
Buscant or y diversions...
¡Donant rienda á les pasións,
De roses nos coronem!
Així la mort olvidem,
Y lo que después vindrá...
En lo etern, ¿quí pensa ya?
Dijós el poble que té
Encara virtut y fe
Com les que ostenta Moncá.

3

¡Fer negoci!... eixa es la idea.
¡Divertirse!... eixe 'l afán.
Pa això tots apunt están,
Y ni hu tan sols té perea.
Huí tot lo saber se emplea
Buscant lo que acaba así,
No lo que may tindrá fí
En altra vida inmortal...
¡Mare, llíuram de eixe mal!
¡Mare, tin pietat de mí!

2

Buscando oro y diversiones, parece que estamos medio locos... Dando rienda á las pasiones, nos coronamos de rosas. Así olvidamos la muerte y lo que hay más allá de la tumba. ¿Quién piensa ya en lo eterno? Dichoso el pueblo que ostenta todavía, como Moncada, la virtud y la fe.

3

¡Hacer negocio!... esa es la idea. ¡Divertirse!... ese es el afán. Para eso todos están dispuestos y no hay uno sólo que tenga pereza. Hoy todo el conocimiento del hombre se aprovecha buscando lo que ha de acabar aquí, no lo que nunca tendrá término en otra vida posterior. ¡Madre, ten piedad de mí y líbrame de tan gran desgracia!

4

Saber no es tan sóls llegir,
Escriure y hasta contar,
Y les ciencies penetrar,
Y molt ingéni tenir
Pera enriquirse y gojar.
Creure, es saber, que hiá Deu
Y atra vida, y obrar bé.
Al que eixa ciencia no té,
Amparal, Mare de Deu;
Prega pa que tinga fe.

5

Ni de la mel la dolsor,
Ni de la rosa 'l perfum,
Ni del sol la viva llum,
Ni de la brisa 'l rumor,
Ni 'l nom siquiera d' *Amor*...
Tenen la inmensa armonía,
La dolsor y l' ambrosía
Y la suavitat que té,
Illuminat per la fe,
Lo tendre nom de María.

4

No consiste la sabiduría en leer, escribir, contar, penetrar las ciencias y tener mucho ingenio para enriquecerse y gozar. La sabiduría consiste en saber que hay un Dios y otra vida, y practicar el bien. Ampara, Madre mía al que no tiene esa ciencia. Ruega para que tenga fe.

5

Ni la dulzura de la miel, ni el perfume de la rosa, ni la viva luz del sol, ni el suave rumor de la brisa, ni siquiera el nombre de *Amor*, tiene la inmensa armonía, la dulzura, la ambrosía y la suavidad que tiene, iluminado por la fe, el tierno nombre de María.

6

Ansía 'l port lo mariner
Que brega en la tempestad,
La perduda llibertad
Lo desdijat presoner,
Y la patria 'l desterrat;
Pero mes ansíe jo
En lo mon, que es pera mí
Mar y desterro y presó,
Lo teu amor, sense fí,
Purísima Concepció.

7

Si ho meditem un instant,
La vida pasa volant...
Lo que importa es morir be...
En aquell terrible instant,
Mare, donam viva fe.

8

En el desert de la vida,
Hon tots portem una creu,
Quín consol trobem, cuant crida
El ánima dolorida:
¡Ajudam, Mare de Deu!

6

Desea con afán llegar al puerto el marinero que lucha con la tormenta; desea el encarcelado la perdida libertad, y la patria el desterrado; pero mucho más deseo yo, enmedio del mundo, que es para mí mar, y destierro, y cárcel, tu amor sin fin, Purísima Concepción.

7

Si lo meditamos un instante, la vida es brevísima, y lo que importa es morir en gracia de Dios. Ayúdame en aquel tremendo instante, Madre mía.

8

Al atravesar el árido desierto del mundo, donde todos llevamos una Cruz, qué consuelo encontramos al exclamar: ¡Ayúdame, Madre mía!

9

Anys y sigles pasarán...
El nostre carinyo, no.
Estes festes te hu dirán;
Que ca sent anys se farán,
Purísima Concepció.

10

En tota tribulació,
Lo teu amparo invoquem...
Y hasta en mig de la aflicció
Pau y alegría trobem,
Purísima Concepció.

11

Estos versos guardareu
Hasta 'l Centenar que ve,
Y preguntarán: «¿quí els feu?»
Vos, Mare meua, hu sabeu,
Y per qué els faig yo, també.

9

Pasarán los años y los siglos, pero no pasará nuestro amor. Estas fiestas, que se celebran cada cien años, te demostrarán la verdad de mis palabras.

10

En toda tribulación, te rogamos que nos ampares; pues al invocar tu auxilio, encontramos paz y alegría enmedio de la aflicción, Purísima Madre nuestra.

11

Guardaréis estos versos hasta el otro Centenar, y entonces preguntarán: «¿quién los ha hecho?» Vos lo sabéis, Madre mía, y también sabéis por qué los he hecho.

12

Com lo poble os ama tant,
Totes les giques portem
El vostre nom pur y sant...
Y hasta als giquets lo posem.

13

En tú tinc lo meu tesor,
Mon afany y m' alegría,
Oh, Purísima María,
Mare meua del meu cor.

14

Mare 'l cor vos obriré,
Suplicantvos que 'm doneu
Un bon marit (si em convé);
Salut y gracia de Deu.

12

Como tanto te amamos, todos llevamos tu nombre puro y santo, y hasta lo ponemos á nuestros pequeñuelos.

13

En tí tengo todo mi tesoro, todo mi afán y toda mi alegría, Madre de mi corazón.

14

Os abriré mi pecho, Madre mía, suplicándoos que me deis (si me conviene) un buen marido; salud y gracia de Dios.

A la font de Ensegures

1

Ahí estás amagadeta,
Maravellosa fonteta...
¡Tresor de vida y salut!
Com s' amaga la virtut
Y la hermosa violeta.

2

Fresca, pura, transparent...
Entre les copes brillant
Com un riquísim diamant,
Dones la vida rient
Als que te busquen plorant.

A la fuente de Enseguires

1

¡Oh, fuente maravillosa, tesoro de salud y vida! Aquí estás oculta, como se esconde la humilde violeta y la hermosa virtud.

2

Fresca, pura y transparente, brillas entre las copas como un riquísimo diamante, dando la vida riendo á los que te buscan llorando.

3

«Font de Ensegures» te díen,
«Font *Segura*» te dirán,
Els que ans de beurer moríen
De tantísim que sufríen...
Y ara plens de vida están.

4

Com tú, en aquestes altures,
Tot te, hermosa font, virtut:
Terra y cel, camps y espesures.
Marmolant les aures pures
Van dient... *¡Salut!... ¡Salut!...*

5

La llengua aquí pura y santa
Deu ser, pura tota acció...
La font en dolça cançó
La bondat de Deu nos canta...
Alseu la nostra oració.

3

Te han llamado hasta ahora «Fuente de Ensegures», pero desde hoy en adelante te llamarán «Fuente *Segura*» los que, antes de beber tu agua, veían acabar su vida entre sufrimientos atroces y ahora están llenos de vida.

4

En estas alturas, todo, como tú, tiene virtud: tierra y cielo, campos, brisas y arboledas. Así es que los vientos pasan murmurando... *¡Salud!... ¡Salud!...*

5

Aquí nuestra lengua debe sér pura, y lo mismo todos nuestros actos. La fuente canta sin cesar, con dulcísimo murmullo, la inmensa bondad de Dios. Juntemos nuestras oraciones al canto que toda la naturaleza eleva al Supremo Hacedor.

Als meus germans de La Rat-Penat

1

Cuan torna un fill á sa casa
Passat molt temps, al instant,
Pares y germans abrassa
Muts d' alegría y plorant.

2

Despós, mes tranquil, els din
Desahogant en ells lo pit,
Lo que ha pensat y sentit
Al tornar al matern niu.

A mis hermanos de La Rat-Penat

1

Cuando vuelve un hijo á su casa, después de haber pasado mucho tiempo ausente de ella, sin perder instante, y mudo de alegría y llorando, abraza á sus padres y hermanos.

2

Más tranquilo después, y desahogando en ellos su pecho, les dice lo que ha pensado y lo que ha sentido lejos del paterno hogar.

3

Airó em pesa hui, germans,
Qu' el gran sentiment es mut,
Al apretar eixos mans
En la terra en que he naixeut.

4

Hui sols os paria el meu plor:
Altre jorn vindré á contar
Lo que he sentit al tornar
A la patria del meu cor.

5

A Valencia, la sultana
En llit de flors reclinà:
A la ciutat mes galana
Y hermosa qu' el Sol banyá.

6

Jo sé lo molt que l' amet,
Y que es la vostra llenguà
Pero amaria más que jo...
Me pareix que no podeu.

3

Eso me pasa á mí hoy, hermanos míos, al apretar vuestras manos en la tierra que me vió nacer, porque el gran sentimiento es mudo.

4

Hoy tan sólo os hablan mis lágrimas; otro día vendré á referiros lo que he sentido al volver á la patria de mi corazón.

5

Al volver á Valencia, la sultana reclinada en lecho de flores: á la ciudad más galana y más hermosa que jamás iluminó el Sol.

6

Yo sé lo mucho que la amáis y que es toda vuestra ilusión; pero me parece que amarla más que yo no podéis.

7

Vosatros teniu talent
Y gran saber pera honrárla;
Deixeu al menys qu' en amarla
Os guanye y en sentiment.

8

Per això que la vullch tant,
He volat als vostres braços,
Que son molt dolços los llaços
Que forma un afecte sant.

9

Per això porte en lo pit,
Gojós, desde que he naixcut,
«Fe, Patria y Amor» escrit,
Com vosatros en l' escut.

10

Per això, al vorem así,
Foll me torne d' alegría,
¡Jo que llunt d' así em moría!
Y per això, quant pa mí

7

Vosotros tenéis talento y grande saber para darle honor. Dejad al menos que yo os gane en amarla.

8

Por eso que la amo tanto, he volado á vosotros, pues son muy dulces los lazos que forma un afecto santo.

9

Por eso, lleno de alegría, llevo escrito en mi corazón, como vosotros en vuestro escudo, «Fe, Patria y Amor».

10

Por eso, al verme aquí, llega hasta el delirio mi alegría, yo que me veía morir lejos de vosotros.

11

S' óbriga la eternitat,
Vulloh que ma tomba poseu
Baix los braços de la Creu,
Y la ombra del *Rat-Penat*

11

Y por eso, cuando se abra para mí la eternidad, quiero que coloquéis mi sepulcro debajo de los brazos de la Cruz y de la sombra de *Lo Rat-Penat.*

Apéndice único

BREVE RESEÑA HISTÓRICA

del actual renacimiento literario lemosin en Valencia.

Grande ha sido siempre nuestro entusiasmo por la lengua valenciana, y en ella escribimos muchas de nuestras primeras composiciones poéticas, de las que apenas si recordamos algunos títulos. Cuando pensábamos ya en coleccionar y publicar nuestros trabajos literarios en verso, tuvimos la desgracia de que se nos extraviara un tomo de originales. Después, alejados de la patria desde 1860, cuando apenas contábamos veintitrés años

de edad, no oyendo ni teniendo á quién comunicar nuestros sentimientos en el lenguaje de nuestros padres, nada tiene de extraño que preferentemente nos dedicásemos al cultivo de la poesía castellana, aunque nunca olvidamos la lemosina.

Cuando en 1883 nos trasladamos á nuestra querida ciudad con ánimo de acabar en ella tranquilamente nuestros días, sólo pudimos hacer durar seis meses tan agradable residencia; pero durante este tiempo nos reuníamos en *Lo Rat-Penat* con el malogrado Pizcueta y los inspirados Llombart, Iranzo, Labaila y otros, todos los que en Valencia cultivaban por aquel entonces las letras lemosinas, y esto fué motivo para que, respirando aquella atmósfera de valencianismo literario y artístico, pensásemos en dedicar nuestros esfuerzos á ayudar en su obra á los demás poetas valentinos.

Entonces procuramos estudiar la marcha de aquel renacimiento, que ya, en sus comienzos, tan potente y vigoroso se levantaba, y alentamos á Llombart á continuar su magnífica obra *Los fills de la Morta-Viva*.

Desgraciadamente poco hemos podido hacer con posterioridad por tan noble y patriótica empresa, de la que siempre hemos sido ardientes partida-

rios: larga y penosa dolencia nos lo ha impedido. De aquellas reuniones, de los apuntes que ya en aquella época tomamos y de las noticias que después hemos adquirido, es hija esta compendiada Reseña histórica del renacimiento literario lemosín en Valencia, que ofrecemos á nuestros queridos paisanos y compañeros de letras como una débil muestra de cariño y fraternidad literaria.

Después de varios, pero siempre laudables esfuerzos, que á fines del pasado siglo y principios del presente llevaron á cabo algunos insignes patricios valencianos, ansiosos de restaurar su mal parado idioma y despertar en sus conciudadanos el amor á las glorias de su tierra, el terrible golpe que el primer Borbón asestara en el corazón de nuestra patria seguía dando funestos frutos, y nuestra lengua y literatura continuaron muertas. Las letras valencianas reducíanse entonces á desaliñados y ramplones *coloquis, trovos y romansos de sego*, escritos en lenguaje vulgar y castellanizado. Más tarde, en 1841, y como un eco del grito que con su *Oda á la Patria* lanzaba Aribau en Cataluña, escuchaba la patria de Ausias March la tierna

é inspirada *Cançó* de Villarroya, primer suspiro que lanza en el siglo XIX la pulida lengua valenciana al despertar de su secular letargo. Pero este suspiro se apaga, y el habla de Jaime Roig y de Corella permanece muda. La semilla arrojada por Aribau cae en terreno abonado, y, merced á ella, en el campo de la literatura catalana han de brotar las más galanas y preciadas flores; Villarroya deja caer la suya entre los surcos de infecunda arena.

Algún tiempo después, ayudado Roig por Pascual Pérez, Lamarca y Orga, hace renacer por medio de sus obras el espíritu de valencianismo, y se desvela por crear una pléyade de literatos y poetas. Llorente, Querol, Pizcueta, Ferrer y Bigné, Labaila, Blasco, Aguirre y Matiol, Arroyo y Almela y Sanmartín y Aguirre, como otros varios periodistas y autores dramáticos, se limitan á escribir en la lengua de Castilla, y sólo excepción hecha de Altet y Ruate, que se consagra á escribir en monosílabos lemosines siguiendo las huellas de Baldoví, que crea el teatro y periodismo valencianos, un grupo de escritores, entre los que sobresalen Balader, Escalante y Liern, cultivan el lenguaje del pueblo tal y como lo oían de su boca, con todos sus vicios y defectos.

En 1851, Escrich y Martínez da á la estampa un *Diccionario valenciano*, que llenaba entonces las necesidades de aquella literatura bilingüe, pero que después llegó á ser insuficiente: obra meritoria y digna de aprecio sin embargo, muy superior á las que ya de su género existían y que sólo de breves vocabularios podían calificarse.

La hora del renacimiento no había sonado. En 1859, el sabio literato D. Mariano Aguiló, jefe entonces de la Biblioteca de la Universidad de Valencia, inició unos Juegos Florales que se celebraron á la par que los primeros de Barcelona. También los laudables deseos del inspirado poeta mallorquín Sr. Aguiló se vieron defraudados.

Aquella fiesta de las letras, hecha sin el aparato y la magnificencia de las que se habían de celebrar más tarde á imitación de las justas literarias de Provenza, y que más que otra cosa parecía un saludo á la aparición del renacimiento lemosín en Cataluña, apenas si tuvo importancia; su transcendencia fué completamente nula. En ella se premiaron dos poesías: una titulada *Ausias March*, original del eminente vate catalán Víctor Balaguer, y otra del no menos esclarecido poeta valenciano Teodoro Llorente. Después, nada. La Atenas

del Turia sigue castellanizando su lengua propia, y escucha indiferente los aplausos y mira sin conmoverse las glorias que los escritores y poetas del Principado cosechan en sus fiestas literarias.

Y pasan los años sin que las letras lemosinas adelanten un paso en nuestra patria, hasta que, al fin, en el prólogo de una colección de epigramas, la primera impresa en valenciano, un joven escritor, á la sazón poco conocido como poeta lemosín, dice el Sr. Barber y Bas en otro prólogo puesto al frente del magnífico *Diccionario Valenciano Castellano* de Constantino Llombart, hace un entusiasta llamamiento á sus compañeros de letras, excitándoles á trabajar por el renacimiento de su abandonado idioma. Al tomar la iniciativa este entusiasta valencianista, que después ha merecido de Víctor Balaguer el gráfico y honroso dictado de apóstol del lemosinismo, había formado el inquebrantable propósito de llevar á cabo en Valencia la restauración de nuestra lengua y nuestra literatura, dispuesto á emplear para conseguirlo cuantos medios estuvieran á su alcance. Efectivamente; bajo la dirección de Llombart apareció en 1875 el primer número de *Lo Rat-Penat*, almanaque lemosín, con cuya publicación el ilustre cau-

dillo del renacimiento comenzó á dar cuerpo á su noble y patriótica idea, haciendo prosélitos, adunando voluntades y agrupando escritores, poetas, artistas en derredor de su pensamiento. (1)

---

(1) En la «Galería Nacional», que publica el acreditado periódico de Madrid *El Resumen*, número 2.092, correspondiente al 6 de Diciembre de 1890, encontramos, al pie de un retrato fotograbado de este escritor, las siguientes líneas biográficas, que reproducimos con gusto por tratar del iniciador del renacimiento literario lemosín en Valencia:

«CONSTANTINO LLOMBART

Hay tanto que decir del apóstol del renacimiento lemosín en Valencia, como Balaguer le apellida, que la mera enumeración de sus hechos y de sus obras ocuparía más espacio del que podemos disponer para el objeto.

Con notoria justicia ha dicho el ilustre Teodoro Llorente, ocupándose de Llombart, que «en la actual república literaria de Valencia hay pocas figuras tan salientes como la suya.»

Efectivamente; además de escribir sus numerosas y variadas producciones, ha fundado la famosa Sociedad «Lo Rat-Penat», ha instituído los Juegos Florales en Valencia, en los cuales, posteriormente, ha desempeñado varias veces el honroso cargo de «jurado mantenedor»; ha constituído la Sociedad de excursiones valencianistas «L' Oronella», y últimamente, después de cinco años de enojosas contrariedades, ha conseguido fundar «La Cruz blanca», benéfica corporación que en la pasada epidemia colérica ha prestado en Valencia grandes é importantes servicios á la salud pública, y que en la actualidad se ocupa en formar un plan de Beneficencia domiciliaria, que ha de acabar con la mendicidad en aquella hermosa ciudad levantina.

El Sr. Llombart es socio honorario y de mérito de infinidad de corporaciones científicas y literarias.

En los solemnes Juegos Florales de 1886, fué laureado con la flor natural, y en los de 1888 fué nombrado «Mestre en Gay Saber» por sus obras en verso, y «honorable escritor» por sus es-

Tres años más tarde, cuando ya habían pasado treinta y siete desde que Villarroya publicara su *Cançó* tan justamente celebrada, y diecinueve después del certamen verificado por iniciación de Aguiló, el 31 de Julio de 1878 tenía lugar la sesión inaugural de *Lo Rat-Penat*, Sociedad de amadores de las glorias valencianas, que tiene por lengua oficial la lemosina, y es el punto de donde arranca el glorioso renacimiento lemosín de Valencia. Su fundador era Constantino Llombart.

---

critos en prosa, siendo Llombart el primero y hasta ahora el único que en Valencia puede ostentarle.

Actualmente se está ocupando en la redacción y publicación de un extenso «Diccionario Valenciano y Castellano», el primero que como tal debe considerarse, y no sabemos por qué razón no figura su nombre como autor al frente de la obra, cuando en justicia no debiera figurar otro.

Para terminar, diremos que este excelente patricio, ilustre poeta y sabio publicista, ha manifestado recientemente que sus conocimientos no se limitan á la esfera literaria; por la prensa de aquella localidad hemos sabido que acaba de obtener patente por un aparato agrícola-industrial, de que es inventor, y que, según nuestras noticias, ha de ser de gran utilidad para la industria y la agricultura.

Llombart es entusiasta regionalista, tan amante de su tierra, que en los cuarenta y dos años de edad con que cuenta (nació en Valencia el 8 de Septiembre de 1848), no ha estado ocho días seguidos ausente de ella. Toda su actividad, toda su inteligencia y todos sus esfuerzos los ha dedicado á ennoblecerla y dignificarla, y parece predestinado por Dios á inspirar y presidir todo cuanto de grande y noble se desenvuelve en la privilegiada región valenciana.»

El nombre de este escritor está tan identificado con el renacimiento, que es imposible tratar de esta materia sin nombrarle á cada paso. Por otra parte, nosotros creemos que no se ha hecho toda la justicia que se debía á tan esclarecido patricio. Todos cuantos elogios se dediquen al iniciador y fundador de la *Societat d' amadors de les glories valencianes*, nos parecerán justísimos, ya que sin él el renacimiento no existiría, y hasta tal punto es el alma del movimiento literario que nos ocupa, que hay quien cree que cuando él falte el renacimiento morirá, si bien nosotros no estamos conformes en esta opinión, pues el trabajo de Llombart, además del gran número de sus obras literarias, no se ha limitado á la fundación de *Lo Rat-Penat*, los Juegos Florales y *L' Oronella*, sino que ha creado una brillante pléyade de poetas y escritores, todos discípulos suyos, que han de continuar con gloria la obra del maestro. No creemos de sobra consignar aquí los nombres de los poetas valencianos que con la ayuda de Llombart han logrado conquistarse un nombre en la república de las letras ó están en vías de crearse una reputación envidiable, consagrando así un tributo al hombre que con tanto cariño como desinterés ha echado sobre sí

tarea tan meritoria como ingrata. Sus discípulos son todos ó casi todos los jóvenes que en Valencia rinden culto á las letras: la señora doña Manuela Inés Rausell, quizás la única poetisa que le queda á la ciudad de las flores después de la pérdida de Magdalena García; el inspirado *Mestre en Gay Saber* José M.ª Puig Torralva; el acertado novelista é historiador y orador eminente Vicente Blasco Ibáñez; el pulcro y atildado poeta Francisco Barber y Bas, laureado con la flor natural; el fluido y elegante vate José M.ª de Latorre; el inspirado poeta Ramón Andrés Cabrelles; el laureado escritor Pedro Bonet Alcantarilla; el consecuente lemosinista José Bodria; el entusiasta Joaquín Gadea Mira; los tiernos poetas Angel Gascó y Telesforo Salvador; los malogrados Vayá y Algarra; el leyendista Peris Salcedo; el aplaudido autor dramático Miguel Portolés; Luis Bernat Ferrer, y otros que por no recordar en este momento sentimos omitir. Esta es una de las más admirables obras de Constantino Llombart. Si mientras ha hecho esto se hubiera dedicado como otros á componer y publicar una colección de poesías como las que él sabe hacer, su nombre brillaría hoy más, pero el renacimiento no tendría tanta importancia. De todos modos, tiem-

po le queda, y no le falta inspiración ni talento para legar á su patria un libro de rimas valencianas, digno compañero del *Llibret de versos* de su ilustre compatriota Teodoro Llorente.

Creado *Lo Rat-Penat*, el renacimiento estaba encauzado y los ideales de Llombart se realizaban gracias á su iniciativa y sus esfuerzos. Para ello, con una constancia y fe sin límites, había ido preparando el espíritu de sus conciudadanos por medio de diferentes publicaciones, educando su gusto y despertando, con el recuerdo de sus pasadas glorias, el amortiguado pero no extinguido amor á la patria. Sin Llombart, el renacimiento en Valencia no hubiera existido.

También por su iniciativa en 1879 *Lo Rat-Penat* verificaba sus primeros Juegos Florales, esa fiesta que con creciente brillantez viene celebrándose todos los años desde entonces.

Desde la fundación de *Lo Rat-Penat*, Sociedad que tan justo renombre ha alcanzado, han ido apareciendo en sus salones los poetas que han puesto su corazón y su inteligencia al servicio de la nueva causa, cosechando abundantes aplausos en las amenas veladas que la corporación organiza frecuentemente, así como los ilustrados oradores que

han intervenido en las interesantes discusiones sobre diversos temas filológicos, históricos ó arqueológicos y artísticos. Estas cultísimas reuniones, junto con el certamen anual de los Juegos Florales, no han producido solamente la aparición de gran número de poetas, muchos de ellos de verdadero mérito, sino que también la de meritísimos escritores, entre los cuales descuellan el marqués de Cruílles, D. José M.ª Torres, D. Manuel Carbonell, D. Roque Chabás, D. Arturo Lliberós, D. José Vives Ciscar, D. Luis Tramoyeres, D. Antonio Chabret, D. José Martínez Aloy, D. Vicente del Cacho, D. Luis Cebrián, D. Juan Antonio Balbas, D. Juan Bautista Granell, D. Francisco Tarín y Juaneda, y otros de difícil recordación en este momento, los cuales, escribiendo siempre en prosa castellana, pero sobre asuntos de la historia de nuestro antiguo reino, han contribuído á despertar en el público valenciano ese espíritu de regionalismo que ya en todas las clases de la sociedad se experimenta.

Los Juegos Florales han sido el estímulo de unos y otros, y en ellos recogen anualmente envidiables lauros nuevos escritores y poetas. Entre los últimos, Llorente, Llombart y Puig Torralba

han alcanzado el título de *Mestre en Gay Saber* por sus escritos en verso, y Llombart además ha ganado el de *Honorable escritor*, siendo hasta hoy éste y Martí Grajales los únicos que en Valencia lo poseen por sus escritos en prosa. Llorente, Pizcueta, Rodríguez Guzmán, Labaila, Aguirre y Matiol, Iranzo y Simón, Llombart, Bonet Alcantarilla, Latorre, Barber y Carlos Llinás sucesivamente, han alcanzado la Flor Natural, y sería prolijo consignar los nombres de todos los poetas que han conseguido premios en esta fiesta de la poesía. Pero acaso las obras que todos los años se presentan al certamen tienen más importancia para la historia que los trabajos poéticos que han hecho que hoy en Valencia se escriba el lemosín como hace siglos no se ha escrito. Entre las citadas obras en prosa las hay tan importantes como la *Historia de Sagunto*, de Antonio Chabret; las *Instituciones gremiales*, de Luis Tramoyeres; *Los fills de la Morta-Viva*, de Constantino Llombart; *Los gremios*, del marqués de Cruílles; la *Historia de Sueca*, de Juan Bautista Granell; los estudios sobre Ausias March, de Rubió y Ors, y los de Llombart; la *Historia de Porta-Coœli*, de éste en colaboración con Tarín y Juaneda; el *Estudio biográfico de Fermín*

Gonzalo Morón y los *Sucesos memorables (efemérides) de la historia de Valencia,* de Llombart; *Influencia que ejerció la dominación de los árabes en la agricultura, industria y comercio de la provincia de Castellón de la Plana,* por Melchor Bellver y Vicente del Cacho, é innumerables é importantes monografías, biografías y otros trabajos históricos, filológicos, artísticos y literarios.

También las Bellas Artes tienen cabida en los Juegos Florales, y los músicos, los pintores y los escultores obtienen premios en ellos por sus obras. Constantino López fué proclamado en los de 1891 *Honorable Artista* por sus cuadros, que representan á D. Jaime el Conquistador, á Vicente Peris y á Wenceslao Querol respectivamente.

El Centro excursionista de *Lo Rat-Penat* ha hecho importantes excursiones por los pueblos del reino de Valencia y el de Cataluña, llevando á cabo descubrimientos arqueológicos, fotografiando monumentos y objetos de arte y colocando lápidas que conmemoran hechos ó fechas célebres en los fastos de la historia patria.

L' Oronella, esa Sociedad excursionista, especie de hermana menor de *Lo Rat-Penat,* creada por el Sr. Llombart en 1887, ha sido y es digna compa-

ñera del indicado Centro. El renacimiento avanza, y otro de los signos que indican su marcha feliz es la fundación de la *Academia Lemosino-Valenciana*, pensamiento también del Sr. Llombart, y que si bien está constituída, no ha podido inaugurar sus trabajos por la sensible pérdida de los inolvidables Vicente Wenceslao Querol, Felix Pizcueta, Víctor Iranzo y Simón, Serrano Cañete, Vives y Ciscar, Ferrer y Bigné y Juan de la Cruz, que de ella formaban parte.

También aquí debemos consignar como un recuerdo de simpatía el nombre de la inspirada poetisa valenciana Magdalena García Bravo, fallecida en 1891. Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿qué sería del renacimiento en Valencia si Llombart no se hubiera cuidado de la formación de nuevos poetas lemosines, alentándoles, corrigiendo y publicando sus ensayos y enseñándoles el camino por donde debían dirigir sus pasos? Quedaría hoy reducido á algunas perezosas musas como las de Llorente, Labaila, Rodríguez Guzmán, Aguirre Matiol y Sanmartín y Aguirre, quienes, atareados en otros trabajos ajenos al renacimiento, apenas si dan señales de vida. Hoy el renacimiento es la juventud entusiasta. Constantino Llombart, ocupado

en la redacción de sus Diccionario y Gramática Lemosino-Valencianas, quizás las obras más importantes y de mayor utilidad que ha producido para sí el actual movimiento literario, tampoco pueden dedicarse á otros trabajos con la asiduidad que todos deseáramos.

Tal es, á grandes rasgos, descrita la historia del glorioso renacimiento lemosín de Valencia, cuyo primer fruto ha sido el *Llibret de versos* de Teodoro Llorente, libro hijo de *Lo Rat-Penat*, que sin él no se hubiera escrito, y que bastaría él solo para que la obra de Llombart no quedara sin agradecimiento, aunque no hubiera dado para las letras é historia valencianas otros resultados, que sí que los ha dado y seguirá dándolos. Varios poetas de aquella privilegiada tierra se ocupan ya en coleccionar sus poesías valencianas; las del malogrado cuanto inspirado vate Víctor Iranzo verán pronto la luz pública, y no ha de tardar mucho el día en que Valencia posea una biblioteca de verdaderas joyas literarias.

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

	PÁG.
Prólogo	IX
Dios y mi lira	1
El amor maternal	7
La felicidad	17
Las virtudes teologales ó divinas	19
A Nuestra Señora de los Desamparados	21
La igualdad	27
La libertad	27
La fraternidad	28
Á Delia	29
Las dos luces	33
Elección de esposa	35
Encontré el ángel	37
Amor y fe	43
Las virtudes cardinales	51
Mi madre	55
Jesús y los niños	57
Á Santa Teresa de Jesús	61
Elección de esposo	63
He ahí tu Hijo	65

El materialismo 71
Un recuerdo. 73
A la Santísima Virgen 75
Quintillas. 83
Al Centenar de Gandía 87
A la conquista de Valencia. 89
La oveja perdida 97
Bondad de Dios 101
Pobre madre... al espirar. 103
La caravana y la vida. 105
La guerra de Africa 107
El buen samaritano. 117
A la señorita doña Matilde Ramos. 121
Gracias, Ignacio 123
El hijo pródigo. 125
A Valencia 129
El dolor 133
La educación de los hijos 135
La oración dominical. 137
¡Ay del que no ama! 145
En la muerte de un amigo 149
A un poeta 153
¡Cosas del mundo! 155
¿Qué busca la humanidad? 159
Toledo y su Virgen del Sagrario 161
A tus ojos 173
¡Parece imposible! 175
Una fiesta de calle. 179
A la Belleza. 181
Ciencia 187
Canto á la Virgen. 189
La verdadera sabiduría 193
En la reedificación de un templo. 195
Pensamientos 199
Junto á un Monasterio. 205

Canto á la Virgen María 209
Misericordia. 219
Rimas valencianas. 223
En lo Centenari del Santíssim Cristo del Monte Calvari, venerat en lo poble de Petrer, celebrat en 1874 . . . 226
Al meu amic Jusep Baeza, al pendre posesió de la canonjía de San Nicolau de Alacant 234
A Sent Vicent Ferrer. 236
La Sensitiva. 248
En lo Centenari de la Purísima, en Moncá, en 1882. . . 250
A la font de Ensegures 262
Al meus germans de Lo Rat-Penat 266
Apéndice único. 275

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍNS.	DICE	DEBE DECIR
23	22	desesperado	desamparado
43	9	el ave el canto	y en la ave el canto
44	12	su fe	la fe
46	23	tosoro	tesoro
66	16	sus	los
157	17	¿es que no tiene rival?	¿es que no tiene rival
157	19	fecundo	profundo
164	21	al	el
164	21	le	te
169	9	Arpiano	arriano
170	4	recordará	recordaron
228	1	Tenía	Teniu
228	9	sigles	segles
231	1	¿por qué levantáis	¿por qué no levantáis
236	12	versos ab robostu	versos y ab robusta
277	9	Después de varios,	Después de varios inútiles,
278	10	ayudado Roig	ayudado Boix
286	10	Carbonell,	Carboneres
288	12	Constantino López	Constantino Gómez

OBRAS

DE

D. MIGUEL AMAT Y MAESTRE

	Pesetas.
RIMAS, con un prólogo de D. Carmelo Calvo y Rodriguez	3,00
D. JAIME EL CONQUISTADOR; Romance histórico, ampliamente anotado y seguido de citas cronológicas y un juicio apologético sobre dicho monarca y su reinado, con un prólogo por D. Juan Vila y Blanco, cronista de la provincia de Alicante.	2,00
LA CRUZ, Canto religioso filosófico-histórico.	0,50
CANTO Á LA VIRGEN, con motivo de su Augusta Natividad.	0,50
LA MAGDALENA, Romance religioso filosófico-histórico.	0,50
LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, Oda	0,50

EN PRENSA

AMOR CRISTIANO, Hojas de Catecismo, en verso y prosa, con grabados; libro para todos, pero especialmente dedicado á los niños y los jóvenes.

Los pedidos de las obras publicadas se dirigirán al nombre del autor, Petrel, provincia de Alicante.

HISTORIA ECLESIÁSTICA DE ESPAÑA

POR

D. VICENTE DE LA FUENTE

NUEVA EDICIÓN
CORREGIDA Y AUMENTADA

TOMO III

MADRID
COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS DEL REINO